

María Julia Alcoba Rossano



**Las mujeres,
¿dónde estaban?**



Las mujeres, ¿dónde estaban?



Edición revisada y ampliada. Grupo de Investigación Acción sobre
Desigualdades en el Medio Rural (Grupo IADR)

Noviembre 2021, Montevideo, Uruguay

1° edición 2014. Editorial Primero de Mayo. Montevideo, Uruguay

ISBN: 978-9915-40-711-1

Fotografías tapa y contratapa: Val Rodlez, 2021

Maquetación y diseño: Natalia Migliaro

Contacto: <https://grupoiadr.uy>
grupoiadr@gmail.com

*A mis padres,
que me transmitieron su conciencia de clase
y su cotidiana solidaridad.*

*A José Conrado, Ernesto y Felipe, mis hijos y compañeros en
los accidentados caminos que nos tocó transitar.*

*A mis nietos Tarek, Yoel y Aser, quienes llegaron para
alegrar mi vejez.*

Agradezco

*A Mónica Reca, quien fue la primera que pasó mis manuscritos
a máquina y me animó a seguir.*

*A Susana Baliñas que me dio la confianza que me faltaba y me puso
frente a la obligación de relatar estos hechos.*

*A Guillermo Chifflet, Colacho Esteves
María Inés Capucho y Charito Estefanell,
mis primeros lectores.*

*A Lorena y Alicia por hacer posible esta nueva
versión virtual ampliada de “Las mujeres, ¿dónde estaban?”.*

Pasaron ya siete años desde que se publicó el libro cuya pregunta inspiraría varios de nuestros trabajos; las mujeres ¿dónde estaban?. Una pregunta nada sencilla de hacer en un mundo donde las figuras masculinas son las fotografiadas, las nombradas, las recordadas. No podemos negar que el sindicalismo en Uruguay es un mundo de hombres. No porque las mujeres no estén. Están. Sino porque por mucho tiempo ‘no se las ha visto’ ¿o será que no se las ha querido ver?. Es frente a esta ceguera que irrumpe este libro, con una pregunta que interpela la memoria, para poder hurgar en ella, para encontrar y reconocer a las mujeres en la historia del sindicalismo, y hacer justicia así a una genealogía y a una historia, sino, incompletas.

A María Julia la contactamos como Grupo IADR en 2018. Teníamos la excusa perfecta para poder ensayar un acercamiento entre las sindicalistas “de ayer” y las “de hoy”. Algo intuíamos sobre la potencia del espacio de intercambio entre tales mujeres con la nada sencilla tarea de elaborar una cartilla sobre desigualdades de género en el sindicalismo rural. La invitamos. Accedió contenta, pero no sin antes dudar qué tendría ella para aportar. Junto a María Julia, y también junto a Nélide Chela Fontora, las sindicalistas “de ayer”, y con las compañeras de distintos sindicatos rurales en actividad, trabajamos en lo que llamamos un “grupo focal interpretativo”. El hecho de que María Julia y Chela hayan participado de este trabajo colectivo es un gusto y una nueva muestra (¡como si hicieran falta más!) de su compromiso y vocación de lucha. Participaron activamente, codo a codo en toda la tarea, con escucha y respeto hacia las voces de todas las compañeras. El libro de María Julia es un libro autobiográfico, que recoge, para compartir, memorias de vida, luchas, dolores y alegrías. Es un texto que nos marcó el rumbo y cuyo título retomamos en la cartilla que elaboramos juntas. Porque la pregunta sobre dónde están las mujeres en la historia es una guía, es un cómo ir. ¿Dónde están aquellas que no son nombradas? ¿Dónde están aquellas que no se quieren ver? Desconfiar de las historias oficiales, animarse a narrar desde otras voces, animarse a construir otros relatos.



Para escribir este prólogo nos preguntamos por qué es importante para nosotras y nosotros como Grupo interdisciplinario desde la Universidad de la República, poder re-editar este libro siete años después. La pregunta se responde volviendo a la interrogación por el espacio, aunque esta vez no mediante un ¿dónde? sino más bien con un ¿cómo? Y es que la tónica del grupo IADR ha sido la de generar conocimiento socialmente valioso, transitando caminos y formas habilitantes de espacios y tiempos de co-construcción, de autoformación y de reflexividad. En esa línea, dos objetivos perseguidos son hacer lugar y hacer tiempo. No sólo como colectivo IADR, sino también y sobre todo, en tanto que comunidad amplia a la que pertenecemos, nos debemos y pretendemos contribuir: recuperar el tiempo y el espacio para entendernos, proyectarnos y caminar hacia una sociedad más justa y solidaria.

En esta búsqueda compartida no hay un camino ni una única voz, hay muchas. Y atender con agudeza quién toma la palabra es parte del trabajo y la búsqueda. Así, sumar implica también aguzar la escucha, salir del centro o hacerse a un lado, pero no como mecanismo de desentendimiento sino muy por el contrario, como quién acompaña por y para entender, como quien comparte y se vuelve parte. Como en cualquier enarmonía, la nota depende de la tonalidad o la tónica. La reedición de este libro de María Julia, sus palabras, hacen a nuestra tónica, la del IADR, la de Lorena, Alicia, Julieta, Matías y Joaquín. Y aunque tenemos cosas para decir ahora quisimos volver a escuchar. Es por ello que no nos quedan dudas sobre la pertinencia de esta reedición.

*Grupo Interdisciplinario de Investigación Acción
sobre Desigualdades en el Medio Rural,
primavera 2021*



El encuentro con María Julia

Llegamos a María Julia luego de una conversación con Walter Marrero “Marrerito” en setiembre de 2011. Acudimos a él para a hurgar en las memorias, las experiencias y las piezas que construyeron el sindicalismo rural uruguayo, antes de 1973 y después de 1985 producto de la abrupta interrupción por la dictadura civil-militar. En aquella conversación, Walter nos insistió en más de una oportunidad en contactar a María Julia. Los argumentos esbozados fueron muchos, entre ellos se incluía su apoyo constante a las mujeres de los arrozales durante la huelga de 1957, así como también su militancia en el exilio catalán.

Luego, todo sucedió muy rápido. El 17 de junio de 2012, en el marco de un proyecto estudiantil de la UdelaR, organizamos un encuentro entre integrantes del Sindicato Único de Peones de Tambos (SUPT), incluida la sentida y entrañable participación de Pedro Aldrovandi. Allí se nos presentó María Julia, una mujer que nos cautivó desde un principio. Como se puede apreciar en una de las fotografías del libro, portaba un abrigo de color rojo, una boina azul y, sobre todo, una sonrisa ancha.

En poco tiempo conseguimos entablar cierta confianza que rápidamente se fue convirtiendo en amistad. A finales de 2013 nos reveló que escribía cuentos. Para nuestro asombro, nos comentó que ya tenía un libro escrito, pero sin publicar. Obviamente nos maravillamos al leer el borrador. No dudamos en la necesidad de dar la mayor difusión posible. Lo primero fue la publicación de su cuento “Las mujeres del arrozal” en el periódico La Diaria, como forma de celebración del día del trabajador y la trabajadora rural, el 30 de abril de 2014. En los meses siguientes se fue tejiendo una propuesta, entre el PIT-CNT y la Universidad de la República, para publicar su libro. En octubre de ese mismo año, el libro fue presentando públicamente y el resto de la historia es bastante conocida.

Desde ese momento María Julia se presentó ante un público cautivo



por un contexto de enunciación para la memoria personal y colectiva de las mujeres, muchas veces silenciadas y otras veces relegadas que, como menciona Spivak, se encuentra en las “sombras” de la historia.¹ No obstante, la tenaz batalla de María Julia contra el olvido tenía antecedentes muy firmes desde la década de 1990. De hecho, Yamandú González Sierra hizo alusión a su trabajo narrativo en el libro “Los olvidados de la tierra”, refiriendo a las “Historias de vidas de mujeres trabajadoras” que María Julia publicó en diferentes capítulos en el periódico “Noticias” de la ciudad de Juan Lacaze, en el departamento de Colonia.²

Su libro es una invitación a navegar en el rescate de las historias, las memorias y las experiencias de las mujeres que lucharon, y continúan haciéndolo, por una sociedad más justa, igualitaria y solidaria. Sus relatos permiten reconstruir un derrotero del Uruguay de segunda mitad de siglo XX donde confluyen innumerables sacrificios, dolores y alegrías. Los escenarios se presentan en círculos sociales que van siendo cada vez más amplios: la familia, el barrio, la ciudad y a veces en el campo, incluso el exilio como también el desexilio. La pluma de María Julia es genuina y resiliente, fiel reflejo de su vida. Incluso para afrontar los momentos más duros y difíciles. Ello se acompaña con una personalidad afable que la describe en todo momento cuando se trata de celebrar el encuentro.

Pero la invitación de María Julia no se acaba solamente en la lectura que propone. También se extiende a incentivar a que otras mujeres lo hagan. En definitiva, su tarea es mucho más amplia que la escritura y se asemeja en mucho a una memorable frase de Rodolfo Walsh, a mediados de los 60', cuando planteó que “nuestras clases dominantes han procurado siempre que

1 Spivak, Charkavorty Gayatri (2009). “¿Pueden hablar los subalternos?” Barcelona: MACBA. Pág 43-125.

2 González Sierra, Yamandú (1994). Los olvidados de la tierra. Vida, organización y luchas de los sindicatos rurales. Montevideo: Nordan-comunidad. Página 94.



los trabajadores no tengan historia, no tengan doctrina, no tengan héroes y mártires. Cada lucha debe empezar de nuevo, separada de luchas anteriores: la experiencia colectiva se pierde, las lecciones se olvidan. La historia parece, así, como propiedad privada cuyos dueños son los dueños de todas las otras cosas".³

Nuestro encuentro con María Julia, su poesía y su rojo, rojo intenso como su vida, ha sido pues, una profunda y necesaria convocatoria, para que, en los tiempos actuales, de resistir a la desmemoria, para reescribir la historia, la palabra sea de ella.

Agustín Juncal y Matías Carámbula



María Julia tomando una foto. Actividad con sindicatos de tambo en Isla Mala (2012).
Fotografía: Soledad Figueredo

3 “Cordobazo”, Extraído de “Periódico de la CGT de los Argentinos”. Colección Completa. Números 1 al 55. Mayo de 1968 – Febrero de 1970. Disponible en: www.cgtargentinos.org

A modo de prólogo

Estas historias que María Julia recupera para la memoria de nuestro país, tienen la riqueza de su mirada y vivencia de mujer actora en todas ellas.

María Julia recorre la historia de nuestro país desde los años 50 hasta la oscura década de los 70, desde sus experiencias de niña en el Cerro, un barrio de inmigrantes que trajeron sus ideologías y sus oficios, sus culturas y la añoranza de su tierra.

Desde la forma de relacionarse con el mundo a través de las primitivas radios que sintonizaban los avatares de la segunda guerra mundial, hasta la evolución de la conformación de los sindicatos textiles y la solidaridad en las luchas de las otras ramas industriales como la carne, María Julia va relatando la evolución social, económica y política de esas décadas donde ella participó tan activamente, viviendo desde adentro cada una de las luchas y la construcción de un movimiento obrero organizado en una central única y autónoma.

Impactan las edades adolescentes de esos primeros luchadores que enfrentaban patronales primitivas para lograr respeto a su dignidad como personas.

María Julia Alcoba reafirma sus ideas políticas y en su rol de militante se pone en contacto con otras mujeres: trabajadoras zafrales agrícolas, pescadoras, empleadas de las grandes fábricas, empleadas domésticas. Describe sus diferencias y sus problemas, que todavía subsisten en muchos casos, invisibilizados en las agendas tradicionales.

Las historias de esas décadas siempre han sido contadas por personajes masculinos, quienes difícilmente incorporan la vida cotidiana de los seres humanos que participaron en la construcción de nuestra identidad social y política. Esta recuperación de relatos y testimonios de una mujer que atravesó esas décadas, nos devuelve a quienes nunca son nombradas pero que formaron la malla de una conciencia de dignidad obrera de la que tanto nos enorgullecemos los y las uruguayas.

Margarita Percovich

¿Dónde estaban ellas? Pero primero, ¿quiénes son ellas?

Ellas son obreras, son militantes sindicales, y María Julia, que lo es ella misma, y que ejemplifica con su propia vida, nos las describe, desde la niñez en sus familias, familias obreras de barrios obreros, hasta su madurez como

mujeres y madres, desde sus primeros choques emocionales con la realidad de la explotación, hasta su madurez de militantes sindicales.

Y eso es lo que conmueve y entusiasma del texto. No es un texto que trata de describir a la mujer en su condición de víctima de una doble explotación, como asalariada y como integrante de una sociedad que la discrimina, más allá de que tal descripción fluye naturalmente de su lectura. Es más bien la mujer en toda su estatura de luchadora social, a la par y junto al hombre, y que trata de hacerlo en la vida social y en el hogar, y muchas veces debiendo superar incomprendimientos y prejuicios, a veces incluso de quienes somos sus compañeros, justo es reconocerlo.

Hacía falta este libro. Rescata facetas de la historia sindical del Uruguay y la construcción de la unidad, destaca el relevante papel de la mujer en esa historia, y también nos ayuda a todos nosotros a ser mejores. Gracias, María Julia.

Wladimir Turiansky

Este libro es un testimonio de las luchas, dolores y alegrías, que han hecho la hermosa historia de la solidaridad obrera.

En sus páginas hay aliento para la acción para un mundo nuevo, sin explotados ni explotadores; un atrapante y entrañable relato de la cotidianeidad.

Guillermo Chifflet

No es la mirada conmovida de un artista con sensibilidad salido de las filas de la burguesía, es el rescate de la historia por quien se forjó como adolescente y mujer, en la fábrica, creciendo en la lucha. Es la visión desde adentro de quien no ha perdido, ni reniega, de su origen de clase. Es el rescate, además, de una sensibilidad proletaria.

Colacho Esteves

Las mujeres, ¿dónde estaban? nos acerca un poco más a lo profundo de una huelga que significó un antes y un después en el Movimiento Sindical Uruguayo.

Nos muestra desde una mirada sincera, simple, los procesos que recorrieron las compañeras, procesos que formaron y desarrollaron nuestro Movimiento Sindical.

Este libro recoge el testimonio de muchas compañeras que fue pariendo el gremio, forjadas en la lucha.

Nos muestra una época de nuestra historia donde reinaba el miedo y el país era todo promesas y olvidos, la miseria asechaba a la clase trabajadora y a las mujeres les sobro iniciativa y creatividad para combatir la injusticia, le hicieron frente a frente a la realidad, fueron parte vital de esta lucha muchas veces, la mayoría desde las sombras.

La ocupación de fabricas del 64 al 68 fue un ejemplo de militancia de las mujeres.

Las mujeres lucharon a pesar del miedo, miraron con rabia a la injusticia, y le hicieron frente a la desigualdad.

La Solidaridad, la Unidad y la Lucha entre Trabajadores de diferentes sindicatos sostuvieron la huelga y forjaron los cimientos de lo que hoy significa Sindicato en el Uruguay.

*Secretaria de Género Equidad y Diversidad
PIT-CNT*

La sumaca

Mi padre nació en 1900 en una localidad de Durazno. Llegó adolescente a Montevideo, buscó trabajo, fue diariero, pegatinero de propaganda política, peón de panadería... Así se revolvió al principio. Desde que llegó, vivió en el Cerro de Montevideo.

Desde allí descubrió el mar, esa inmensidad. Se enamoró del barrio como de una mujer.

Cuando no tenía trabajo se iba con los muchachos del barrio a changuear al puerto, allí no faltaba trabajo. Comía en un comedor popular para trabajadores y gente sin recursos que estaba frente al puerto, que todavía existe. Volvía en el tranvía 16 al Cerro. Así transcurría el tiempo antes de sus veinte años. Trabajaba duro para comprarse un terreno y traer a sus padres y sus dos hermanas, Blanca y Adela. Vivió de agregado en casas particulares o pagando pieza.

A sus días de trabajo agregó un curso de marineró y luego otro de práctico de patrón de barco. Esto lo entusiasmó y lo puso frente al mar, a esperar suerte. Los cursos eran nocturnos, gratuitos, los pedían las empresas navieras para encontrar personal calificado.

Aquel Montevideo de 1920 era explosivo. Estrenaba siglo, política, cultura, inmigración, arte, atravesaba todos los sectores de la población. Escuchó asombrado un mitin donde habló María Collazo por la huelga de las planchadoras. La mujer, anarquista, fue una de las primeras obreras que se atrevió a hablar en público en las calles empedradas de la Ciudad Vieja.

Montevideo era una ciudad en movimiento, mejor dicho; revuelta. Conrado encontró una ciudad cosmopolita, que le aportó información y conocimiento. Tuvo una juventud participativa y vivió coherente con ella, fue un luchador por los derechos sociales.

Mi madre nació en un campo de Durazno en 1906. A los doce años, cuando murió su madre, emigró con su familia a Montevideo junto a su padre y sus ocho hermanos.

El abuelo Adrián repartió los hijos. Las cuatro niñas mayores en distintas familias. Se quedó con los tres varones para trabajar en lo que saliera y la hija mayor para llevar la casa y cuidar a la hermana más chica, que tenía un año y medio.

Rosa, mi madre, era la segunda. A ella le tocó trabajar desde los trece años en una casa de familia en la calle Grecia y República Argentina en el Cerro de Montevideo. Fue “colocada con cama para toda tarea”: cuidaba tres niños, lavaba, planchaba, ayudaba en la cocina.

El abuelo encontró trabajo en el saladero del Cerro. Rosa no tenía problema en trabajar, lo hacía desde muy chiquita. Cuentan las hermanas que, cuando eso, solo tenía diez años, “Tendía todas las camas allá en el rancho del campo. Cerraba la puerta por dentro para que los hermanos no desordenaran el cuarto nuevamente y salía saltando por la ventana”.

Los jueves y domingos por las tardes, las hermanas tenían libre y se juntaban todas en la casilla familiar, donde se contaban las penurias que no faltaban y las novedades de la vida en la capital con sorpresa y curiosidad. La casilla que alquilaba el abuelo, en La Paloma, un barrio en las afueras de la Villa del Cerro se llenaba de risas, las jóvenes se probaban las ropas usadas, que las patronas les regalaban. Manuela, la hermana mayor, las escuchaba con Amelia, la hermana pequeña, en los brazos.

A Manuela le tocó llevar la casa, con todas las tareas a su cargo. Los demás salían a trabajar fuera, los varones volvían a la noche a cenar y dormir y las muchachas dormían en la casa en que trabajaban.

Mis padres se conocieron en el barrio cuando ella salía a comprar verdura para la casa en que trabajaba. Rosa se preparaba para ver al joven y apuesto mozo; alto, delgado pero musculoso, morocho, pelo negro y lacio y barba escasa. Vestía pantalones de loneta blanca, camiseta de manga corta azul y gorra de visera del mismo color, al estilo de los changadores del puerto.

Con Conrado solo intercambiaba miradas, siempre y cuando saliera con los niños en las tardes. Los niños festejaban y le avisaban cuando lo veían pasar por la calle. Su patrona ya conocía ese “dragoneo”, como se decía antes. Los niños luego se volvieron correo de Conrado, cuando él se animó a escribirle. Llegaban los papeles muy doblados a manos de la emocionada Rosa que los desplegaba temblando. Los niños la ayudaban leyéndole y ayudándola a contestar, porque ella no sabía leer ni escribir. Todo se volvió acontecimiento.

La joven ya tenía más de quince años, muy bonitos y un poco tímidos. La patrona la quería mucho y resolvió mandarla al taller de costura de la escuela nocturna para adultos, eso facilitaba algunos encuentros. Él la esperaba a la hora de la salida de la escuela. Las compañeras del curso caminaban junto con ellos hasta la puerta del trabajo de Rosa y allí se separaban. Conrado se quedaba un ratito más charlando en el zaguán hasta que la patrona la mandaba buscar con el niño más grande porque tenía que servir la cena.

Ellos se contaban de dónde venían, que resultó ser un lugar común, Durazno, de las familias, de las ilusiones y las desilusiones. En las dificultades se iban conociendo poco a poco. Cuando no se veían era por trabajo o por el curso. Ella ya lo sabía pero no dejaba de extrañar las conversaciones sencillas deseadas por los dos.

Conrado le contó que estaba juntando plata para comprar un terreno y construir una casilla para traer sus padres y hermanas del campo. Para eso lo mandaron sus padres a Montevideo. Rosa mostraba preocupación porque en su casa eran muchos de familia y trabajaba como todas para ayudar, así les enseñó su padre. Cuando él consiguió el terreno y una casilla, por fin los trajo, se quedaron en el Cerro, en la calle Turquía. Al fin estaba toda la familia

reunida. Como tantas familias de la época formaron parte de la migración interna que venía a trabajar en la capital floreciente.

Pasó el tiempo. Rosa y Conrado se casaron y fueron a vivir con la familia de Conrado. Al principio todo iba bien, pero ella extrañaba. Era una vida totalmente distinta, con personas que recién conocía y el primer viaje del marido al mar le resultó muy largo, espera y espera. Conrado se fue a trabajar a un barco de cabotaje llevando mercaderías, el viaje duró de ida y vuelta unos 20 días. Vivió esa experiencia con angustia, extrañaba a las hermanas, a la patrona y sobre todo a los niños que cuidaba. Lloraba muchas veces esa soledad, lo recibió llorando. La suegra le dijo que no era para tanto con cierta molestia. Rosa escuchó en silencio, no contestó ni una palabra.

Al año nació una niña, que llamaron Lidia. Mi hermana mayor fue alegría y consuelo para Rosa. Conrado partió para un nuevo viaje con pena de separarse de Rosa y de la pequeña. Sintió la emoción de tener su propia pequeña familia y la tristeza de irse. Pero Rosa no estaba dispuesta a quedarse sola, otra vez, con la familia de él.

Cuando Conrado llegó, no se quejó, ni lloró, le dijo que en el próximo viaje no se quedaría en tierra, que iría con él y la niña, pasara lo que pasara. Rosa fue muy valiente. Él le contestó que no. Le explicó que era muy peligroso, pero a ella no le importaba. Le habló de las tormentas que se producían en las aguas revueltas donde se juntan el Río Uruguay y el Río de la Plata, de los rayos y las centellas en las aguas, que son muy impresionantes y de la mala mar encrespada que puede durar tres o cuatro días. Ella se quedó en silencio, luego soltó el llanto y dijo: “No tengo miedo. Igual me voy contigo. Solo el abuelo Anastasio, tu padre, extrañará a la niña. Las mujeres de tu casa están muy celosas de mí y de la niña. “Yo me voy contigo o me voy a casa de Manuela, con mis hermanos”, repitió Rosa. En esa época era común navegar con una tripulación conformada de familiares, y ella lo sabía.

Así lo contó mi madre a sus hermanas un jueves, día de salida de las “colocaciones”, cuando estaban juntas en lo de Manuela. Todas se alarmaron

y la abrazaron, pidiéndole que no se fuera, que si se iba dejara a Lidia con Manuela. Rosa se negó, furiosa, no dejaría a la niña.

Mi madre se agregaba a la tripulación con el asombro de sus amistades y los familiares, que quedaban en tierra preocupados por los peligros que podían correr ella y la niña. A la vez culpándola por tomar decisiones propias, en esa época no se acostumbraba.

Este viaje será muy distinto para Conrado. Rosa, asomada desde el camarote miraba la salida del puerto de Montevideo. El Cerro se veía precioso con aquella luz del faro, como saludándolos... Sintió una gran emoción, tal vez miedo. Se humedecieron sus ojos.

La noche era mágica. La negrura no le dio miedo, el cielo era un pizarrón dibujado de estrellas titilantes. El puerto de Montevideo quedó atrás, un viento suave embolsó las velas. Con la niña en sus brazos vio ese cielo que los envolvía. Recordó el cielo del campo, las estrellas parecían estar más cerca. Conrado las vigilaba desde el timón disfrutando la alegría de tenerlas tan cerca. Los otros tripulantes, en la cubierta: Angelito Armo vigilando las velas, el Nene y Cantero en los palos eran familiares de Conrado, primo y sobrino, el tío Benito hermano de Rosa. "Esta vez solo tocaremos puertos cercanos. Un viaje corto. Rio de la Plata, principio de Rio Uruguay y un tramo del Río Paraná". Le comentó Conrado, a la tripulación. "Serán pocos días".

"*La Joven Rosita*", que así se llamaba el velero por pura casualidad, era una embarcación de cuatro velas y dos palos mayores. Era una sumaca para transporte de cabotaje de poco calado que surcaba los ríos a vela. La vieja sumaca de bandera argentina continuaba trabajando. Era su última etapa y pronto pasaría a desguace o a remate. Esta vez llevaban una carga liviana, una mudanza, cajas de ropa, muebles, paquetes y correspondencia. Pero volvería cargado de rolos de madera y de la correspondencia del litoral.

La costa del lado argentino del Río Uruguay era muy particular; en algunos lados plana junto al rio y en otra más alta formando barrancos. La costa era arbolada con raíces al sol, bañadas por la correntada, fuertes raíces que la

aseguraban a la tierra firme. Mucho verde, casas en la orilla sobre pilares de gruesos troncos que las sostenían.

La embarcación se deslizaba suave arrastrada por un pequeño vaporcito remolcando y pitando anunciando su llegada. Los que esperaban el flete, saludaban con las manos en alto a los que atareados recogían las velas y tiraban el ancla al agua. Los trámites en el puerto eran lentos. Las autoridades del puerto subían a bordo, comparaban los documentos de la carga con las existencias, hasta dar el visto bueno y permitir el desembarco. El día de llegada es de mucho trabajo: la tripulación no baja hasta estar la carga entregada a las autoridades. Al llegar a los puertos la tripulación sonreía, festejando la tranquilidad de estar en tierra. Para Rosa y Conrado este primer viaje fue tranquilo. La niña fue mimada por la tripulación, su familia. La temperatura buena, sin temporales.

Para Rosa todo era fácil. Cocinaba para todos y tenía un ayudante, eso era nuevo. La ropa se la lavaba cada uno de aquellos hombres. El agua era dulce, extraída con baldes que bajaban en cuerdas enganchada a una roldana al propio río como si fuera un aljibe horizontal e interminable. El agua para beber se hervía y se guardaba en tachos limpios. La ropa lavada con agua de río y secada al sol quedaba con aroma así como el largo cabello que Rosa sujetaba en la nuca. Se sentía como en casa, con el tendal de ropa en las cuerdas como banderas flameando.

Se cruzaban con otras embarcaciones pequeñas que mostraban también su vida cotidiana tranquilamente. Rosa saludaba con alegría, mostrando la niña levantándola en los brazos, los otros le gritaban piropos a la niña. Mi padre construyó para Lidia una hamaca de lona, donde dormía la pequeña que se podía trasladar al camarote o a la cubierta según donde estuvieran ellos. También tenían un cajón de madera vacío, en suelo del cual una vieja manta doblada y un almohadón amortiguaban las caídas producidas por el vaivén del movimiento del barco, donde la niña se podía parar sin peligro. Hamacada así, muchas veces terminaba dormida al aire libre. Estaba morochita del sol.

La niña era muy simpática, la llamaban cariñosamente “Negrita”. La sonrisa de ella dejaba ver dos dientitos muy blancos, Rosa lavaba la ropa en una tina de madera cercana, hablándole como si la niña entendiera y la hacía reír. El tío Benito le trajo dos pollitos en una caja de cartón, los había comprado a unas niñas de la orilla, y este fue el juguete más lindo que tenía, cuando los animalitos se movían la hacían gritar de alegría, contagiando la risa a todos los demás.

Contó mi madre, cuando estaba sola con nosotras muchos años después, poniendo palabras a sus recuerdos no dichos. Nos contó a nosotras niñas, que cuando estaban en Entre Ríos parados, las noches calurosas y de luna llena en las costas argentinas del Paraná los muchachos de la tripulación se tiraban al agua desde la cubierta, las aguas estaban quietas plateadas, luminosas tibias como si fuera de día. “Lidia pequeña, de unos meses, tenía dificultades para dormir con tanto calor en el camarote y lloraba. Conrado bajó al río y me pidió permiso para bajar a la niña con él a las aguas, dudé sorprendida, luego dije ‘¿Y si se te escapa de las manos? Es de noche, peligroso’. Entonces él ideó bajar una sábana a modo sillita donde Lidia estaba atada con seguridad, y sus bracitos y piernas sueltas”. Todas reímos. Lidia sorprendida pregunto “¿Yo?”. Mi madre siguió: “Benito y yo sosteníamos la sabana desde arriba y Conrado con el Nene sostenían a la Negrita en el agua que daba palmadas y patadas salpicando a los dos y dando fuertes carcajadas, contagiándonos a todos. Esa noche dormiste tranquila y nosotros también”. Mi madre reía disfrutando otra vez. No siempre tenía ganas de contar recuerdos.

Algunas embarcaciones pequeñas se acercaban a venderles frutas y verduras, formando un montón de cajones multicolores, en las orillas del Paraná. Esto era muy común, era un modo de abastecer las orillas, otras lanchas llegaban con yerba, azúcar, porotos, jabón, carne de cordero. Rosa vivía esa libertad emocionada. Le hacía mucha gracia la manera de hablar de los correntinos. “La vida era de trabajo, dura, a lo que se acostumbró rápidamente. Eran todos muy sencillos y serviciales. Al fin conocía las amistades y la forma de



vivir de su marido. Se sentía agasajada cuando él la presentaba a las amistades y a las autoridades de los lugares que visitaban. También se sentía más fuerte al sol y al aire”, nos contó tío Benito. Y agregó: “Creo que fue la época más feliz de ella”.

Escuchaba las conversaciones de trabajo de la tripulación en silencio. Si escuchaba de las dificultades que se presentaban o las tormentas, se le escapaba “Dios me salve María,” abrazando fuerte a su hijita. En los viajes no faltaron nieblas, ni truenos, ni relámpagos, ni lluvia, ni soles fuertes que achicharraban la cubierta.

Nada la asustó tanto como aquel día que sopló el pampero. Había sido un día hermoso de primavera. Venían regresando hacia Montevideo. Navegaban por la desembocadura del Río Uruguay y el Rio de la Plata cuando de pronto se ocultó el sol y aparecieron nubes negras, amenazantes, las aguas se pusieron de un gris plateado que sorprendía. Rosa con la niña bajó a buscar abrigo porque el viento se puso más frío. Abrazada a la pequeña Lidia en el camarote, vapuleado por el movimiento de las olas. Conrado gritó desde el timón “¡Todos a cubierta!”. Él, cómo pudo, bajó al camarote a buscar a su mujer y a su hija, manoteó unas sábanas, las abrazó y dijo:” ¡Vamos Rosa!”. Las subió a cubierta, y las amarró rápido, envolviéndolas en las sábanas, al palo mayor mientras los otros tripulantes sostenían el timón y bajaban las velas lo más rápido que podían, para que no se rompieran o las embolsará el viento y los arrastrara a la deriva. La oscuridad los envolvía, el agua se volvía de un plateado luminoso, la lluvia arreciaba con furia. Empapados, todos corrían, haciendo equilibrio de proa a popa. Conrado las cubrió a ellas con una lona encerada para que no se mojaran y no se enfriaran tanto. Volvió al timón junto al compañero, entre los dos lo sujetaron fuerte para mantener el rumbo aprovechando el viento y el oleaje para separarse del ojo de la tormenta.

El miedo, a Rosa se le instaló en el pecho, las piernas se le querían aflojar pero no las dejó. La niña lloraba y ella rezaba al santo Negrito de pastoreo, patrón de los desesperados, pidiéndole que amainara el temporal. No se le ocurría

otra cosa, le ofreció una novena como lo hacía su madre, los ojos apretados. Con la niña en brazos se sentía más segura, la inocencia de la niña le dio valor para seguir en pie. Fue necesario empezar a tirar parte de la carga al río, las olas eran cada vez más altas y amenazantes. La nave se hundía peligrosamente y volvía. La carga flotaba empujada hacia atrás por el pampero que soplabo silbando tanto que le pareció que volaba y se dejó llevar sin soltar a la niña, las piernas se le durmieron no sentía los pies ni las rodillas. No se sabe cuánto duró aquella angustia, el miedo no se puede medir ni en minutos, ni horas, ni días. Unas manos grandes y fuertes la sostuvieron y una voz conocida le dijo “Tranquila, pronto pasa”. Las nubes se alejaban rápidamente hacia atrás, como custodiando la carga que flotaba en el mismo sentido. La nave surcaba valiente atravesando las olas intentando mantener el rumbo hacia adelante y tratando de salir del medio de la tormenta que corría en una franja ancha, demoledora. Poco a poco apareció un cielo gris sin nubes, calmó el viento. Silencio. Estaba pasando. Pero el corazón colectivo de toda la tripulación latía golpeando el pecho al unísono, la alerta continuaba.

Muchas cosas desaparecieron de la cubierta; las olas se llevaron el cajón en que se resguardaba la niña, la caja con los pollitos, la cuerda con la ropa, el balde y la cuerda y el mediomundo de la pesca diaria. Parte importante de la carga la tiraron por seguridad.

Rosa no lo contó a nadie hasta pasar un tiempo. No sabía cómo empezar sin asustar a las hermanas.

No todo fue malo para mis padres. A las amistades de Conrado se sumaron nuevas amistades. Rosa y la pequeña abrieron otras puertas. En los días de espera, en cada puerto recibieron invitaciones a fiestas, donde aparecía siempre una acordeón o una guitarra. Bailes familiares, de carnaval que se llamaban “asaltos”, bailes de disfraces en casas, de Entre Ríos, Paysandú o Carmelo. Amistades que se frecuentaron a lo largo de los años, como Diamantina una mujer muy graciosa en su manera de hablar o Valentín el pelirrojo, dos argentinos que los visitaron, yo los conocí. Recibían carta de otras personas.

Rosa y la niña viajaron un año y medio en aquella vieja sumaca. Cuando quedó embarazada de la segunda hija, la pareja decidió quedarse en tierra por razones de seguridad. Conrado buscó trabajo en el puerto, volvió a trabajar de changador en carga y descarga, trabajo duro, pero él ya lo conocía.

La sumaca, volvió a puerto argentino donde pasó a remate.

Muchas anécdotas no nos contaron a nosotras, las hijas. No se acostumbraba contar y nosotras no preguntábamos, tampoco se acostumbraba preguntar. Hoy me arrepiento, sé que me perdí mucho de la historia personal de mis padres. Creo que mi madre fue muy valiente y adelantada a su época. Las historias de mujeres no se cuentan ni se escriben aunque sean interesantes. Las perdemos.



Conrado Alcoba, Rosa Rossano y familiares. (Principios de la década del 20) Fotografía: Archivo personal

Un cielo rojo anaranjado

En nuestro barrio no pasaban autos. Nuestras calles no estaban asfaltadas todavía. Eran de tierra, en algunas partes de balastro, porque el agua de lluvia que bajaba desde la Fortaleza del Cerro, bajaba con fuerza y se llevaba lo que se le ponía delante. Solo había, a los lados de las calles, canaletas de desagüe que se desbordaban.

Las calles eran nuestras durante las vacaciones de verano. Las veredas estaban vestidas de jóvenes paraísos que los vecinos regaban. A su sombra las niñas sacaban a la vereda los juguetes que tenían. Siempre encontrabas alguna que te preguntaba: “¿Querés jugar?”.

Nosotros vivíamos en una casilla de madera y techo de zinc, como la mayoría de las familias del barrio. Nuestra casilla estaba fundada la mitad sobre la roca de la calle Turquía y el resto, donde estaba la galería, la cocina y el cuarto de mis padres, se sostenía sobre ocho pilares de gruesos troncos de madera, como si fueran patas, de tres o cuatro metros de alto, lo cual formaba una gran terraza hacia la calle Egipto. Mi padre aprovechó el desnivel de las calles del Cerro para dejar la casa de cara a la bahía de Montevideo y enmarcada entre las calles Viacaba y Barcelona.

En esa casilla pasaron muchas cosas: una infancia feliz, alegrías y algunos sustos.

Aquel día amaneció soleado, pero, cerca del mediodía, el cielo se puso gris. Soplaban un viento suave y caliente. Mi madre cerró las ventanas y las puertas, nos llamó para que entráramos a casa y bajó corriendo las escaleras

de madera del fondo para recoger la ropa de las cuerdas, que ya empezaba a agitarse. Les pidió ayuda a mis hermanas mayores. Yo no me daba cuenta por qué tanta prisa. Entraron a la casa cargando la ropa húmeda todavía. Mi madre nos anunció que se venía un viento muy fuerte, cerró la puerta rápidamente y la aseguró.

Yo me subí a mi banquito y miré por la ventana de la galería, que tenía ocho cristales de colores. El cielo se oscureció. En el horizonte empezaron a verse los relámpagos y se escucharon los truenos. En minutos todo cambió, el agua de la bahía se movía, se agitaba, se volvía gris oscura, se estaba picando. En un momento todo se volvió amenazante. Yo apretaba los ojos con cada relámpago y me tapaba los oídos con cada trueno. Pero no llovía todavía. Una escandalosa tormenta eléctrica, la primera que recuerdo en mi vida.

Mi madre, muy preocupada, miraba el techo. Corrió las cortinas, me quitó de frente al ventanal y me sentó junto a mis hermanas. Arrastró una pesada silla de madera, la inclinó sujetando la puerta que daba al mar asegurándola bajo el cerrojo antiguo y herrumbrado. De pronto las gotas de agua cayeron sobre el techo de zinc con un ruido como si llovieran monedas. Nos mirábamos, hablábamos fuerte pero no nos escuchábamos, parecía que estuviéramos en una caja de resonancia metálica.

Ella nos mantenía a su lado y nos explicaba que era una tormenta de verano y pasaría rápido, que no nos asustáramos. Sentíamos cimbrar los tirantes: parecía que la casilla tenía movimiento propio. Temblaba todo, como si estuviéramos en la barriga de un gran animal.

De pronto dejó de llover. Silencio, un largo silencio, como si se escuchara. No sé cuánto tiempo pasó. Nos queríamos mover y mi madre nos retenía a su lado. Escuchábamos un silbido lejano, que se acercaba. Mi madre se arrodilló y pidió silencio, nos pidió que también nos agacháramos

–¡Al suelo! –gritó–. ¡Abajo de la mesa! –y nos empujó hacia allí.

Un gran cimbronazo. Cómo si algo chocara con nuestra casilla.

–¡Viento! –dijo–. ¡Un tornado! –hablaba para sí misma.

El lugar se llenó de una luz anaranjada. Me pareció que mi madre rezaba y mis hermanas lloraban. Estábamos todavía debajo de la mesa de la cocina. Mi madre nos cubría con sus brazos, como hacen las gallinas con los pollitos.

Todo sucedió muy rápido. El aire se colaba por las tablas del piso resoplando como un caballo cansado, pero la casilla aguantaba.

Las cortinas volaban hacia arriba, desafiando la gravedad. Los cuadros caían y se rompían sus cristales. Nosotras estábamos inmóviles. El techo crujió.

Escuché chillidos, como de muchos animales heridos, estridentes, agudos, mis oídos parecía que vibraban aturdiéndome, mi corazón latía muy rápido, temblé y puede soltar el llanto. No sabía lo que estaba pasando, no miraba a las demás, cerraba los ojos y me tapaba los oídos, quería salir corriendo. No estar.

Eran los largos clavos del techo, que se quejaban, gritando como desgarrándose cuando la fuerza del viento los separaba de los anchos tirantes que los sostenían. Pasaron unos segundos, no supe cuántos. Me solté de las manos que me apretaban y me asomé a mirar. El techo se deslizaba como un telón de teatro. Desaparecía poco a poco hacia un costado, el lugar se llenó de luz, de un color rojo anaranjado. Las chapas del techo, como una pieza única, como una lámina de cartulina, arrastradas, desplazadas, cayeron a un costado de la casilla con un ruido ensordecedor. Vibraron las tablas de madera del suelo bajo mis pies. Todo se movió. Nos quedamos al aire libre.

Luego la quietud y el silencio.

Todo el barrio quedó en silencio.

El silbido del viento se alejaba, no podíamos hablar. Mi madre no nos dejaba mover, nos apretaba contra ella, escuchando, alerta, el silencio.

El silencio dejó paso a algún murmullo lejano de los vecinos que empezaban a hablar entre ellos, luego sentimos que la llamaban: “¡Rosa! ¡Rosa! ¡Qué barbaridad!”. Mi madre no contestaba, solo escuchaba atentamente.

Oímos los pasos de la vecina que se acercaba corriendo por el otro costado de la casilla, y luego otros pasos, las voces de otros vecinos.

Miré a mí alrededor: muebles caídos o fuera de lugar. Vidrios y trozos de loza por el suelo. “¿De qué taza? ¿De qué plato?”, me preguntaba. No los reconocía.

Mi madre contestó: “Estamos bien”, y soltó el llanto, lo dejó salir como un chorro y todas lloramos. Cuando se puso de pie, nos colgamos de ella. Ahora, nosotras, no la dejábamos mover.

Pasó la lluvia y el viento. En el horizonte, el atardecer nos dejó ver un cielo rojo anaranjado. Algunas nubes blancas viajaban, como diciéndonos que ellas eran inocentes.

Los perros de casa no ladraron.

La vieja radio de casa

Uuuii, uuui, uuui. Los sonidos intermitentes de la vieja radio de casa.

Era de madera. Delante estaba el parlante, cubierto con una tela gruesa de tapicería de tonos grisáceos que habían sido marrones y el dial, como un ojo redondo iluminado a medias, porque se había quemado una de las lamparitas del costado y quedaba como tuerto, estaba cubierto por una lámina de mica amarillenta por el tiempo. La base era rectangular y tenía la cubierta en forma bombé, como una “U” al revés que le daba un aire especial. La parte de atrás, la espalda, descubierta. Estaba colocada en un lugar de preferencia en el comedor, en una mesa de madera, sobre un mantel bordado a mano por mi madre, que caía en triángulo.

Cuando mi padre trajo la radio no sabíamos su edad ni su historia.

–No es nueva, pero tiene un buen parlante –nos dijo contento. La había comprado en un remate de la Ciudad Vieja.

Fue un acontecimiento para nosotras. Mi madre nos advirtió:

–Sólo la comedia de las cinco, después de hacer los deberes.

Mis hermanas se alegraron porque ya no tendrían que ir a casa de la vecina a escuchar la radio.

A mí, lo que me gustaba más era mirarla por detrás. La radio tenía como el culo al aire. Era más interesante por detrás. No sé por qué no me dejaban mirarla. “Es peligroso”, dijo mi padre cuando la trajo.

Adentro tenía mucha tierra y muchos mosquitos muertos. Mi madre la limpió con su santa paciencia y la lustró. Quedó como nueva.

–No, no. Cuidado, no vayas a tocar nada porque puede explotar –decía mi madre, cuando me veía rondando cerca.

Yo no sabía entonces lo que significaba la palabra explosión y sus palabras no me asustaban, pero me retiraba, por si acaso.

Las cosas que veía atrás de la radio, como en una trastienda, eran muy interesantes; parecían soldados paraditos, se llamaban bombitas, había altos y bajos, gordos y flacos. Tintineaban pequeñas lucecitas cuando estaba encendida y cuando emitía esos raros sonidos. A veces hablaba en idiomas que yo no entendía y mi papá tampoco.

Uuii, uuii. Mi padre movía el dial de derecha a izquierda para que hablara. Uuii. Yo, en mi banquito de madera pintado de color naranja, me arrimaba más y más a la pared para mirar la trastienda de la radio. Mi padre me gritaba:

–¡Quédate quieta chiquilina! Me pones nervioso.

Entonces yo me ponía de pie y miraba de más lejos. Él de rodillas en el suelo con la oreja pegada al parlante, uuii, uuii. Cuando por fin aparecían voces claras, que era lo que él buscaba, nos pedía silencio a todas, con su dedo índice y una sonrisa en los labios. Los soldados chiquitos y los grandes, con voz de señores, decían todos los sábados, la misma frase:

–Aquí, el informativo para el habla española de la BBC de Londres, informa: Las tropas aliadas... uuii, ganan terreno...

Yo no sabía dónde ganaban terreno, porque no prestaba atención. Mi padre sonreía y decía en voz alta, para sí mismo:

–¡Ahora sí! ¡Ahora sí!

Mi tío decía que mi padre era un fanático, que la guerra estaba muy lejos, que a nosotros no nos iba a pasar nada.

En casa, mi padre no escuchaba fútbol: no le gustaba. Decía que el fútbol y la religión eran el opio de los pueblos. Papá se decía anarco sindicalista.

Mi madre por las mañanas, escuchaba tango mientras lavaba ropa en el patio. Dejaba las ventanas abiertas de par en par para ventilar la casa. Entraba

el sol, la corriente de aire inflaba las cortinas blancas que volaban hacia fuera como llevando la voz inconfundible de mi infancia: Carlos Gardel.

Por las tardes, mi madre planchaba aquellas montañas de ropa. Era lavandera de muchos vecinos: el farmacéutico, el doctor, algunos obreros del frigorífico que traían ropa manchada de sangre y de un obrero de la barraca de carbón que traía ropa siempre negra, como negras estaban su cara y sus manos.

Por las noches, mi padre escuchaba en silencio la radio, buscando noticias hasta que mi madre nos llamaba a cenar. Luego, él se iba al boliche, a contar lo que los soldaditos de la radio decían de los países lejanos.

Al otro día, los vecinos pasaban por casa a preguntar por las novedades, porque entonces no todos tenían radio.

En mi barrio había muchos extranjeros y papá conocía algunas palabras sueltas de sus idiomas. Cuando pasaban los saludaba con esas pocas palabras que sabía y ellos quedaban contentos de oírlo; les hacía gracia.

–“Espacsiba”, doña Bárbara.

–“Espacsiba”, vecino –contestaba la rusa, riendo.

Doña Bárbara era rusa, Manolo era gallego, el almacenero era armenio, y don Giuseppe, el zapatero, italiano.

Don Giuseppe me arreglaba mis sandalias de suela. A mí me gustaba verlo trabajar. Se ponía muchos clavitos en la boca y los sacaba de a uno. Me daba miedo que se los tragara cuando hablaba o se reía. Siempre nos decía que se los ponía en la boca para no fumar.

Los niños del barrio pasábamos mucho rato con el zapatero.

Todos los gringos eran buena gente y trabajadores. Compraban su propio terreno, hacían su propia casilla y todos tenían jardín y quinta. Ayudaban también al paisano que llegaba al Cerro a hacer su primer galpón, para que se refugiara con sus pocas pertenencias.

–“Bona sera”, don Giuseppe.

–“Bona sera, bona sera, vecino” –contestaba el viejo italiano

Los gringos que frecuentaban mi casa eran sindicalistas y amigos entre sí. Hablaban siempre de lo que pasaba aquí y discutían de lo que pasaba allá. Cuando llegaba una carta, los domingos la traían y la leían en voz alta. Los vi emocionarse y lagrimear con noticias de muertes y nacimientos. Hablaban de lejanías.

Yo jugaba con mi perro y escuchaba en silencio.

También tenía una amiga gringa que venía a casa con su mamá. Eran búlgaras. Las dos hablaban muy atravesado, pero igual podíamos jugar. La amistad de nuestras madres era un poco silenciosa pero las dos se ponían contentas, cuando llegaban a casa. Ellas no tomaban mate; mi madre las recibía con buñuelos y una taza de té.

Cuando terminó la guerra en Europa, el padre les mandó los pasajes y ellas regresaron a su tierra. Ese día lloramos todos.

Katia, la mamá búlgara, le escribió dos cartas a mi madre, pero como mamá no sabía leer, se las leyó mi padre. Allí contaba el reencuentro con su gente. Se mostraba muy agradecida por la amistad con mi madre, y ella se emocionaba cuando mi padre leía en voz alta. Mi madre no le contestó, pobre madre. Lástima que no se le ocurrió pedirnos a nosotras que le escribiéramos, porque, ella sí, nos mandó a la escuela.

Para mi madre todos los días de la semana eran iguales; siempre encontraba trabajo. Los domingos sacaba con el escardillo la gramilla del jardín. No hablaba mucho, escuchaba la charla de los vecinos y nunca preguntaba. Se lucía con su jardín siempre lleno de flores. Intercambiaba gajos y batatas, se sentía contenta de dar y recibir plantas. Sabía y preguntaba sobre hierbas medicinales. Los gringos también sabían mucho de plantas y de podas.

Los domingos eran distintos para mi padre. Tomaba mate en la vereda, al sol. Entonces venían los vecinos a charlar, mi padre hablaba y hablaba mucho y todos hablaban.

Los soldaditos de la radio traían las noticias de lejos, de muy lejos. Por eso no se oían bien, aunque escucháramos en silencio.

Mi padre siempre tenía algo que contar a los vecinos y le gustaba que vinieran a charlar. Trabajaba en el puerto y allí se enteraba de muchas cosas y los gringos contaban cosas interesantes, que él escuchaba muy atento. Todos querían saber qué pasaba en aquellas tierras.

Un día hubo un cortocircuito y la radio se rompió. Por suerte yo estaba en la escuela.

Caramelos

La directora de la escuela nos mandó a todos a casa antes de hora.

Era mediodía. Salí de la mano de mi hermana. En la calle vimos con asombro que la gente salía de sus casas, de los comercios, de los bares y gritaba algo que yo no entendía.

Mi hermana me llevaba casi corriendo.

Comenzaron a sonar las sirenas de los frigoríficos, de la fábrica textil, las bocinas de los ómnibus y de los autos. Pasaban saludando con las manos afuera.

Yo tenía siete años y mi hermana doce. Ella, asustada se entre paró un momento, miró para todos lados y se puso a llorar.

–Corre, apurate –me decía. Me sacó casi en el aire, mis pies volaban.

Las diez cuadras que nos separaban de casa se me hicieron interminables. Pasamos corriendo por la puerta de la panadería; no entramos a buscar las dos flautas que llevábamos cada día a casa y que el gallego apuntaba en una libreta. Me acordé de la yapa que nos daba el panadero: un bizcocho para cada una, que todos los días comíamos antes de llegar.

Mi hermana no paraba de llorar, pero en ningún momento me soltó de la mano. Cerca de casa vi que mi hermana mayor iba llegando con dos compañeras de la fábrica. Pasaba algo muy grave. Las sirenas asustan mucho.

Vi que mi madre estaba en la vereda, conversando con las vecinas. Todo parecía trastocado; yo no entendía nada y también me puse a llorar, asustada.

Mi madre al vernos llegar llorando nos vino a alcanzar. Nos abrazó.

–No pasa nada malo. No lloren, hay alegría. Terminó la guerra mundial. Señaló hacia la esquina y nos dijo:

–Vayan al almacén que el armenio está repartiendo caramelos a todos los niños del barrio.

Tiramos la cartera de la escuela al suelo y salimos corriendo. La alegría del armenio era inmensa; lloraba y hablaba en su idioma. Tiraba caramelos al aire, “a la marchanta”, levantaba los puños al cielo...

Las sirenas como un grito de libertad, no callaban y nosotras reíamos a carcajadas con los bolsillos llenos de caramelos. Llegamos a casa, despeinadas con las moñas y las túnicas desarregladas. Sólo sentí que ese momento era bueno, muy bueno, dulce muy dulce.

Biyú

Los sábados, mi madre y yo éramos rehenes de mis hermanas. En esa época, en casa nadie iba al baile si no era con mi madre y conmigo, por supuesto siempre y cuando mi padre diera el permiso.

En el Cerro había varios clubes donde se bailaba: Bahía, Cerro, Rampla y el Edén, que también era cine y el Porto Son que frecuentaban los gallegos. Aunque pequeños, traían hasta orquestas de música típica.

Mis dos hermanas mayores se preparaban durante toda la semana. Ellas mismas hacían su ropa. Tenían largos cabellos y dos bucles que caían sobre la frente. Bailaban todos los ritmos. Me gustaba mucho verlas en la pista; disfrutaban de la música, sus cuerpos se volvían livianos, como si perdieran peso, sus figuras se iluminaban en el movimiento. Para mí, era maravilloso.

Para nosotras, las espectadoras, la primera parte era entretenida, mirábamos los vestidos, los zapatos de las muchachas y las distintas formas de bailar. Disfrutábamos de un buen rato, después el cansancio y el sueño se apoderaban de mí. Me anidaba en la falda de mi madre y mis largas piernas, de ocho años, colgaban flojas, tocando el suelo.

Los bailes eran el único acontecimiento social del verano. Mi padre fijaba la hora de regreso a las doce de la noche, ni más ni menos, sin discusión. Sabíamos que nos esperaba en la puerta de casa, que caminaba de un lado a otro como un centinela y que lo seguía Biyú, el perro que nos acompañó en los años de mi infancia.

Ese perro y mi padre eran muy compinches, él le enseñó a cuidarnos.



Cuando mis hermanas veían aproximarse la hora, se acercaban a mi madre y le pedían.

–Por favor un ratito más, ¡estamos en lo mejor!

Mi madre dudaba y les contestaba:

–Sólo un ratito, dos piezas más y nada más. Ya saben que si demoramos su padre nos hace pasar vergüenza.

Ellas volvían a la pista, a ese frenesí de música. Yo me quería ir. Ellas no miraban a mi madre por no ver las señas para marcharnos: ese era el momento peligroso. Entonces mi madre trataba de ponerme de pie, aunque el sueño me hiciera perder el equilibrio. Ya era tarde.

De pronto, Biyú atravesaba la pista de baile entre las piernas de las parejas. Algunos trastabillaban, los bailarines se detenían a mirarlo y la orquesta bajaba el tono de la música al sentir el murmullo, sin saber que pasaba.

Nuestro perro iba directo hacia donde estaba sentada mi madre y se echaba debajo de su silla. Ella nerviosa y con rabia golpeaba con su pie en el suelo gritando:

–¡Fuera Biyú! ¡Fuera! –yo me despertaba totalmente.

El presidente del club, con una escoba en la mano, intentaba sacar al perro que sin moverse gruñía y mostraba los dientes, como diciendo de aquí no me voy.

Nosotras sabíamos que saldría de abajo de la silla si todas nos dirigíamos a la puerta de salida. Con la cabeza gacha cruzábamos la pista; el perro se levantaba y tomaba la delantera.

Encontrábamos a mi padre cerca de la puerta del club. Mi madre y mis hermanas protestaban y él se reía.

–¡Yo se los dije: les mando la policía! Miraba al perro cómplice, se agachaba y acariciaba a Biyú que movía la cola.

Mi padre tenía una sola frase para desencadenar aquella catástrofe. Se dirigía al perro y lo invitaba:

–Vamos a buscarlas.

El perro ya sabía lo que tenía que hacer y cómo hacerlo.

Mis hermanas y mi madre, por dos o tres sábados cambiaban de club, por la vergüenza que habíamos pasado.

Biyú fue el mejor perro que tuvimos en casa. Cuando le hablabas te miraba, escuchaba atentamente y luego hacía lo que le decías:

–Trae la pelota, lleva el diario, trae el palo.

Mi madre le enseñó a acompañarnos a la escuela. Cuando entrábamos nos miraba desde la vereda de enfrente y luego se marchaba a casa. A la salida, él ya había llegado y nos esperaba al pie de la escalinata de mármol. Los otros niños lo llamaban por su nombre, pero él no se distraía, estaba atento a lo que hacíamos nosotras. Salía adelante nuestro como un guía de excursión y nos esperaba antes de cruzar la calle.

A su modo trabajaba mucho porque también acompañaba a las seis de la mañana a mis dos hermanas mayores a la fábrica textil, que quedaba a tres cuadras de casa, y a las dos de la tarde las iba a buscar.

¡Era tan bueno y tan bonito! Peludo, negro como el azabache, tenía amarillas las cejas y las puntas de las cuatro patas, que parecían botitas. Tenía buen humor, nunca estuvo atado, era libre. En esa época no había tejido de alambre ni muros en mi casa, sólo Biyú sabía que la casa estaba rodeada de un cordón imaginario que dividía el adentro del afuera. A nadie le permitía cruzarlo sin que él, ladrando, anunciara su presencia.

La casa y nosotras estábamos protegidas cuando mi padre trabajaba de noche o llegaba tarde de las reuniones políticas o sindicales. ¡Qué perro!

¡Era parte de la familia! De él aprendí que los perros se expresan de muchas maneras. Cuando ladran lo hacen con distintos sonidos, si el que se acerca es conocido o no y también expresan su alegría con el movimiento de la cola.

Sabíamos que llegaba mi madre, porque Biyú continuaba echado en el suelo, atravesado en la puerta de casa, moviendo intensamente la cola.

Pero Biyú jerarquizaba a su dueño. Cuando a lo lejos veía que llegaba mi padre, se ponía de pie, atento y miraba hacia adentro de casa, esperando

que saliéramos nosotras. Saltaba, sollozaba de alegría y así nos invitaba a jugar una carrera hasta alcanzarlo. Mi padre se acercaba a nosotras sonriendo, pero el perro siempre nos ganaba y luego se ponía a correr en círculo alrededor de él festejando su llegada.

La Fábrica

Yo no era buena estudiando, era dispersa. “Vivía en la luna”, leyendo revistas y novelitas del Oeste que canjeaba en el quiosco del barrio.

El quiosco era parte del mundo que me fabriqué en mi adolescencia; me permitía viajar, irme muy lejos con mis pensamientos. Siempre me gustó leer. Para conseguir comprar algún librito yo vendía diarios y botellas viejas que me daban los vecinos, luego podía canjearlo por otros ejemplares.

Me propuse dejar la escuela en quinto año porque era la más alta de mi clase y con busto. Me daba mucha vergüenza. Parecía una mujer, al lado de mis compañeras, flacas y menuditas. Ya había repetido segundo porque en casa, ese año, había sucedido algo muy grave: el accidente de mi hermana en la fábrica. Mi madre pasó casi un año y medio acompañándola en el hospital. Durante ese tiempo me sentí muy triste e insegura. Mis dos hermanas cambiaron sus turnos para poder estar siempre una de ellas en casa. Yo pasaba largas horas en casa de una vecina que me enseñó a hacer buñuelos, además escuchábamos una comedia en la radio.

Me aburría en la escuela, estaba siempre pensando en otra cosa, de ventana para afuera. Y tenía miedo de repetir quinto año.

Admiraba a mis hermanas porque traían dinero a casa; mejor dicho, las envidiaba. Y sobre todo envidiaba esas horas que estaban en la fábrica. ¡Esa ausencia! Traían siempre temas de conversación.

Hasta que un día me animé a decirle a mi madre que no quería ir más a a escuela, que estaba perdiendo el tiempo, que de todas maneras, no iría más y

que tenía miedo de quedar repetidora otra vez y quería trabajar. No me animé a decirle eso del cuerpo, que se me estaba poniendo grande.

Creo que mi madre lo esperaba, porque contestó:

–Me dijeron que, dentro de unos meses, van a tomar gente en la fábrica.

Después de esas vacaciones no volví a la escuela.

De mis hermanas, lo que realmente envidiaba era su independencia. Hablaban como adultas, de igual a igual con otras personas, yo quería ser como ellas. Veía a la fábrica como la oportunidad para conseguir trabajo y traer plata a casa. Sabía que otras personas ven al liceo como la salida, pero éramos pobres. Para mis padres, la fábrica también estaba más cerca, Entrar a trabajar allí, era lo deseado por todas mis vecinas.

Pasaron unos meses. Esperando entrar a la fábrica trabajé de limpiadora en una casa y en una tienda del barrio A las niñas les pagaban poquito. Ayudaba en casa con quince pesos por mes. Era poco el sueldo pero me ponía contenta.

Un buen día mi hermana me dijo:

–En la fábrica pusieron un cartel, toman aprendizas. ¡Mañana anótate!

Así, con trece años recién cumplidos, entré en la fábrica textil Lana Uruguay, en el Cerro, mi barrio.

¡Pucha! El despertador ahora también sonaba para mí. Bien pronto se me pasó el apuro de ser obrera y ganar plata. Sobre todo cuando estábamos con el turno cambiado con mi hermana y tenía que ir sola a las seis y media de la mañana, tenía miedo como una niña; ya no me sentía tan grande, ni tan independiente.

En la casi oscuridad, las ramas de los inofensivos árboles se me volvían sombras fantasmagóricas. Y ¡qué susto escuchar el ruido del silencio! Llegaba corriendo a la fábrica, casi sin aliento, pero no por trabajar, sino por el miedo que pasaba en esas cinco cuadras que debía recorrer.

Sí, dejé la escuela. Cambié las aulas, por grandes galpones de zinc, que hacen que te cambie el estado de ánimo según sea la temperatura, calor o frío intenso. El ruido de los telares es ensordecedor. El calor, el vapor, el olor a lana

mojada de la tintorería y el de aceite de máquina, completan el insano respirar de cada día, te invade los pulmones e impregna tu ropa. Se te va a la mierda todo el romanticismo de ser grande y trabajar en la fábrica.



Entrada de turno textiles de fábrica SADIL. A la izquierda María Julia. (Fines de la década de los 50).
Fotografía: Archivo personal

Entré como aprendiz. La primera preocupación de la compañera que me enseñó a trabajar en hilandería, fue:

–¡Cuidado con los dedos!

Aquí sí que se te agudizan los cinco sentidos. La sordera se te cura cuando empezás a distinguir el ruido de la máquina que marcha mal, no es necesario forzar la garganta: aprendés de apuro a hablar por señas, dejás de sentir el mal olor, tu memoria lo registra todo y pasás a ser una pieza más del aquel gigantesco engranaje sin darte cuenta. Los movimientos de los dedos se sincronizan con los tiempos de la máquina, te sentís un alargue de ella misma.

Si te distraés, los rodillos de la máquina te llevan los dedos, o las poleas te llevan la pollera o el cabello si lo tenés largo.

–¡Atención! –me pedían mis compañeras.

La máquina te marca su velocidad, su tiempo, ella es la dueña de tus ocho horas de trabajo, cada día.

Muchas máquinas deciden el destino de las personas que trabajan con ellas. La inseguridad laboral, o la distracción pueden cambiar tu vida. Yo ya lo sabía. Todas lo sabíamos. El caso de mi hermana lo vivió todo el gremio textil. En la fábrica del Cerro tenía dos hermanas más, que trabajaban en tejeduría; yo, la recién llegada, me sentía cuidada, pensaba: “A mí no me va a pasar”.

Chela, mi hermana, trabajaba en hilandería en la fábrica textil Uruguayana, en Capurro. Tenía dieciocho años, y lucía un hermoso pelo negro y largo. Por razones de seguridad se hacía una trenza que envolvía en la nuca. Un día, al agacharse, la trenza se soltó, el rodillo le comió la punta del pelo. Su mano no pudo alcanzar el botón de apagar la máquina. Nadie la escuchó gritar, el ruido ensordecedor de tantas máquinas en marcha fue fatal para ella. ¡Pobrecita!

La máquina siguió, siguió. Le arrancó todo el cuero cabelludo desde la nuca, la piel de todo el cráneo, una oreja y una ceja. De un tirón, ella misma, pudo romper la piel más delgada de la frente. Ese tirón le salvó la vida, esa fuerza, ese instinto de conservación la ayudó. Cuando se incorporó, sus compañeras la vieron; se desmayaban, no atinaban a nada, salían corriendo. Ese mismo día, Chela se salvó dos veces, porque por fin un compañero, el mecánico que estaba cerca del lugar, fue hacia ella, se quitó la chaqueta, se la tiró encima para no verla y corrió con ella en brazos hacia la calle, en busca de cualquier auto que la llevara a un hospital. Empapada en sangre, helada y casi sin sentido, llegó al hospital Maciel.

La tendieron en un banco a la entrada de Urgencias del Hospital Maciel. Contó el mecánico que todos corrían a verla. Dos médicos opinaron:

–Está helada.

–No hay nada que hacer.

–Está muerta.

Chela los escuchó hablar y, con un hilito de voz, pudo decir:

–Por favor, doctor, estoy viva, estoy viva.

Esa frase fue como una orden para mover a todo el equipo de la guardia. Ella había decidido no morir todavía. Enseguida empezaron a correr médicos, enfermeros y camilleros. La llevaron al quirófano.

En el Hospital Maciel estuvo internada un año y medio. Muchas operaciones, injertos de piel. Largos dieciocho meses.

Yo tenía ocho años de edad y no me llevaban a verla al Hospital. Esa fue una ausencia muy larga para mí.

Chela se recuperó. Años más tarde se casó, con su novio de siempre, tuvo dos hijos y se jubiló por ley madre, en la fábrica donde se accidentó. Luego, trabajó de monitora en un taller de muchachos con problemas de aprendizaje.

Tiene una pequeña paga de por vida del Banco de Seguros y una peluca anual, si la quiere, para cubrir su calvicie total.

Vive en el Cerro, integrada a la vida social del barrio.

Durante los primeros meses en la fábrica, yo era toda ojos y oídos.

De mis compañeras escuché los primeros cuentos verdes, en la media hora de descanso, el rato en que comíamos un refuerzo y algunas compartían el mate, sentadas en cualquier rincón.

Las nuevas siempre somos objeto de burla, tenemos que pagar el derecho de piso. Mis compañeras decían cosas que, después supe, eran verdaderas mentiras, sólo para ver mis reacciones. Una a una, contaban su primera noche de bodas y sus partos con cierta crueldad, riendo, reviviendo y mintiendo, con nerviosismo y ojos llenos de morbosa alegría. Y reían hasta las lágrimas. Unas, ya con nietos, eran las que más disfrutaban de sus propios cuentos y de las malas palabras: las decían como si estuvieran saboreando dulce de leche. Algunas cosas yo ya las sabía, pero las tenía sueltas,

recuerdos de la escuela, porque allí también se habla de esas cosas. Las fui uniendo y me empezó a dar miedo eso de la sexualidad.

Supe entonces el significado, o la doble intención, de muchas palabras más: consolador, tortillera, homosexual, lamer, menopausia, prolapso, etc... Había cuentos en que también intervenían animales: loros, perros, gatos; cuentos en los que pasaban cosas crueles, pero contados con gracia e ironía. Arrancaban carcajadas y miradas nerviosas a su alrededor. Reían, como niñas traviesas.

En poco tiempo recibí, de golpe, un curso acelerado de sexualidad y anticoncepción, que despertaron en mí el bichito de la curiosidad, y empecé yo a preguntar. Haciendo un gran esfuerzo, traté de no mostrar mis sorpresas, y a los pocos meses, yo ya hablaba como ellas, me dejaron tranquila y pasé a ser una fabriquera más, popularmente hablando.

Al principio aquellas mujeres me asustaron un poco, no lo voy a negar, por su desparpajo. Luego de conocerlas, supe que tenían una capa dura, pero eran tiernas y poco a poco empecé a contarles mis enamoramientos. De ellas recibí los primeros cariñosos consejos. Pasé a tener en mi entorno madres multiplicadas, a las que podía hablar de mis dudas, sin que me diera temor o ellas se rieran de mi.

Las más jóvenes, las nuevas, teníamos una actitud competitiva en el vestir, caminar, peinarse el cabello. El coqueteo era toda una sabiduría que se imita y se aprende.

Dentro de la fábrica había otro código, que no era el de la calle. Con miradas y habladurías se tejía y se destejía la moral de cualquiera de nosotras. Los baños y vestuarios de la fábrica eran lugares donde se hacía sociabilidad y se contaban, secretos; se probaban y se vendían artículos de vestir. A veces faltaba algún monedero.

En el baño, se podía comprar de todo. Había un mercado interno muy variado: se vendían cosméticos, preservativos americanos, sábanas, ropa interior de nylon, cosas de Buenos Aires o del Chuy. Se pagaba, según el precio,

hasta en tres veces.

El día de cobro de la quincena se vivía con nerviosismo, unos pagan y otros cobran, tiene que ser rápido porque si se “les escapa” alguien a la hora de la salida al día siguiente resulta muy difícil cobrarlo, y queda para la próxima quincena. Se agudiza la viveza criolla y la rapidez en un mercado no permitido, mercado negro, de contrabando, que reforzaba el bajo salario de las compañeras que atendían solas las obligaciones familiares.

A veces en la hora de descanso se hablaba de noticias políticas. Así que me enteré de la muerte de Eva Perón y que Argentina estaba convulsionada. Cuando llegué a casa pregunté a mi padre quién era Eva Perón. No me habló con simpatía de ella, sólo entendí que los sindicatos no tienen que estar con las políticas de los gobiernos, es peligroso, que los políticos disfrazan las cosas. Era la opinión de un anarco sindicalista. Pero esa explicación me sirvió en la vida.

El Sindicato

En casa yo escuché siempre hablar de sindicatos. A mis hermanas les oía comentar suspensiones injustas o despidos sin posibilidad de reclamos y malas condiciones de trabajo.

Mi padre era dirigente de uno de los sindicatos del gremio de trabajadores del puerto. Venían por casa trabajadores de los frigoríficos, de Regussiy Vulminot, como Esteban Kikich, el yugoeslavo, cuando no estaba paseando por todo Montevideo al “imaginaria” que le hubiera asignado la policía.

En Lana Uruguay donde trabajábamos, no había sindicato. Un día llegaron a trabajar a la textil dos compañeros que venían de fábricas organizadas: Mora y García. Fue entonces que empezamos hablar del tema, de la posibilidad de organizarnos, ellos sabían que no pagaban el salario correspondiente y las horas extras las pagaban como sencillas. Cada día se arrimaban más compañeras a las conversaciones a preguntar por el salario y la categoría que les correspondía.

Ese fue mi primer contacto con la Unión Obrera Textil. Corría 1954.

Yo caminaba por la calle Fraternidad, en el barrio Conciliación, muy atenta a los números que estaban todos salteados. Por eso entré al Sindicato de cabeza y sin pedir permiso, igual que entré a la vida. Tropecé en el cordón de la vereda y seguí trastabillando hasta el zaguán donde aterricé cuan larga era.

Y así, con esa forma tan particular de presentarme, dije desde el suelo, cuando pude levantar la cabeza y mirar a los dos jóvenes que allí estaban:

—¿Aquí es el Sindicato?



Ellos estaban tan sorprendidos, que quedaron paralizados, uno con un pincel de engrudo en la mano y el otro con una gran hoja de papel para pegar en la cartelera. Me miraban sin moverse, no atinaban a nada.

Todavía desde el suelo insistí:

–¿Es o no es?

Soltando una carcajada a dúo, dijeron:

–¿Desde dónde cayó ésta? –y se miraron.

–Del Cerro –dije.

Me respondieron con más risas.

–¿Que vengo del Cerro, de Lana Uruguaya, tan cómico es? Me tropecé, porque venía mirando los números, los locos están todos salteados.

Reían cada vez más, yo también.

Cuando se calmaron, me ayudaron a levantarme.

–Vengo a buscar el último convenio, de parte de Mora y de García, el de la moto, él me dijo que dijera así. Los conocen, ¿no? Porque allá nos afanan abierto.

No respetan el convenio, a las aprendizas nos despiden antes de las cien jornadas y a los dos meses nos vuelven a tomar como nuevas y no nos ponen en planilla. Los baños son una letrina, como estamos a la orilla de la costa de la bahía cuando hay temporal entra por los caños el agua del mar y se inundan y no tenemos otros baños. No pagan nocturnidad, ni las horas extras como tiempo y medio, no tenemos vestuarios...

Arreglé que en la próxima quincena irían dos compañeros a mirar los sobres de sueldo y compararlos con la categoría correspondiente a los distintos trabajos que realizábamos.

Ese día nos sentamos en el suelo de un baldío cercano a la fábrica y mostrábamos los sobres de sueldo.

Me enteré que el sobre es como un documento que sirve para reclamar diferencias de dinero en el salario.

El patrón

Tenía trece años cuando empecé a trabajar en Lana Uruguay de la que era dueño Pedro Sáenz, quien también tenía parte en FUNSA. De este señor los compañeros decían que era un hueso duro de roer. No respetaba los convenios, contrataba menores y a los tres meses los despedía. Las condiciones sanitarias eran malas, teníamos un solo baño que era una letrina de un metro y medio de lado, en un patio, en el centro de la fábrica, a la intemperie; a veces se inundaba, no tenía pestillo, se cerraba con una maderita. Inmundo.

De a poco, empezamos a hablar de la necesidad de formar una comisión sindical en la fábrica. Hablamos a uno por uno, con tiempo, hasta que un día se nos ocurrió pedir una entrevista con Don Pedro. La concedió, pero en el Centro, en una oficina, lejos de la fábrica. Viejo astuto.

Hacía casi un año que estaba trabajando y en ese entonces me parecía muy fácil eso de formar un sindicato. Cuando llegó el momento me ofrecí a ir. Éramos muy pocos. Fuimos sólo dos mujeres y seis hombres.

Nos encontramos a la salida. Íbamos todos muy nerviosos, nunca se había intentado hacer un sindicato allí.

Hablaron Mora y García solamente. Le dijeron que representaban la Comisión Interna. Esto no le gustó nada a Don Pedro:

–¡¿Qué, qué?! ¿Sindicato? ¡¿De qué sindicato me hablan?! ¿Cómo se llama usted? ¿Y usted? –les preguntaba a los gritos.

Yo sentía miedo pero a la vez me resultaba graciosa la forma en que Don Pedro hablaba, pronunciando la “z”, y malo como un zorrillo. Estaba furioso.

–Yo no conozco ninguna “comisión interna”.

Cuando dijo esto, Casanás, un joven compañero anarquista, le contestó:

–Lo que pasa es que usted es un viejo negrero.

Esto paralizó la escena. Acto seguido, Don Pedro abrió un cajón del escritorio y sacó un revólver. Apuntó hacia arriba, con el brazo estirado y gritó:

–¡Se me mandan mudar todos de aquí! ¡Yo les voy a dar sindicato!

Yo estaba detrás de todos y fui la primera en salir. Nunca había visto un revólver.

Muy asustados, emprendimos una “retirada estratégica”, tan rápida que ni siquiera usamos el ascensor para llegar a la calle. Corrimos escalera abajo, oyendo los insultos del viejo. Se abrían y cerraban puertas de los curiosos que, de otras oficinas, se asomaban a mirar la huida en estampida.

Cuando nos detuvimos, comentamos la escena, a carcajada limpia. La inexperiencia, el no saber llevar una entrevista, precipitó las cosas. El patrón se movió como acostumbraba, y nosotros entramos en su provocación como muchachos que éramos.

Fuimos a la fábrica, hablamos con los compañeros y al día siguiente la ocupamos, sin más ni más.

Había mucha indignación, preocupación y bronca, nos sentíamos atropellados. Llamamos a los compañeros de la Unión Obrera Textil. Vinieron y esperaron en la puerta de la fábrica a que el patrón les diera una entrevista. Don Pedro no fue a negociar, se negó a apersonarse. Algunos de los empleados de la oficina se plegaron al paro. Otros sólo miraban por las ventanas.

A mediodía comenzaron a llegar viandas con comida que traían nuestros familiares y que compartimos. Tuvimos tiempo de charlar con compañeras con las que sólo nos cruzábamos al entrar o al salir y con las del mismo turno, porque allí, si hablabas mucho te suspendían, si te encontraban fuera de tu sección te suspendían...

El patrón mandó desalojar. Los compañeros del sindicato no querían hacerlo hasta que se labrara un acta en que constara que estaba todo en perfectas

condiciones, para que no nos acusaran de haber roto algo.

A las cuatro de la tarde se presentó un inspector de la oficina de trabajo.

A las cinco la Guardia Republicana, de a caballo, rodeó la fábrica.

Llevó un buen rato el recorrido de la fábrica con el inspector y Eusebio Caetano, el delegado de la U.O.T.

Cuando salimos, muy emocionados, algunos pensando que se avecinaban días muy duros, estaba todo el barrio rodeando la fábrica: los obreros de los frigoríficos, los padres o hermanos de las obreras textiles y los vecinos. La policía solo hizo acto de presencia.

Aprendí lo que es la solidaridad, la falta de experiencia y también lo que es estallar cuando no se aguanta más el manoseo patronal.

Al día siguiente, cuando el primer turno llegó a la fábrica la encontró cerrada. Lock-out patronal, según nos dijeron en el sindicato, que podía durar hasta setenta y dos horas.

Recibimos los telegramas colacionados: si no entrábamos a trabajar en veinticuatro horas, quedábamos despedidos.

Al día siguiente hicimos una gran asamblea en la Federación de la Carne, cada uno de nosotros con nuestro telegrama en la mano. Nos declaramos en huelga por tiempo indeterminado; estábamos jugados, se trataba de defender el derecho a la organización sindical.

Esa noche llevaron preso al compañero Casanás, lo retuvieron varios días en la comisaría. Su esposa estaba embarazada de su primer hijo. En uno de esos días tuvo una niña, la llamaron Libertad.

La fábrica quedó silenciosa, con una fuerte guardia policial de a caballo, en las esquinas.

-¿Y ahora?

Mis quince años

En mi cumpleaños de quince no tuve fiesta ni vestido blanco y largo. No fue posible. Ese día pasó desapercibido en casa, como un día cualquiera. Había problemas que me llegaban de costado y aunque mi madre me dijera que no era cosa mía, se volvían cosa mía, aunque yo no quisiera.

Con la plata de mi quincena anterior me había comprado, para estrenar ese día, unos zapatos con un taco pequeño, de un color amarillo mostaza que estaba de moda.

El día esperado llegó. Por la tarde me bañé, me vestí con la ropa de salir y me puse los zapatos nuevos. Me paré en la puerta de casa a esperar. Esperar no sé qué, ni a quién especialmente. Mi madre me había explicado que no había plata y por lo tanto no tendría fiesta, pero yo esperaba que algo sucediera.

No vino nadie a saludarme. En casa no había teléfono. ¿Cómo decir discretamente, “mañana es mi cumpleaños y que vinieran los que se acordaran?” No vino nadie, ni mis primas.

Mi único regalo llegó a la semana. Mi madre me regaló unas caravanas largas, de plata, con una delicada piedrita celeste. Era la primera alhaja que recibía en mi vida. No me animaba a ponérmelas, solo las miraba sonriendo.

–¿Viste? Tarde pero llega –dijo tirándome de la oreja, como un recordatorio para toda la vida. Como un señalamiento: ¡espera, espera!

Las usé mucho tiempo. Cuando me corté el pelo largo las lucía mejor. Me miraba en el espejo: se movían como péndulos y yo me sentía tan elegante, tan adulta y coqueta y con permiso. Mi madre tenía eso, te daba permiso sin

decírtelo.

En casa había muchas veces silencios de mi madre, ese silencio que llenaba todos los rincones. Pasaba algo. Yo la encontraba triste.

Por las noches escuchaba los sollozos de mi hermana cuando su novio no venía por algunos días, no lloraba fuerte sino quedamente pero yo sabía que estaba despierta en la oscuridad. No sabía que decirle. Le habría podido decir muchas cosas, por ejemplo, que no llorara porque ella había tenido más suerte que yo, que hacía cuatro años tuvo su fiesta de quince su vestido largo blanco y muchos regalos, que vinieron las primas y tías.

En mi adolescencia yo pensaba y pensaba pero no hablaba mucho. Sabía que los silencios de mamá tenían que ver con las ausencias de mi padre. Pero a ella nunca se lo diría. Lo callaba. La falta de plata también se volvía silencios o respuestas de mal modo. Yo pensaba tantas cosas, pero no me impidieron la ilusión, la magia del cumpleaños, de hacerme mayor y lucir mis caravanas de piedra celeste.

Un día, una compañera de trabajo, que también era mi amiga, me pidió prestadas las caravanas para sacarse una foto que regalaría a su novio. Pasaron los días y ella me esquivaba. Cuando yo le preguntaba, me decía “¡Hoy me olvide otras vez de traértelas! Mañana te las traigo”, y así, por muchos días, la misma respuesta.

Días después, al mirarla, me dio vuelta la cara. A la salida de la fábrica la seguí rápidamente, la tomé de un brazo, la giré hacia mí y le pregunté en voz alta, para que los que estaban cerca me oyeran, por las caravanas. Me contestó, con todo desparpajo, que ya me las había devuelto. Me quedé sin palabras, inmóvil. La dejé partir. Ella apresuró el paso, la miré alejarse y no lo podía creer, era una compañera, pero yo la creía mi amiga.

¿Qué le diría a mi madre, que ya estaba sospechando que no me las devolverían nunca más?

No me quedó ningún recuerdo de mi cumpleaños de quince. Ni una foto, ni las caravanas, ni los zapatos amarillos, que también desaparecieron.

Con el tiempo se quedaron viejos y el fin de ellos fue que mi perro Biyú se los llevó de a uno para su casilla y desde allí los defendió como un trofeo. Terminó enterrándolos como un tesoro en el jardín de mi casa.

Conflicto textil

Trabajé durante los dos meses del conflicto, en Prensa y Propaganda, con otro joven: Juan Ángel Toledo. Aprendí a repartir papeles, a hablar con megáfonos y a trabajar con el planograf, algo que me gustaba mucho.

El planograf nos permitía dar rienda suelta a nuestra imaginación. Era un marco de madera que tensaba una organza, del largo de dos hojas de periódico. Hacíamos un dibujo en negativo, en cartulina, que oficiaba de matriz y lo pegábamos sobre la organza, después, con un lampazo deslizábamos la tinta de lado a lado del marco. Dibujábamos una oveja, con grandes cuernos y le poníamos el nombre de los rompehuelgas. Los pegábamos en las esquinas de sus casas. Se asustaban y se enfurecían, pero dejaban de ir a trabajar durante la huelga. Eran parte de las medidas de fuerza que usábamos. Métodos primitivos, casi infantiles, pero efectivos.

Empezaba la crisis de la década del 50.

El fin de la segunda guerra mundial y de la guerra de Corea permitió a Inglaterra y EE.UU. reanimar su industria. Dejaron de importar tejidos para importar tops, (lana lavada y peinada sin hilar), con la consiguiente pérdida de puestos de trabajo para los obreros textiles uruguayos.

Fue una huelga muy dura. Cincuenta y cuatro días es mucho tiempo para sostener un hogar sin el salario.

El gremio salía de un gran desgaste: el año anterior había sido la huelga de la Mundial, donde una compañera fue baleada en la puerta de la fábrica.

Las patronales podían sostener un lock-out durante varios meses porque

tenían stock suficiente de mercadería para cumplir con los importadores.

En la Federación de la Carne, en la calle Grecia, instalamos una olla sindical y repartimos comestibles que pedíamos en los comercios. La campaña del kilo, como la llamamos, para los huelguistas y sus familias fue un respiro.

Cada día se volvía más duro sostener la huelga.

A los treinta días de comenzado el conflicto entró un veinte por ciento de los trabajadores; fundamentalmente administrativos, encargados y capataces. Otros trabajadores, salieron a buscar la changa. Por otro lado, se sumaron a la huelga otras fábricas, en solidaridad con los obreros de Lana Uruguaya, del Cerro.

La patronal seguía tan dura como el primer día, no reconocía Sindicato ni derechos de organización. Con Don Pedro no podíamos negociar nada, pretendía matarnos de hambre, tenía cuerda para rato con un gran stock en los galpones.

Pusimos piquetes en las esquinas de la fábrica para que no entraran a trabajar los rompehuelgas. Los obreros del Cerro íbamos a detener a los que querían entrar en las fábricas del Paso Molino y los del Paso venían a detener a los del Cerro.

Durante esta lucha mataron de un balazo a Antonio Gómez Delgado, un compañero de la Unión Obrera Textil que pretendió hablar con un rompehuelgas, éste sin mediar palabra, le disparó en el pecho. Antonio tenía diecinueve años. Éramos todos muy jóvenes.

Las mujeres tuvimos una gran participación en esta lucha. Las obreras textiles ganamos la calle. Instrumentamos cosas que sabían que les dolerían a las carneras. Cuando no entraron las palabras, nos fuimos a las manos.

Lo que pasaba en la calle lo cuentan los partes policiales que aparecían en la prensa montevideana de entonces, cuando la huelga se generalizó al resto de las fábricas.

“En la intersección de las calles Grecia y Francia, a las 5.30 de hoy, un grupo no determinado de personas, presumiblemente mujeres, le cortaron el

cabello a dos obreras que se dirigían a trabajar a Lana Uruguaya, empresa que se encuentra en conflicto. Se averigua...". Diario El Plata.

Los obreros del transporte participaron en forma solidaria.

"Un grupo de personas hicieron bajar del ómnibus a tres mujeres que se dirigían a trabajar a una fábrica en conflicto, una vez abajo les cortaron mechones de pelo y les rasgaron la ropa. Esto ocurrió con la supuesta colaboración del guarda y del conductor del ómnibus que no se detuvo en la parada, que era en la puerta de la fábrica, sino más adelante. Se averigua...". – Diario El País.

¡Ya no se animan a entrar, sigue la huelga! ¡Viva la huelga! A otras les quitamos los zapatos. Duele, que te dejen descalza en la calle.

Nosotras luchábamos por todos. Como también algunos hombres entraban a trabajar, empezamos a pegar carteles de ovejas cornudas con sus nombres en la esquina de sus casas. En un barrio obrero, como el Cerro, eso quemaba.

Tuvimos que pelear en la forma más primitiva, más salvaje, cuerpo a cuerpo.

Así empezó el sindicato unitario en textiles, quebrando al sindicato amarillo conciliado con la patronal. Primero fue la Unión Obrera Textil y en 1956, con la integración de Alpargatas, Paylana y la textil de Juan Lacaze, constituimos el Congreso Obrero Textil, sindicato único para la industria textil.

Las mujeres fuimos protagonistas. Y pensar que se dice que el sindicato es "cosa de hombres". ¿Y las mujeres, qué? ¿Por qué no están en la foto?

No se sabe mucho de lo que hacen las mujeres en el sindicato. Como en la vida cotidiana, no aparecemos. Aunque seamos las secretarias de actas no nos hacemos figurar. Somos la parte silenciosa, lo no escrito, lo no contado, la no historia.



María Julia frente a la fábrica SADIL (Década de los 50).
Fotografía: Archivo personal

La mamá de Rosita

A Rosita no la dejaban ir sola al sindicato. Su mamá la tenía que acompañar para que nadie pudiera hablar mal de ella, así que se bancaba todas las asambleas y algunas manifestaciones. Pero algunas veces sucedían acontecimientos no previstos en los que la madre resultaba tan involucrada como la hija.

...Y aprendió a correr como la mejor.

Aquel día fuimos a repartir volantes a la puerta de Alpargatas. La señora nos acompañaba siempre, caminando dos o tres metros más atrás, bien vestida, de taquitos y collar de perlas; parecía que no rompía un plato. Éramos unas veinte personas, después llegaron como quince más.

Caminábamos por las veredas de la fábrica gritando consignas. La madre nos seguía lentamente. De repente sentimos la llegada de la Republicana. Aparentemente, desde adentro, los jefes habían pedido protección policial. A caballo y sable en mano, doblaron la esquina y nos sorprendieron. Nos recostamos todos contra la pared.

Seguimos gritando consignas y tirando volantes. Intentaron reprimirnos subiendo con los caballos a la vereda, pero como, por suerte, siempre hay baldosas flojas, les hicimos frente con piedras y trozos de baldosas. Y ¿a quién veo en la primera línea de fuego?! A la mamá, que luchaba como la mejor.

El ruido de los telares empezó a aminorar, nos dimos cuenta que estaban parando. Desde las ventanas los obreros de Alpargatas gritaban: “¡Salvajes! ¡Salvajes!”, y nos saludaban: “¡Adelante, compañeras!”.

Nosotras cruzamos la calle en grupo para verlos mejor, y reír compartiendo el momento. Los policías, sorprendidos, mirándose entre sí, habían quedado en la acera de enfrente, custodiando la fábrica que había quedado en silencio. Habíamos conseguido nuestro propósito: conseguimos su solidaridad y los invitamos para la asamblea general del domingo en el Boston Club de Box.

Esa tarde, madre e hija, llegaron al barrio, un poco desaliñadas y despeinadas. La madre, con una contusión en un brazo y un tobillo dolorido.

De a poco se fue integrando. Conversaba con alguna compañera mayor hasta que un día contó que cuando volvía a su casa de acompañar a su hija, su marido les decía:

–¡Callejeras! ¡Lo único que faltaba ahora...! ¡Sindicato! ¡En mi propia casa!

Negra, pobre y retobada

SADIL era una fábrica importante con 2000 trabajadores como ILDU, La Aurora, Alpargatas. En ese entonces funcionaban los tres turnos día y noche: de 6 a 14, de 14 a 22 y de 22 a 6 de la mañana. No paraba nunca la industria textil. Llegó a tener veinte mil obreros.

SADIL era una fábrica moderna, muy bien equipada, tenía vestuarios, comedor para la media hora de descanso, reloj automático para marcar el horario de entrada y de salida. Todo eso era nuevo para mí; estaba contenta de trabajar en una fábrica tan grande, con un fuerte sindicato.

Un grupo de mujeres charlaba en el vestuario. Recién entrábamos.

–De todo encontré en la viña del señor

–No solo en la fábrica.

Una compañera se estaba cambiando lentamente. Escuchaba en silencio, mientras doblaba y guardaba su ropa en el armario de metal. Tenía la piel negra, unas piernas largas y bien formadas, un busto que llenaba la blusa, y una sonrisa que dejaba ver unos dientes muy sanos.

–Hay de todo en la viña del señor –dijo interviniendo en la conversación.

Contó que cuando era más joven y soltera buscó trabajo por el diario, de empleada doméstica con cama. Había siempre una larga lista. Su madre decía:

–Mira pa’ Pocitos que pagan más.

Así que eligió una casa cualquiera. Era una negra muy alta, movediza y sonriente. La vecina le prestó los zapatos, llevó una pollera de su hermana y la madre le dejó unas caravanas de perlita que tenía para salir.

La verdad, que fui bien vestida y resignada a quedarme porque en casa ya no podíamos más. No teníamos plata para comer. Lo que más rabia me daba era la miseria.

Toqué timbre y salió una señora, como de cuarenta años. Le dije a que venía. Me mostró la casa, para explicarme todo lo que tenía que limpiar. La casa era de lujo, toda llena de porcelanas. Me mostró mi pieza, llena de bicicletas de los hijos y una cama a un costado, contra un armario.

–En la mitad ponemos abrigos viejos, pero el resto lo podés usar para poner tu ropa –así que “mi pieza” era el espacio de mi cama y nada más.

–Mi marido y yo no estamos casi nunca. Supongo que algo sabrás cocinar. Tengo seis hijos, pero van a la escuela y al liceo. El tiempo te da para todo. Estás mucho rato sola... ya ves.

Arreglamos el precio. Me pareció adecuado para lo que se pagaba en ese entonces.

Teníamos casi todo arreglado, hasta que me dijo:

–Supongo que tendrás carnet de salud, porque si no...

Yo le contesté;

–¿Cuántos son de familia?

Ella me quedó mirando y preguntó:

–¿Por qué?

–Por favor, muéstreme el carnet de salud de todos ustedes.

Por supuesto, no me quedé. Empecé a caminar hacia la salida.

La dueña de casa se puso colorada, parecía que iba a reventar de rabia. A modo de despedida, dijo, antes de cerrar la puerta de un golpe:

–Negra y retobada... dónde se vio. Así no vas a conseguir trabajo en ningún lado.

–Pero aquí estoy, en la fábrica y sigo retobada –rió. Cerró el armario y echó la llave al bolsillo.

Todas reíamos.

Un gremio de mujeres

El gremio textil es un gremio de mujeres, pero los dirigentes son en su mayoría hombres.

“Eso siempre fue así, pero en el 53, el año pasado, la huelga de la Mundial fue por cosas de mujeres –me dice Blanca Peralta–. Mirá, todo vino porque una compañera que estaba embarazada se sintió mal y pidió para irse. El capataz no le dio permiso. La compañera, una hora más tarde, tuvo un aborto espontáneo, sola, en el baño. ¡Eso no se podía aguantar! La atendimos entre todas, ella estaba desmayada. Paramos las máquinas. ¡Eso no se podía aguantar! No teníamos nada, ¡ni una enfermería en la fábrica!

Empezó así, como un estallido, con bronca. Ocupamos la fábrica, paramos y después hablamos de sindicato. Fue una huelga muy difícil. El patrón mostró su fuerza y nosotras también.

Durante ese conflicto pasaron más cosas, como cuando estábamos sentadas en la escalinata de la fábrica, haciendo paro de brazos caídos, y la patronal llamó a la policía. Llegaron y se ubicaron delante de la fábrica. Nosotras estábamos tranquilas... y de repente sentimos un tiro. Una compañera empezó a gritar: “¡Sangre! ¡Tengo sangre!”. Hubo mucha confusión, unas corrieron a socorrer a la compañera, otras a los portones a gritarles a los milicos: “¿Qué les pasa? ¿Están locos?”. “Me dieron un balazo en la pierna”, gritaba nuestra compañera. A lo lejos escuchábamos los gritos de los vecinos y de nuestros familiares, acercándose.

A la policía no se le movió un pelo. Dijeron que se les escapó un balazo,

sin querer. No la socorrieron, tuvimos que salir nosotras a buscar un auto.

Pedimos que se retirara la policía, y lo hicieron, cuando vieron que estaban llegando compañeras de otras fábricas y vecinos indignados.

Y así empezó la huelga del 53 de la Mundial, como un estallido, respondiendo a los golpes de la patronal. Estallamos como ustedes, los de Lana Uruguaya”.

De esa huelga surgió como dirigente sindical Blanca Peralta, de La Mundial.

En cada huelga, el gremio textil iba pariendo nuevas mujeres, forjadas en la lucha, que se destacarían como dirigentes. Recuerdo algunas compañeras de aquel entonces: Irene Pérez, Delia Maldonado, Delia Rodríguez, Ocklahoma Acosta, Jorgelina Martínez.

Pero son las menos. Aunque en esta industria la mayoría son obreras, hay muy pocas que lleguen a la dirección del gremio; quedan a medio camino.



Compañeras militantes de distintas fábricas textiles en un festejo del sindicato en Maroñas. (Finales de la década del 50) Fotografía: Archivo personal

El robo

Lucía tenía cuatro hijas, la más chica de catorce años y la más grande de veinte.

Entró en la fábrica SADIL muy respaldada, con una recomendación de un senador del partido colorado y aunque no se lo preguntaras ella te lo hacía saber para que te enteraras de sus padrinos.

Nos llamaban la atención las pilchas y los anillos que traía. A veces decía que no necesitaba trabajar y nos dejaba caer unos ojos tristes de mujer abandonada por su esposo, un deportista venido a menos, que ella seguía sosteniendo económica y anímicamente.

Siempre que entraban nuevas aparecían cosas raras, que nos ponían en alerta.

La nueva es objeto de observación: ¿De dónde viene?, ¿Cómo vive? Generalmente se les ve el plumero enseguida. Pero Lucía nos vendió un tranvía y se lo compramos. Hablaba muy bien, muy culta, atenta, cariñosa. Decía que nunca había trabajado en una fábrica pero que se tenía que acostumbrar. Sus hijas tampoco trabajaban, no estaban acostumbradas. Parecía una rica venida a menos, que lo llevaba dignamente. La veíamos mirarse las manos, que se deterioraban lentamente, y pasarse una crema.

Un día de pago, terminada la jornada, a la pobre Paulina le desapareció el sobre con todo el dinero de la quincena. Se lo quitaron del bolsillo de la túnica mientras estaba trabajando, algo inexplicable. Ella no sintió nada, pensamos que lo había perdido.



–¡Me lo punguearon! –dijo Paulina en voz alta–. ¡El sobre con la quincena!
–¿No se te habrá caído?

Lo buscamos por todos lados. La sección casi dejó de trabajar por buscarlo. Paulina lloraba amargamente: tenía dos hijitas pequeñas y estaba sola para mantenerlas, estaba separada de su esposo. Las demás resolvimos hacer una colecta para compensarla.

Lucía se portó muy bien, puso el doble del dinero que ponía cada una de nosotras. Nos pareció un gesto muy solidario.

A los dos meses, un día de lluvia, faltó un paraguas del vestuario y un pilot de otra compañera, muy bonito, inigualable, porque su novio se lo había traído de Brasil. Todas nos pusimos furiosas, soltábamos indirectas, estábamos nerviosas, desconfiadas.

–Ya la vamos a encontrar.

–Y no se salva de una paliza.

Al poco tiempo una compañera vio a la hija de Lucía en una parada de ómnibus, en el Centro, luciendo el pilot en cuestión.

El lunes se armó el revuelo. Rodeamos a Lucía en el vestuario y le pedimos explicaciones. Negaba, se arrodillaba, juraba por las hijas. Las víctimas de los robos querían pegarle y que confesara. Otras proponían que fuera una comisión a la casa, a pedir las cosas. Llegó la hora de entrar a trabajar y estábamos a los tirones. Las tres interesadas y la delegada de la sección no querían entrar, querían aclararlo todo. La tenían como presa, no la dejaban entrar a la sección, ni salir del vestuario. Los compañeros de la fábrica se enteraron lo que estaba pasando en el vestuario de mujeres.

A una de nosotras se le ocurrió que debería ir una sola de las compañeras del turno que salía, a buscar el pilot y que sirviera de prueba. Así fue. Las hijas le dieron las prendas que supuestamente su madre mandaba buscar, es decir el paraguas y el pilot.

Ya con la prenda en manos de sus dueñas era muy difícil justificar nada, eran hechos consumados. Cinco mujeres estábamos fuera del puesto de trabajo,

peleándonos en el vestuario, tomando la justicia en nuestras manos.

A esa hora hasta el jefe de personal sabía lo que estaba pasando en el vestuario. Llamaron a todo el grupo a la oficina de personal.

El jefe nos dijo que él tenía que denunciar el robo a la policía que el mismo es causal de despido y que además las dos que fueron víctimas del robo estaban en su derecho a denunciarla también a la policía.

–Nosotras no queremos ni una cosa, ni la otra –le contestamos–. Solo queremos darle un escarmiento. No somos quien para quitarle el pan a nadie y denunciarla a la policía tampoco, porque para eso nos bastamos nosotras, que una paliza a tiempo no le va mal a nadie.

–Pa’ que aprenda –dijo Paulina.

El jefe dijo:

–Siendo así les tengo que hacer el parte a ustedes también por estar fuera del lugar de trabajo. Si ya está aclarado, cada una a su puesto. Ella, se queda para hablar al respecto.

Al salir de la oficina le dice una:

–¡Chorra! ¡Ladrona!

Lucía contestó llorando:

–¡No seas mala! Tengo una enfermedad: soy cleptómana.

Todas retrocedimos dispuestas a pegarle:

–¡Te vamos a dar, cleptómana! ¡Ladrona!

El jefe tuvo que ponerse en medio para que no le pegáramos. Así, a los empujones salimos de la oficina hacia la sección de hilandería.

Cuando caminábamos hacia la sección una dice:

–¿Saben? Me dio lástima, pobre.

–¿Está enferma?

–Nada –dice Teresa–. Yo leí que la cleptomanía es una enfermedad de ricos, y a ésta sólo le quedan las mañas. Es una chorra y lo peor, es una mala compañera, no piensa en nadie. Con razón dio doble para Paulina, se quedaba con todo el sueldo de una compañera sin importarle nada.

–¿Quién tiene derecho a robarle a otra? ¿Eh?

–Lástima que se nos encarajinó con el jefe. Porque lo que es ésta, con la paliza que le dimos, no roba más –dice Paulina, remangándose las mangas de la camisa y con la cara muy roja.

El Boston

La Unión Obrera Textil estaba en el local de una antigua pizzería, en la calle Fraternidad, en el barrio Conciliación. Eran dos habitaciones donde se amontonaban carteleras, pinceles, tarros con engrudo, diarios para hacer planograf, estandartes usados con textos que se volvían obsoletos rápidamente. Los nuevos aconteceres sindicales se vivían de prisa. De las paredes colgaban piolas, donde se ponían a secar los nuevos carteles. Algunas pocas sillas, bancos largos encimados, contra la pared, completaban aquel desorden.

Aquí entrábamos por primera vez todos los que queríamos enterarnos del sindicato, del salario mínimo, de las categorías del último convenio y buscar a alguien que fuera a la puerta de la fábrica el día de cobro, para que nos ayudara a descubrir las diferencias mirando el sobre del sueldo. Así empezamos a querer aquel lugar que se llamaba Sindicato. En época de conflicto siempre había mucha gente, casi funcionaba en la vereda, no cabíamos, cada día éramos más. Corría el año 1954.

Algún domingo, cuando había Asamblea General, la asamblea grande del gremio, se alquilaba otro local. Casi siempre se hacía en el barrio del puerto, en la Ciudad Vieja. Calles angostas, húmedas y oscuras, se llenaban de risas y colores al pasar las compañeras textiles que por decenas iban llegando desde el Cerro, La Teja, Maroñas. Desde los bares, los parroquianos salían a mirarlas como si fuera un espectáculo dominguero. Parecía que esas mujeres iban oxigenando el barrio; mujeres obreras de todas las edades, que caminaban por las aceras a paso firme. El ruido de tantos pies hablaba de luchas que se

avecinaban.

El Boston era un viejo club de boxeo que estaba en la calle Piedras y Yacaré, donde a veces nos estremecía el pitar de los barcos de ultramar, saludando a Montevideo al llegar o despidiéndose de ella al irse. Olía a viejas cervezas derramadas en el suelo de madera y a tabaco. Tenía una claraboya con vidrios oscurecidos por el hollín, que alguna mañana dejaba entrar un rayo de sol.

El ring de madera estaba situado en medio de la sala. Los dirigentes del gremio subían a él voleando la pata entre las cuerdas y llevando su propia silla. Una mesa del bar, que era traída en alto por algún voluntario, completaba el escenario. La única luz eran los cuatro focos que iluminaban al ring: los actores eran ahora nuestros dirigentes.

El aire se iba enrareciendo, mientras se llenaban los asientos y se oscurecían más los rincones por el humo. Con el Boston de bote a bote, un tamborileo de dedos y pies nerviosos, anunciaba que queríamos escuchar pronto a la Comisión Directiva dando las noticias de la marcha del conflicto.

Estas fueron mis primeras asambleas, y las vivía como un espectáculo. Aún no entendía muchas palabras del argot sindicalero, “moción de orden”, “vamos a pasar a cuarto intermedio”, pero como nunca tuve problema en preguntar, me fui enterando de lo que significaban y me fui apropiando de esa forma tan rara de hablar, que después hice mía.

Completaba el espectáculo la parte oratoria. Me llamaba la atención la admiración que se tenía por Héctor Rodríguez y por Eusebio Caetano y el respeto con que se escuchaban sus intervenciones.

Héctor, además de sus ocho horas diarias en el telar, tenía formación universitaria, por lo cual conocía los dos lenguajes. Hablaba sencillo y muy claro.

Algunas mujeres, muy pocas, subían al ring para hablar. Sin embargo siempre había una en la mesa de la asamblea sacando actas.

Las que se atrevían a hablar eran Blanca Peralta o Delia Maldonado. Se

destacaba Irene Pérez por un muy buen manejo de la palabra. Yo en esa época no me daba cuenta aún: Irene era una militante política muy disciplinada, era más política que sindicalista, esa era la diferencia.

De esos hombres y mujeres, aprendí mucho en cada asamblea. Fueron mis tempranos ídolos. Idealicé mis primeros años sindicales; para mí, mi Sindicato era el más combativo y no aceptaba bromas de ningún compañero sobre la honestidad de nuestros dirigentes.

El sindicato era la única forma de lucha que conocía. No conocí otra, hasta que llegaron a mis manos algunos libros. La madre, de Gorki, recuerdo que me lo dio Blanca, despertó en mí nuevas inquietudes.

Descubrí que no bastaba “ir pa’ delante”, solamente, como decíamos en la fábrica. Yo quería saber qué era “táctica sindical” y qué era “estrategia frente a la patronal”. Me empecé a reunir con algunos anarcos de mi fábrica, los amigos que me abrieron las puertas de la gran Biblioteca Popular del Cerro, allá donde se encuentran las calles República Argentina y Chile.

Después de la huelga

En los acuerdos, entrábamos a trabajar todos los despedidos.

A mí me tomaron como si fuese nueva: cuando había entrado a Lana Uruguaya tenía sólo trece años, y no estaba permitido por la ley que trabajaran niños menores de catorce años.

Nosotros transamos, pero a los dos meses me suspendieron por falta de trabajo, hasta nuevo aviso, y no me volvieron a llamar. Lo peor es que yo tampoco había cumplido las cien jornadas de trabajo como nueva: la suspensión fue una trampa y caí en ella. No tenía derecho a reclamar mi puesto de trabajo. El sindicato recién salía del desgaste de la huelga y me tuve que aguantar en el molde.

Era muy común que te tomaran y te suspendieran “momentáneamente por falta de trabajo” antes de cumplir las cien jornadas de trabajo. A las dos o tres semanas te volvían a tomar y así hasta por dos años. Con esto impedían que te convirtieses en un trabajador efectivo y te mantenían en una situación de inseguridad laboral constante.

Seguí militando en el sindicato, aunque me costó mucho volver a trabajar en la industria; quedé en “la lista negra”.

Hacía limpiezas en casas de familia y de tarde me iba al sindicato, donde tenía mis amigas y compañeras. Luego empecé a trabajar en pequeñas fábricas de tejidos de punto, cuando quedaba cesante volvía a hacer limpiezas.

No perdí contacto con el gremio. Trabajé con Delia en la organización del Sindicato de Tejido de Punto. Era muy difícil, eran fábricas muy pequeñas;



teníamos que ir a la puerta de cada fábrica y hablar una por una con las obreras.

Tuve la suerte de acompañar a Emilio Deconcilis y a Héctor Rodríguez en las primeras reuniones de la Asamblea Consultiva Pro Central Única, en los locales de la Federación de la Bebida y de la Federación de la Carne, donde participaban todos los sindicatos.

Marchábamos hacia la unidad de toda la clase obrera, Autónomos y de la Unión General de Trabajadores, con recelo, pero marchábamos juntos, organizando los primeros paros unitarios de toda la clase obrera montevideana. Todo el conjunto de los trabajadores....y las mujeres también.

Yo seguía sin trabajo fijo. Hacía poco había muerto mi padre. Mis hermanas se habían casado, quedé sola con mi madre y había deudas en casa. Ese tiempo lo viví como un desborde de actividad, pero mi madre sabía que yo igual traía el salario a casa y eso me permitía cierta independencia.

–Sos igual que tu padre –decía, por mi militancia. No sé si le agradaba o le disgustaba, pero yo sentía su apoyo silencioso.

En 1957 acepté invitaciones de los compañeros de la Juventud Socialista, que trabajaban por la formación de los sindicatos agrícolas. Así conocí Paysandú, Artigas y Treinta y Tres.

En 1958 empecé a trabajar fija en SADIL. Allí trabajé diez años, de los cuales ocho fui delegada. Vinieron las ocupaciones de la fábrica, en lucha contra la desocupación.

La crisis de la década del 60 empezaba a hacer estragos y la lana se iba del país sin industrializar. La política del gobierno fondomonetarista se hizo notar enseguida. Nos entregaron atados de pies y manos al mercado norteamericano. Esto tuvo durante varios años en lucha al gremio textil entero, en el intento infructuoso de defender la industria nacional.

La ocupación de fábricas, del 64 al 68, fue un ejemplo de militancia de las mujeres.

Horas en la fábrica ocupada, sin ganar dinero, las máquinas paradas, la fábrica fría. El gremio en pie de lucha. Yo me había casado y ya tenía dos hijos.

Las mujeres éramos la mayoría, nos turnábamos para ir a casa, atender a los hijos y a las tareas del hogar y volvíamos a entrar a la fábrica a seguir la huelga de brazos caídos. Duró mucho tiempo.

Discusiones, asambleas y marchas que sólo sirvieron para fortalecer al gremio, y nada más, porque todo se jugaba en la política nacional, y nosotros no decidíamos, estábamos lejos de la política. Algunas de las fábricas, inevitablemente, cerraron y se fueron los capitales del país.

En esa época escribí mis primeros artículos en *Liberación*, una publicación de dos hojitas que sacábamos en la Agrupación Textil del departamento sindical del Partido Socialista, en Montevideo.

Vino la desocupación. Estuve largos períodos en el seguro de paro, y luego nos ofrecieron el despido, que al fin acepté, en el 70 y me alejé de la industria.

Siempre mantuve la actividad sindical, pero me metí más en la tarea política, en el Partido Socialista y en el Frente Amplio, que en ese momento se creaba.

Nunca fui rentada ni en la actividad sindical ni en la política, tal vez salieron muchos pesos de mi flaco bolsillo para una lucha con la que me sentía totalmente comprometida, como todos los militantes sindicales de esos años. Vivía apasionadamente los acontecimientos, en un aprendizaje permanente. Todos aprendíamos e íbamos modificando nuestra vida personal en la medida en que empezábamos a participar en la vida colectiva.

Fueron los mejores años de mi juventud.

Jorgelina y Delia en Budapest

La invitación llegó al gremio textil desde Hungría, de parte de la Federación Sindical Mundial. Se trataba de una Conferencia de Mujeres Trabajadoras con convocatoria internacional. No hablaban de solventar el viaje.

La dirección de nuestro gremio consideró importantes las relaciones internacionales y resolvió organizar una rifa para solventarlo. El tiempo apremiaba y no se llegaba a completar la cifra total. Cercano a la fecha de viajar sólo se tenía el cincuenta por ciento del dinero. Consultadas, las dos compañeras aceptaron correr el riesgo de viajar sólo con pasaje de ida, con la salvedad que, desde aquí, seguirían gestionando el tema del retorno.

Eso de ir a Budapest sin pasaje de retorno era una verdadera locura.

Mamá preparó los tallarines como cualquier domingo. Vinieron dos hermanos y tres sobrinas.

Mi vieja estaba muy silenciosa. Me daba miedo que en cualquier momento saltara con una...

No era una despedida, era una preocupación para todos. Y mi vieja lo soltó:

- Ese país, dicen que está atrás de la cortina de hierro.
- Las cosas cambiaron mucho. No nos va a pasar nada.
- Esa compañera que va, ¿ya la conocías?
- Si es macanuda, Delia Maldonado.
- Su familia también estará preocupada.
- Es una gran oportunidad -dijo mi hermano.

Y mamá nos miró con una sonrisa irónica.

–Los del sindicato podían haber sacado un préstamo –dijo mi sobrina–, cuando vieron que el dinero de la rifa no alcanzaba y se terminaba de pagar con otra rifa. No se puede creer que las manden solo con el pasaje de ida. Ojalá que no sea para sacárselas de encima.

Y se rió.

–Hablando de préstamo ¿alguien me puede prestar una valija? El barco sale el martes a las 12 de la mañana. No sabemos si tenemos camarote –dijo la negra.

Las compañeras viajaron en tercera de un buque italiano. No les preocupaba.

Del viaje por mar contaron poco. Las dos viajaron como perro en bote, un poco asustadas. Días y días viendo agua y cielo y algún temporal. Los relámpagos en el mar se ven de principio a fin. Cabalgando las olas.

Y así llegaron a Europa. Siguieron viajando en tren hasta llegar a su destino. Sin plata y hablando por señas. Disfrutando todo lo que veían y escuchaban. Sin saberlo estaban viviendo los cambios que pronto llegaron a esos países de “detrás de la cortina de hierro”. Se estaban produciendo los cambios que ellas contaron al llegar.

Contaron de la solidaridad que recibieron de las otras delegadas cuando se enteraron de que no tenían pasaje de retorno a Uruguay. Siempre la misma pregunta en distintos idiomas:

–¿Cómo pasaje sin retorno?

El tema se hablaba en los pasillos, con ellas mismas.

Las dos uruguayas resultaron muy interesantes en Hungría, tanto para las delegadas como para las intérpretes. Al escucharlas, en las intervenciones, se hicieron populares. Les gustaba la personalidad de Jorgelina, la sonrisa y la humildad de Delia.

Aunque no eran comunistas y además venían representando a sindicatos autónomos de su país, hablaban de métodos sindicales diferentes. Contaron

que en las calles de Montevideo estaban las obreras y los obreros en pie de lucha por derechos sindicales. Corría el año 1956 y se intentaba salvar las fuentes de trabajo buscando formar una Central Única de trabajadores, con hombres y mujeres de todas las tendencias políticas, eso asombraba. Lo decían en castellano, se repetía en distintas lenguas, distintas cabezas se movían afirmativamente. Hablaron y escucharon, sintieron que estaban en la tarea que habían ido a cumplir con las compañeras de otras geografías.

Tres meses después de la conferencia en Budapest, en octubre, se confirmó lo que las dos compañeras, en julio, contaron a su regreso a la comisión directiva del sindicato textil.

El descontento que pudieron apreciar por relatos de las compañeras húngaras, anticipando que podía pasar cualquier cosa, la crisis política, económica y de confianza en el poder. Los sindicatos estaban preocupados pero el silencio no alcanzaba para ocultarlo.

En octubre entraron a Budapest los tanques rusos, a reprimir una revuelta popular con costos políticos y de vidas humanas.

Una conferencia nacional

Éramos muchas: setenta delegadas de la Capital y treinta del Interior. Llegaron obreras textiles desde Paysandú y Juan Lacaze.

Sábado y domingo funcionaríamos en el Centro Obrero de Alpargatas, el local más grande y cómodo del gremio.

Estaba todo preparado para recibir a las compañeras y alojar a las que llegaban del Interior. Cuando arribaron las dos bañaderas se escucharon cantos y salimos todas del local a recibirlas: abrazos y besos, conociéndonos y reconociéndonos.

Ya están los mates y las bolsas de bizcochos circulando. Poco a poco nos vamos sentando para dar comienzo a la jornada.

Hoy, 20 de octubre de 1956, el compañero Ruben Huguet en nombre del C.O.A. da comienzo a la primera Conferencia Nacional de Mujeres Textiles, en Montevideo.

Jorgelina Martínez y Delia Maldonado son invitadas a pasar a la mesa y dar el informe de lo actuado en la Conferencia Mundial de Mujeres Trabajadoras realizada en junio del mismo año en Budapest, donde representaron a las obreras de nuestro país.

Jorgelina destaca que la situación y el nivel de vida de las obreras húngaras y de sus familias están relacionados con la fuerza de organización sindical y la participación política y social de su comunidad. Cuenta muchas anécdotas.

Delia Maldonado destaca que esta Conferencia, con la representación

de tantas fábricas de todo el país, debe ser el comienzo de una relación muy estrecha entre nosotras, las obreras textiles. Hoy más que nunca se requiere nuestra militancia para conseguir nuevas leyes y exigir que se cumplan las actuales, ya que la tendencia de las empresas es a burlar los derechos de los trabajadores. Y en forma muy documentada se refiere a los logros en Uruguay.

Nosotras no sentíamos orgullosas de las dos. ¿Quiénes nos habrían representado mejor que ellas?

Luego se da la palabra a las congresistas. Se elige una compañera de Paylana y otra de Juan Lacaze para la presidencia.

Tanto las compañeras del Interior como las de Montevideo aportaron a los temas comunes un lenguaje combativo y optimista.

Blanca Peralta, propone que se realice una encuesta en todas las fábricas acerca de los problemas que afectan específicamente a las obreras textiles. Dice además, que a través de las huelgas se comprobó que las obreras textiles tenemos una inquebrantable voluntad de lucha, que nunca vacilamos ni siquiera cuando tuvimos que enfrentar al gobierno y a la policía y que debemos reforzar la militancia y hacer del sindicato un lugar también nuestro.

Al día siguiente se trabaja afanosamente y se recogen las conclusiones:

- 1) A igual trabajo, igual salario.
- 2) Que el ritmo de trabajo no afecte a la salud de las mujeres trabajadoras.
- 3) Realización de una encuesta nacional sobre las necesidades de las obreras madres, orientada a reivindicar las casas-cunas en los lugares de trabajo.
- 4) La Conferencia reconoce el día 8 de marzo de cada año como Jornada Internacional de la Mujer Trabajadora. Acuerda participar activamente en su conmemoración y explicar los motivos de tal jornada.
- 5) La Conferencia resuelve participar con una delegación en la próxima Conferencia Nacional de Mujeres Trabajadoras de todos los gremios, a realizarse en noviembre en Montevideo.
- 6) La Conferencia expresa finalmente la solidaridad con los trabajadores

de Montevideo y del interior que se encuentran en conflicto, especialmente con las compañeras de FUNSA que acampan frente al Palacio Legislativo.

Se propone que las conclusiones de la Conferencia se integren en el orden del día del próximo Congreso Nacional de Obreros Textiles, para considerarlas reivindicaciones de la totalidad del gremio.

Años después, el gremio textil, fue el primero en obtener “a igual trabajo, igual salario”.

Esos dos días fueron muy emocionantes para todas. ¡Juntarse cien mujeres para hablar de cosas propias, inquietudes, propuestas! Nada de esto impidió las ruedas de mates en los descansos, las risas, la confraternidad, las promesas de visitarse.

Esta actividad consolidó más la unidad del gremio textil y agregó madurez al movimiento obrero que ya estaba reuniéndose en la Comisión Pro-Central Única de Trabajadores. De eso también se pudo hablar ese año tan fermental y combativo.

Hay cosas que no se olvidan: la polenta, el viento en la camiseta, que trajeron Jorgelina y Delia al regresar de Budapest. La fuerza que necesitábamos para seguir en la lucha. Ahora todas comunicadas, agigantadas.

Las friyeras

En la mitad de la década del cincuenta, la crisis muestra su cara más siniestra a los trabajadores del Cerro de Montevideo.

Después de enriquecerse en nuestro país, los dueños de los frigoríficos extranjeros amenazan con cerrarlos y marcharse del país.

La lucha de los trabajadores toma las calles del barrio.

Entre las obreras de los frigoríficos del Cerro, muy pocas participaban en la militancia sindical, y mucho menos en la dirección del gremio. Esto sucedía en todos los casos, pero, a su manera, ellas se incorporaron a la lucha como siempre.

Las “friyeras”, como les decían despectivamente, de aspecto recio y firme, mujeres de “cuchillo en mano”, su herramienta de trabajo, tenían por dentro un corazón tan grande como sus faldas.

Eran unas luchadoras y lo demostraron en muchas ocasiones.

Solidaridad y lealtad para con sus hombres las caracterizaban. Digo “sus hombres” y no hablo sólo de maridos, padres e hijos, sino también de sus compañeros del gremio, porque, a pesar de que en 1956 creyeron que solo ellos eran el Sindicato, no permitiéndoles integrarse a la huelga de hambre a ninguna de ellas, cuando la situación se puso difícil y no se conmovían los poderes públicos y pasaban los días sin solución, ellas no dudaron, no se sintieron de otra parte. A las mujeres les sobró iniciativa, creatividad, combatividad y actuaron solas.

Marchamos al Parlamento.

Éramos unas cincuenta entre trabajadoras del frigorífico, hijas de trabajadores, esposas; otras como yo, solo vecinas del barrio. Mi padre era obrero portuario y yo obrera textil, pero me sentía parte de la lucha de las friyeras. Todos éramos obreros y otros compañeros podían morir en esta huelga de hambre. Defendíamos intereses de la clase trabajadora.

Se habían roto las negociaciones.

–¡A las cuatro!

–¡Sí! Yo también.

–¡A las cuatro!

–¡Y no falto!

Son las cuatro de la tarde.

Con bolsos y niños de la mano, empiezan a llegar. Piden ser escuchadas por los parlamentarios. Se sientan, esperan, no tienen apuro, no volverán sin ser escuchadas. Ellas también son el Sindicato y saben explicarlo muy bien, saben hablar de reivindicaciones porque les son propias.

–Mucho comunicado de prensa, pero pocas soluciones para la huelga– dicen a los periodistas.

Una tarde muy fría, medio centenar de mujeres del Cerro ocupan la explanada del Palacio Legislativo.

Seguro no es un lindo espectáculo ese mujererío en la explanada del Palacio. Poco a poco, son rodeadas por las “Fuerzas del Orden”.

–Circulen, aquí no se pueden quedar.

No responden, no es con ellos con quienes quieren hablar, no importa la barrera policial. Se les sigue “exhortando” a irse a sus casas. No escuchan, se vuelven sordas por un momento. Tranquilas. Con calma de madres, algunas se sientan para darles de mamar a sus hijos. Creen que sentadas no les podrán pegar.

Se viene la noche. Poco a poco, de todos los bolsos, sale comida, leche para los niños. Se trajeron los mates, tortas fritas, vinieron preparadas para pasar la noche si es necesario.

– Aquí tiene, coma, compañera, pásele a aquella.

Lo tienen claro: no se van. De allí no se mueve nadie...

Salen los parlamentarios y todas a la vez hablan, dialogan, explican, piden, exigen. Los únicos que se apersonan son Trias, D'Elia, Alba Roballo, Zelmar Michelini, Enrique Rodríguez, Arismendi, Cardozo y Erro. Ellos vuelven a entrar al Palacio de las Leyes, prometiendo presentar una moción. Por primera vez me di cuenta de lo frío y duro que era el mármol... Y tan lindo que se veía desde el ómnibus, cada día.

Seguimos sentadas en la escalinata, esperando, esperando. Pasan las horas. Anochece. Hace frío, mucho frío.

De un lado los parlamentarios, del otro, otras voces:

–Circulen, vuelvan a sus casas. No les queremos pegar. Se lo están buscando. Háganlo por sus hijos. No pueden pasar la noche aquí.

Esas voces no las asustan, están firmes en sus pretensiones y muy tranquilas.

Los niños se duermen. Como de la galera de un mago, de los bolsos salen frazadas. Se agrupan más para abrigarse. No se ha movido nadie, seguimos sentadas en las escalinatas de mármol. Personas que no conocemos tratan de hacernos llegar paquetes, sin éxito.

Los milicos se están poniendo nerviosos. Se agrupa la gente en la acera de enfrente; gritan mensajes, pero no los podemos oír. Están muy lejos...

Por fin se abre otra vez la puerta, salen los mismos parlamentarios. Anuncian que se consiguió una Comisión, que mediará en el conflicto. Una esperanza, nada más, una pequeña alegría.

Los parlamentarios nos piden que nos vayamos. Esta Comisión nos ofrece ciertas garantías, por lo menos para poner fin a la huelga de hambre y para llevar la discusión del cierre de los frigoríficos al Parlamento y a toda la opinión pública.

Son las once y media de la noche. Con la alegría de lo conseguido, con los pies y el culo helados, acompañadas por algunos parlamentarios, abandonamos

la escalinata de mármol, que volvió a quedarse fría y sola.

Con la bandera uruguaya desplegada, para romper el cerco policial, llegamos al Cerro, a la Federación de la Carne, a casa, a tomar un plato de sopa caliente.

Y yo, a las cinco y media de la mañana, a la fábrica textil donde trabajaba. Llegaron friyeros del interior del país.

En esos días, las mujeres tuvimos que resolver el alojamiento de los compañeros del frigorífico Anglo de Fray Bentos, que llegaron en una marcha en solidaridad con la huelga. A ellas las alojamos en nuestras casas; los compañeros se quedaron en la Federación. Pudimos conocernos y confraternizar.

También llegaron delegaciones de Paysandú, en mi casa alojamos, a compañeras de allí; hicimos amistad y me escribí con ellas durante algunos años. Cuando más tarde estuve en su pueblo, las visité, y fue muy lindo el reencuentro y recordar esas luchas callejeras, las historias no contadas.

Una novia

En esa huelga se perdió mucho más que los dos quilos de carne que cada obrero tenía diariamente por convenio y el cierre del frigorífico Swift. Perdimos a Rubén Paleo y a Muñoz, dos compañeros de la dirección del gremio, que murieron en distintas circunstancias.

A Muñoz no lo conocía., pero con Rubén éramos amigos, teníamos largas conversaciones sobre anarquismo y sindicalismo. Es muy doloroso perder a un amigo repentinamente, cuando no te lo esperás, cuando queda mucho por hablar todavía.

Ruben era de la directiva de la Federación de la Carne, y junto con otros compañeros estaba haciendo la huelga de hambre. Un día lo sacaron con un fuerte dolor de cabeza y lo internaron. Era meningitis y estaba muy grave. A los cuatro días murió.

Compartí el dolor de aquella perdida con su familia, sus compañeros y su novia. Cuando llegué al velorio ella se acercó y me preguntó:

–¿Vos sos la Negrita? Él me hablo de vos. ¿Vos también lo querías? – y se contestó–: Él por todos se hacía querer.

No pude contestarle, se me anudó la garganta, solo pude abrazarla fuertemente.

Ella caminaba y caminaba por toda la sala, nerviosa. Con todos conversaba, preguntaba y preguntaba, tenía muchos interrogantes y no podía encontrar respuesta a lo que quería saber. Cuando se despidió , abrazada al cajón, dijo despacito:

–Hasta pronto amor.

Tenían muchos proyectos juntos. Habían comprado los muebles, la heladera, los platos, el primus, la caldera. Estaban esperando que terminara la huelga para casarse. Habían sido novios durante seis años.

Ruben murió el 19 de mayo de 1956, no había cumplido los 29 años. Ella no lo podía superar, lo recordaba obsesiva, callada, permanentemente.

Una tarde salió a comprar una cosa cualquiera y compró otra: veneno para ratas. Para que sus padres, que no la dejaban sola, no se dieran cuenta, se lo comió en pequeñas dosis, en los desayunos, untando el pancito con manteca, día a día. Para acortar la distancia. Porque cuando le dijo: “Hasta pronto”, lo dijo de verdad.

A la semana, cuando se sintió mal, no dijo nada, y el médico la trató por gripe.

–Siempre fue muy sana –dijeron las hermanas.

Una semana después la internaron ya sin fuerzas y confesó que no quería vivir más.

–Sólo quíteme los dolores, doctor, yo estoy tranquila, yo estoy preparada.

Se olvidó de ella porque no se podía olvidarlo. Olvidó que había estudiado contabilidad, comercio, inglés, para defenderse en la vida. Olvidó que estaba preparada, pero no lo estaba para esa pérdida. Olvidó para qué servía vivir. Tuvo una muerte cruel, que no merecía.

Sucedió todo muy rápido. Se fueron los dos sin despedida de solteros,

sin luna de miel. Con ella perdimos una vida más en esa huelga. Hay que agregarla a la historia no contada, donde se mezcla lo público y lo privado, lo social y lo particular. Se llamaba Isabel Ledesma y tenía veintitrés años, murió el 19 de julio de 1956.

El Cerro, empezaba a vivir la agresión cotidiana. El hambre y la desocupación, el luto y la tristeza ensombrecieron las luchas sindicales y los rostros de la gente. Siento que tengo que contar estas historias de mujeres, que son parte de hechos sociales que viví en mi juventud. Me importa contarlas en su plenitud, porque cuando no se cuentan y quedan ocultas, se muestra una sola cara de la Luna, pero la Luna es un todo, la forman luz y sombra. Igual, igual que la realidad... luz y sombras...



Las compañeras de FUNSA

La Negra Esproncato, me invita a su casa a tomar mate. Cuenta que ella nació en Canelones y vino a Montevideo a trabajar, como tantas muchachas.

–Yo salí de entre los terrones, a trabajar en lo que fuera, o sea de domestica. Pero tuve la suerte de que una vecina me avisara que en FUNSA estaban tomando mujeres. Yo no sabía nada de fábricas, pero me dijo que se ganaba muy bien. Eso me entusiasmó. Lo malo, me advirtió, era que te tomaban y antes de las cien jornadas te despedían. Pero la oportunidad no se podía desaprovechar.

Se presentó en la puerta de la fábrica y quedó muy impresionada. Era muy grande, no la podía comparar con ningún galpón que hubiera visto antes. En ese momento una sirena anunciaba la salida de un turno. Le pareció un hormiguero de tamaño desproporcionado. Todos caminaban de prisa, hombres y mujeres, vestidos de azul, de “brin sanforizado”. No sabía a quién preguntar, ni que hacer, se sintió muy pequeña...

FUNSA era una gran fábrica de manufactura de caucho. Allí se hacían botas, zapatos de goma, neumáticos...

Se le acercó una muchachita, flaca, larga y mal vestida que había estado recostada a la pared, observando el mismo espectáculo. Le preguntó, casi temblando:

–¿Aquí es FUNSA?

–Si.

La otra estaba en la misma que ella: buscando trabajo.



Entre las dos se las ingeniaron para preguntar y encontrar la puerta de entrada. Descubrieron el cartel en que una flecha indicaba donde estaba la oficina de personal. Allí llegaron con una amistad de cinco minutos, que les daba mucha seguridad.

–Estoy nerviosa.

–Yo más.

Se acercaron a una empleada y le preguntaron, carraspeando:

–¿Aquí toman gente?

Sacándose los lentes, la empleada contestó con otra pregunta.

–¿Cuántos años tienen? Se está apuntando a las mayores de dieciocho.

¿Tienen cedula de identidad?

–Si –dijo la Negra. Echó mano al bolsillo y puso su documento sobre el mostrador.

–No contestó la otra con poca voz y dando un paso hacia atrás.

–Entonces sácala y vení otro día –dijo, desinteresada, la empleada.

–No estoy apuntada en el Registro Civil, mis padres no están casados.

Mejor dicho: no estoy reconocida – o dijo casi como una confesión.

La empleada siguió escribiendo. La joven dio media vuelta, dispuesta a irse.

–Espérame un poquito, no te vayas –le pidió la Negra.

Al poco rato la Negra salió como borracha de alegría:

–¡Me tomaron!

Afuera la esperaban los ojos húmedos de la muchacha.

– Mis padres no me apuntaron cuando nací y no sé cómo lo tengo que hacer.

– No te preocupes. ¿Cómo te llamas?

–Luisa

–Vamos a preguntar. Tenemos que ir hoy, porque mañana empiezo a trabajar. Vamos. No podés estar sin documentos en Montevideo.

Luisa no pudo entrar esa semana, los trámites llevaron varios días.

–Hacía un calor terrible, ese verano. Entré en 1947, yo era una muchachita. Todo lo nuevo da un poco de miedo, el olor tan fuerte a caucho, el ruido, la gente que te observa y que todavía no conocés...

La Negra, sacó un poquito de yerba y acomodó la bombilla.

–Las nuevas entran y salen todas juntas, se esperan para darse ánimo. Vos ya sabés –esquivó la mirada y sonrió–. Aunque no lo creas, yo era tímida.

En 1952 la Negra y Luisa seguían siendo amigas. Hacía cinco años que trabajaban en el mismo turno. La Negra trajo a una hermana más chica a trabajar a Montevideo, que entró en PHUASA una fábrica textil y unos meses después, trajo a un hermano que consiguió entrar en ANCAP.

Los padres, desde Canelones, les mandaban una vez por semana bolsos con frutas, verduras y cordero. De esos paquetes algo iba para Luisa, que tenía muchos hermanos. Porque la huelga del 52, esa fue brava.

No se acuerda mucho de cómo empezó ella en el Sindicato, pero recuerda que un día, en su turno se empezó a hablar de sindicato dentro de la fábrica. Nunca había oído nada sobre eso. Escuchó que había otros gremios que iban a la huelga.

–En FUNSA había un sindicato “amarillo”. Casi todos eran administrativos, encargados, capataces... Los amarillos no querían ir a la huelga.

Luisa y la Negra callaban, escuchaban, pero no estaban ajenas a nada, porque sabían de las injusticias que se cometían y de las mañas del viejo Pedro Sáenz. Habían visto muchas veces temblar al capataz cuando el patrón recorría la fábrica; no podían oírlo, pero se daban cuenta que lo estaba miliqueando, que le pedía “más velocidad, mas producción, mas control”. El capataz se ponía rojo de vergüenza y la gente se daba cuenta.

–Así es la cosa, cuando querés acordar, te despiden y anda a reclamarle a Macucho. Y al capataz igual que a cualquiera.

No se acuerda, porque todo fue muy rápido. Los gremios del puerto y el transporte de Montevideo empezaron una huelga por derechos sindicales para

todos, y el gobierno decretó Medidas Prontas de Seguridad.

Las Medidas Prontas de Seguridad, decretadas por el gobierno, permitían al Poder Ejecutivo enviar al Ejército a sustituir en sus puestos de trabajo a los funcionarios públicos en huelga.

Esa fue brava. En la fábrica nos decían que nosotros, en FUNSA, no teníamos nada que ver, que arreglaríamos directo con el patrón. ¿Y eso qué importa? Si todos los gremios llaman a la huelga porque el Ejército entró a trabajar en el Puerto nosotros también.

Me animé y lo dije en la asamblea.

–Yo no subo a un ómnibus, si lo maneja un milico– dijo Luisa–. Dice mi padre que el Ejército entra mañana a los tranvías, que no suba.

En el vestuario, las demás callaban.

–Dicen que hay que apedrearlos –agregó Luisa–, y yo tengo flor de puntería.

Todas rieron, cómplices.

A la mañana siguiente, en la calle, camiones de milicos por todas partes. Vigilaban la ciudad, cerraban los locales sindicales y en la puerta dejaban un milico vigilando que no entrara nadie. Los sindicalistas pasaban a la clandestinidad; se refugiaban en casas de familiares o de otros compañeros, pero seguían reuniéndose.

ANCAP ocupado, también, por el Ejército.

La Negra era la mayor de los hermanos, la jefa de hogar con veintitrés años. No se acostaba hasta que llegaran todos, por la noche. En casa de la Negra se sabía lo que pasaba en tres sindicatos, los tres hermanos trabajaban en distintos lugares: FUNSA, textiles y ANCAP. De a poco se iban integrando, aunque no supieran mucho de sindicatos.

A veces comía sola, nerviosa, esperando que llegaran.

–No me pasaba la comida.

Cada vez tenía menos para poner a la olla: todos los integrantes de la casa en huelga...

–Miedo, pero más rabia... Cuando llegaba Luisa, las dos salíamos a la calle a ver qué pasaba. Si cuadraba, apedreábamos algún ómnibus manejado por carneros.

En los diarios, FUNSA, convocaba a los trabajadores, diciendo que el que no se presentara al otro día se podía considerar despedido. Les enviaban telegramas colacionados.

–Angustia, miedo, rabia, pero carnerear ¡nunca!

–De a poco las cosas fueron cambiando y ahora nosotras también empezamos a cuidar en las esquinas, que no entraran a carnerear a la fábrica. Se puso muy difícil, el Ejército puso camiones en las dos esquinas de FUNSA. Entraron los capataces y algunas empleadas. Les gritábamos “carneros” y “bee, bee”... Algunas veces nos corrieron los milicos y nos tuvimos que esconder en casas que, como al descuido, dejaban la puerta sin pasador. Los vecinos nos apoyaban. Teníamos algunos compañeros de base presos.

–Le dije a Luisa que estaba con mucha bronca y que ahora tenía yo también buena puntería con las piedras y nos empezamos a reír como si fuera una travesura.

Luisa, después que tuvo la cédula de identidad, dijo que se sentía persona. Se interesaba por los derechos que tienen los trabajadores. A la Negra no le gustaba la injusticia. Hicieron un piquete solitas, ellas dos. Sin saber mucho de política, se empezaron a decir socialistas, como el compañero Irmo Bidegaray.

–No sabíamos dónde se reunía el Sindicato. Preguntando, preguntando, llegamos a donde se cocinaba; era la olla sindical. Allí conocimos hombres y mujeres de otros sindicatos. Nos reuníamos lejos, a veces en el Cerro con los de la Federación de la Carne y escuchábamos.

Lo que sucedía en todo Montevideo era más de lo que imaginaban. Ya eran los últimos días de la huelga general, se negociaban soluciones, hasta con el Ministro de Trabajo.

–Fueron luchas por salario y mucho más. Movimientos callejeros, se

ocupaban las fábricas, caravanas por la ciudad en camiones, mujeres y hombres en camiones recorriendo los barrios hasta el Palacio Legislativo y allí llegaban otros gremios. Las mujeres también subíamos a los camiones, nos encontrábamos con ustedes, las textiles, saludábamos con las banderas del Sindicato, acampábamos frente al Palacio... Y la persecución también, compañeros presos por varios días en cada salida...

–Un día ocupamos FUNSA. Comunicamos: “Huelga de brazos caídos”.

Don Pedro Sáenz, que era un déspota, no quería venir a hablar con los trabajadores. Nosotros pusimos la fábrica en marcha nuevamente. Le dijimos que ahora la fábrica era nuestra. ¡Ay juna!

Cuando los de la oficina lo llamaron para darles nuestra respuesta y vio que salía humo por las chimeneas, llegaron tres autos con los del directorio, sí, vinieron a interesarse por lo que pasaba.

Las cosas las conseguíamos sólo así: por la fuerza de los trabajadores.

Cuando terminó la huelga y entraron a trabajar en su turno, Luisa y la Negra se dieron cuenta de que ellas eran distintas, estaban más atentas a los comentarios, a lo que pasaba dentro de la fábrica.

–Nosotras dos, éramos las únicas de las nuevas que nos entreverábamos con los del gremio.

Así supieron que en la fábrica se buscaba formar un sindicato autónomo y fueron las dos primeras mujeres que trabajaron en esa primera comisión buscando adherentes. Era casi secreta porque allí antes solo había “sindicato amarillo”. La Negra y Luisa eran aparadoras, buenas trabajadoras, cumplidoras: eran respetadas.

–No queríamos ni sindicato rojo, ni amarillo, queríamos que fuera de los trabajadores. de FUNSA.

–Fue así que nos hicimos del Sindicato.

–¿En aquella época, las mujeres tampoco sobresalían en el sindicato?

–No teníamos interés en sobresalir. Eran tiempos distintos, algunas de nosotras no sabía leer ni escribir. Muchas mujeres de FUNSA éramos del

interior del país algunas tenían miedo de perder el trabajo, pero apoyaban al Sindicato, aunque no querían aparecer públicamente.

Había compañeras de Artigas, Rivera, Melo, de muy lejos. Venían a Montevideo solas, con una recomendación de un club colorado o blanco, y sin conocer a nadie. En Montevideo se metían a vivir en una fonda y si no llegaban a entregar la carta en la fábrica porque les daba miedo, se empleaban con cama en una casa de familia y allí se hundían trabajando.

Había mucho trabajo en esa época y también mucha lucha sindical en la calle. Durante la huelga las mujeres trabajamos mucho, vendíamos bonos, conseguíamos mucho apoyo en otros gremios, pedíamos en la feria y en el mercado fruta y verdura, llevábamos las finanzas y ayudábamos en la olla sindical. No era nada nuevo, igual que ustedes. También, hablábamos en las asambleas pero éramos las menos.

Esa, la huelga grande del 52, es la que más recuerdo.

La Negra Espronzo me alcanza el mate.

—Eran otros tiempos.

Queda pensativa. Se ríe.

—Una vez entró la policía al local del Sindicato. Pusieron todo patas arriba, pero el dinero del Sindicato lo salvamos, porque a una compañera, que andaba con su tejido de arriba para abajo, se le ocurrió ovillar lana alrededor del rollo de billetes. Y así pasó el dinero, como una madeja más en el bolso, junto a las agujas y al buzo que tejía.

Los años 50... Ahora es diferente. Yo hablaba poco en las asambleas, era más de hacer... no de hablar, ni de escribir.

—Hablabas cuando me ponía furiosa, cuando me calentaba. No aguanto las injusticias. Era cuando hablaba, porque no podía con mi genio.

Nos despedimos con un fuerte abrazo. Teníamos muchas cosas en común: el mismo patrón, la misma rabia...

Las mujeres del Arrozal

Ellas se quedan en el rancho, pero luchando. Lo deciden así, colectivamente.

Las mujeres, las familias de los obreros arroceros tendrán participación en la huelga que se avecina.

Las mujeres crean un espacio de lucha: el rancho, su rancho, se vuelve trinchera, territorio a defender. Por ellas y sus hijos, los militantes de esos locales sindicales.

Los hombres, los obreros de los arrozales, preparan otra tarea. Irán a Montevideo a reclamar salarios dignos, y el jornal de ocho horas. Allí, en los años cincuenta se trabaja de sol a sol y no se ve plata; les pagaban con bonos que sólo se pueden gastar en el almacén del patrón

El rancherío en el predio del patrón, era parte de lo convenido, era salario. El rancho no es un beneficio; al patrón le asegura la presencia del obrero en el lugar de trabajo. Las mujeres quedarán cuidando la retaguardia. Son la otra mitad, la que defiende y ocupa el puesto de trabajo de los maridos.

Las mujeres, algo inusual en las zonas agrícolas, se reúnen a discutir las acciones, aunque todas “acataban la mayoría”, según decían. Creo que fueron las primeras reuniones dentro del arrozal, con mujeres tratando temas sindicales.

¿Cómo llegué a conectarme con ellas? ¿Por qué? ¿Qué sentí entonces, yo, una joven que desconocía el campo y sus modos de vida? No fui sola, me invitaron a recorrer los caminos de los arrozales, a acortar las distancias entre

los trabajadores del campo y los de la ciudad.

–Tenemos que llegar antes que se haga la noche.

–¿Qué decís?, no te oigo nada...

Cuando habíamos alcanzado la cima del repecho, apagó el motor y dejó que la moto se deslizara a su voluntad por el bajo, un largo bajo que acababa en el fondo de una cañada, donde un poco de agua estancada hacía un charco en medio del camino de tierra.

–Por la noche es más seguro llegar y que no nos vean los patronos o los capataces. Como las familias viven dentro del arrozal tenemos que llegar como familiares, o algo así...

Esto me lo decía el compañero Orosmin Leguizamón, en el momento en que apagaba la moto en que viajábamos.

Encendió un cigarrillo. Atardecía lentamente. Al costado había un monte de eucaliptos, se escuchaba el mugir de algunas vacas, que se acercaban caminando pesadamente, a buscar el abrigo de los árboles cercanos.

Al poco rato, luego de caminar para estirar las piernas, Leguizamón tiró el pucho con un tinguñazo y volvió a poner la moto en marcha.

Era aquel camino de bajos y repechos, de cañadas. Teníamos que bajar a veces de la moto, bordear un alambrado y empujarla. Así viajábamos, hasta que a él se le ocurrió hablar como si le dieran cuerda. Teníamos la mitad del camino hecho y eso lo tranquilizaba, no sabíamos si nos alcanzaría la nafta. ¡Qué noticia!

–Pero se está portando bien la pobre moto de Toledo. Atada con alambres, la usamos todos los de los sindicatos de Treinta y Tres.

–¿Ya estamos cerca de la Charqueada? –pregunté.

–Sí, sólo podemos hacer dos asambleas este fin de semana, ¿sabes?

Leguizamón a los gritos cantaba tangos de Gardel que yo no podía acompañar, porque no sabía toda la letra. Me sentía contenta... Montevideo había quedado lejos. Y ahora tenía ante mí el campo, lleno de movimientos extraños.

¿Por qué estaba yo allí? La intención era cumplir con el pedido de las compañeras de los arrozales. Querían que fuera una mujer de algún sindicato de Montevideo, para que asistiera a sus reuniones.

Se preparaba una huelga muy especial y ellas, como esposas, estaban tan involucradas como ellos. Toda la familia estaba en el conflicto, dentro y fuera del predio del patrón.

Nos preocupaba que la familia viviera dentro del campo del patrón, en el arrozal. ¡De eso iba a hablar con ellas!

Era la primera vez que hacía un trabajo sindical fuera de la fábrica; no sabía cómo me recibirían y estaba nerviosa. Yo sabía hablar en las asambleas de mi sindicato, pero allí era distinto, tenía miedo a que me tomaran a mal, como una fabriquera montevideana... ¡Qué sé yo! ¿Cómo me tomarían? ¿Cómo les iba a hablar? ¿Cómo les iba a explicar que sería una huelga difícil? Pero no fue necesario, ellas ya lo sabían, fue como continuar un diálogo ya iniciado por otros.

Leguizamón dijo que estábamos cerca, a la vez que apagaba la moto en el bajo y la dejaba ir un poco, aguantándola con los frenos, salvando alguna huella de carro al borde del camino. En aquel montecito de árboles cargados de pelotitas, escondimos la moto muy cerca del alambrado y empezamos a caminar por el "feudo". Primero un repecho y luego una bajada. Ya habíamos dejado el camino que lleva a la estancia, teníamos temor de que alguien pasara y nos viera en la "propiedad privada" y vinieran a ver quiénes eran estos extraños: nosotros.

Al fondo de una cañada, junto al agua, alguien nos hizo señas con la mano. Eran dos compañeras que nos esperaban. La distancia que habíamos recorrido a pie me hizo bien, las piernas se me habían dormido en el viaje, ahora las sentía mejor.

Al acercarnos, me sentí más tranquila. Nos esperaban y empezamos la reunión. Me presento y digo que soy del sindicato textil, que en mi gremio somos muchas mujeres.

Nos sentamos en el suelo, atardecía. Seguimos hablando. Fueron llegando más mujeres, serían doce o quince, rostros curtidos por el sol, tan serias, tan fuertes...Y allí, sencillamente, en rueda de mate, empezamos a hablar de la huelga, que sería difícil, que ellas eran muy importantes porque vivían dentro de la propiedad del patrón, ¿eso no las asustaría?, que se debía discutir todos los posibles problemas que se les pudieran presentar a sus familias.

Ahí estarían ellas solas, pero contaban con la solidaridad de otros gremios, moviéndose en Treinta y Tres y en Montevideo y les ayudarían. De a poco todas, fueron hablando y coincidiendo:

–¡Total! pa' vivir así!...

Y allí, sin tener en cuenta la hora, fuimos sintiendo que el pasto, empezaba a estar húmedo. Nos pasábamos el mate, único calorcito que nos acompañaba. Ya empezaba a refrescar. Algún cigarrillo, como bichito de luz, denunciaría la rueda, que vista de lejos parecería un grupo de luciérnagas, jugando sobre el agua de la cañada.

–¿Es la primera vez que se habla de sindicato aquí? – pregunto.

–Sí.

–¿Miedo? Sí, miedo sí... Pero para vivir como vivimos, ya me dirá...

Continuó Elvira diciendo:

–Algunas, las más jóvenes nacieron aquí, crecieron y se juntaron aquí, ahora tienen hijos sin haber salido nunca del arrozal, algunas no conocen ni siquiera la ciudad de Treinta y Tres, como mi hija Isabel, ¡y tiene 8 años!

Hablan tranquilas, son las que miran a los ojos, las que interrogan con la mirada. Arrugas que quitan brillo a la cara, falta de dientes en la mayoría, mintiendo la edad de esas mujeres, que, jóvenes, parecen viejas, pómulos salientes, y sonrisas que iluminan sus caras cuando hablan...Me observan, buscando muestras de aprobación.

–¡Total, pa' vivir como vivimos! Digo yo... ¿No?...

–Pa que los maridos ganen más, los ayudamos... No crea que tenemos paga, salario o como se llame, nada de eso. En cambio doblamos el espinazo de

sol a sol. No tenemos horario, a veces catorce o quince horas, depende, con el agua hasta las rodillas, oliendo el podrido del barro, y las pestes, sintiendo las sanguijuelas chupándonos la sangre de los tobillos y las canillas, los mosquitos ganándose, hasta por debajo de la ropa, picotazos que arden más que las ortigas...

Hizo un silencio y siguió hablando:

–Sí, sí, pero en fin, estamos acostumbradas y no nos damos cuenta.

Quise hablar pero Leguizamón, que estaba sentado a mi lado, agarrándome el brazo y sin decir palabra me dio a entender que la dejara seguir hablando.

–De sindicato no sabemos nada, pero de miseria sí.

Se puso más seria, tal vez pensando que el sindicato, allí, tenía algo que ver con la comida, agregó:

–¡Seguro que acompañamos! Y si los maridos van a la huelga, nosotras seremos las primeras, esto no es vida. Total, pa’ vivir así... El patrón se acuerda de nosotras solamente cada cuatro años, cuando nos viene a buscar pa’ votar, y en cuanto a la plata no la conocemos, nos pagan con bonos que tenemos que canjear en el boliche por comida y ropa, y el boliche también es del patrón. Por eso siempre estamos debiéndole al patrón, ¡claro! La plata pasa de largo, no queda en el bolsillo...

En cada silencio de la portavoz, las miradas de las otras mujeres se cruzaban, asintiendo con un lento movimiento de cabeza; formaban un solo sentimiento:

–Total, pa’ vivir así...

Traté, con palabras breves y claras, de transmitirles nuestro afecto y solidaridad. Explicué que no sabíamos cómo reaccionaría la patronal, si buscaría la complicidad policial para desalojar a las familias. Pero había que preverlo todo. ¿Estarían dispuestas a perder si se fracasaba? ¿A quedar sin rancho, sin trabajo? No sería fácil para ellas cuando el patrón las mandara desalojar de “sus tierras”, cuando no dejaran volver a sus maridos y los

despidieran por sindicalistas.

Se pensó en todo, se les dio tiempo a todos, a ellas también. Porque las mujeres, jugarían en el espacio vital, en el lugar de trabajo. Por eso se hicieron pequeñas reuniones donde ellas hablaron y opinaron, se integraron, fueron parte.

El sindicato, recién creado, era el protagonista. Pero el sindicato hace, a la hora de hacer fuerte un nombre, que las protagonistas sean cada una de ellas, que la fuerza dependa de cada mujer, de cada familia, de cada hombre, todos juntos, pero, sobre todo, de la firmeza individual, que no se puede delegar a nadie, cuando vengan a golpear tu puerta.

-Si nos quieren echar, ¡no nos vamos!

-¡Este es nuestro rancho!

-Es como parte del salario, dice mi marido.

-¡Ni que vengan los milicos! ¡No nos vamos!

-No nos van a sacar de arrastro, supongo.

-¡Nos tiramos al suelo y chau!

-¡Ni aunque estemos solas en casa con los gurises!

-¡No! ¡Nos encerramos y chau!

Elvira agrega:

-Apoyamos la huelga por ocho horas de trabajo y salarios justos en dinero y nada de bonos, pa' poder comprar la comida y la ropa donde se nos antoje... O comprarles a los bagayeros que venden más barato. Si es por eso que tenemos que ir a la huelga, ya está...Espero que estén todas de acuerdo.

Elvira había ido tres años al liceo de Treinta y Tres, cuando vivía con la tía, y se había casado con un compañero de clase. Como muchos, tuvo que dejar de estudiar y volver a La Charqueada, y así continuar la vida que habían llevado sus padres. Pero ella quería vivir mejor, porque sabía que podía.

Me imaginé que las demás, asintiendo, decían a coro:

-¡Total, pa' vivir así!

Todo me recordaba a las mujeres del Cerro, estaban allí, éramos todas

nosotras. Allí, en el medio del campo, también recordé a los compañeros textiles en los momentos difíciles, cuando pensábamos juntos, cuando dudábamos.

Me trajo a la realidad Leguizamón, que me puso la mano en el hombro y me dijo:

–Vamos, que todavía nos queda un largo camino. Ya vendremos otro día. Mañana tenemos una reunión en La Charqueada.

Nos despedimos con la promesa de volver lo más pronto posible a pasar el día, para visitar sus casas, recorrer el campo juntas, comer un asado o un puchero tranquilas y hablar de cosas nuestras.

Me abrazaron y me regalaron esa forma de ser, ese sentimiento de cariño y amistad, sentía una mezcla de alegría y tristeza. Ellas se mezclaban con el paisaje, la tierra, la fuerza. Sus ropas despedían olor a cocina de leña, ese olor a hogar que me hubiera gustado compartir.

El trayecto hasta la moto lo hicimos en silencio, volviéndonos dos o tres veces para saludar con la mano. Ellas nos miraban, saludándonos de pie.

Ya en la carretera, Leguizamón empezó a recitar en voz alta, para sacarme de aquel silencio en que me encontraba, uno de los poemas de García Lorca, mientras la moto ganaba terreno, con poca luz.

Orosmín Leguizamón era un obrero metalúrgico, un gran compañero. Nos conocimos en las Juventudes Socialistas, donde militábamos desde hacía tiempo. Yo sabía poco de él. Cuando el resto de los compañeros me propuso para la tarea de apoyatura del trabajo, que había empezado el maestro Manuel Toledo en Treinta y Tres, con los trabajadores rurales, no dudé. No sabía lo que tenía que hacer, ni cómo me movería. Confiaba en los compañeros y me fui con Leguizamón, que resultó ser un compañero fuera de serie, respetuoso, sencillo, humilde y capaz de pasar dos o tres días sin comer y seguir hablando serenamente, sin decir que tenía hambre, tomando mate con los compañeros de los arrozales.

Llegamos a la ciudad de Treinta y Tres, a casa de Manuel Toledo, que nos esperaba con el proyecto de trabajo para ese fin de semana. Se iban sumando

reclamos salariales. En la Charqueada, un pueblo en medio de los arrozales, el seguimiento de esos reclamos Manuel lo llevaba acompañado por un abogado.

La casa de Toledo era como el local de un sindicato. A pie o en bicicleta llegaban compañeros que se sumaban a la rueda de mate, que terminaba en ruedas grandísimas, donde se hablaba y se escuchaba con mucha atención a los obreros que llegaban del arrozal. Era una forma distinta de hacer sindicalismo: estaba metido en la vida cotidiana.

Yo, tímidamente, me ubicaba en un rincón y escuchaba esas conversaciones donde no había promesas.

Como Manuel era maestro rural, a algunos les enseñó a leer y a escribir, a otros los caminos de la liberación.

Cada vez que iba, yo sentía que aprendía nuevas cosas, de todos ellos, de los compañeros, de Manuel Toledo y de Leguizamón.

Manuel era un motorcito organizador. Con palabras sencillas sabía hacer pensar a quien le escuchaba, y así, como armando un collar de cuentas, uno a uno, se fue vertebrando el sindicato agrícola. SUDA, Sindicato Único de Arroceros, nunca mejor sigla, que recuerda el sudor de cada día de los trabajadores.

Aquel primer fin de semana, seguimos hacia Lascano.

Sobre la media noche, vimos en el camino la luz de una pequeña fogata a lo lejos. Al acercarnos encontramos a un hombre sentado en una piedra, una lata de agua caliente, tomando mate, solo, al costado de dos grandes máquinas segadoras. Era el cuidador. Nos saludamos y tomamos unos mates. Yo me tambaleaba de sueño, me iba de costado, el hombre me sugirió que me subiera a una de las cabinas de las máquinas, que allí dormían dos de sus pequeños hijos. Acepté y él me tiró un poncho por encima.

Leguizamón siguió hablando con él toda la noche. Entre sueños oigo risas y trozos de algún cuento. El cansancio me inmoviliza y duermo hasta que unas gotas de lluvia me despiertan. Ya estaba amaneciendo.

Salimos apenas aclaró. Era domingo. A la tarde haríamos otra reunión

en otro lugar, pero ya sé cómo empezar a hablar. Ellas me enseñaron como hacerlo: sencillamente.

El lunes volvía a la fábrica, a mi máquina, con una sensación de angustia, de impotencia, pensando en los días que se avecinaban para aquellas mujeres.

Trescientos kilómetros nos separan. Recuerdo esos fines de semana, recuerdo aquellas formas que, en la semioscuridad, se movían. Las mujeres del arrozal levantándose, avanzando, y diciendo a coro:

–¡Total, pa' vivir así!

Desde el Arrozal 33 sale una carta dirigida a la opinión pública:

“Las mujeres de los arroceros nos organizamos en este momento tan duro. Frente al hambre y miseria de nuestros hogares, queremos hacer conocer nuestra movilización junto a la lucha de nuestros esposos, hijos y hermanos. Nos dirigimos a la opinión pública, a las obreras y a las amas de casa, especialmente, reivindicando la plataforma del SUDA, reclamando un lugar en la lucha”.

Esta carta, resuelta en asamblea, invoca a textiles, amas de casa, metalúrgicas, friyeras, empleadas, estudiantes: ¡Haz tuya esta lucha!

La firmaron, Blanca Farías de Pérez secretaria y Hortensia Sosa de Echeverría, pro secretaria, en mayo de 1957, departamento de Treinta y Tres.

El 22 de mayo cuando la marcha permanecía en Montevideo, haciendo gestiones en el Ministerio de Trabajo, en el Arrozal 33, el patrón pretendió sacar un camión de arroz de la planta en conflicto. Un muro de mujeres indignadas se lo impidió. La policía las reprimió a culatazos y el camión arremetió contra ellas, dispuesto a pasarles por encima. Ese episodio permitió que ellas negociaran con la policía que no sacarían más granos del establecimiento mientras durara la huelga. Los sindicatos de la ciudad de Treinta y Tres pidieron guardia policial en la puerta del Arrozal, para que no se repitiera el episodio.

Fue una huelga muy dura la de 1957. La solidaridad llamó al paro general en Montevideo. Todos respondieron al llamado y a su plataforma: ocho horas de trabajo y salario mínimo para los trabajadores agrícolas. Para los que lucharon en el arrozal, esa huelga se ganó. Y las familias participaron. Y las

mujeres fueron importantes.

Dos años más tarde, Leguizamón tuvo un accidente de tránsito que trunció para siempre su actividad sindical. Según nos contó Roberto Dotti, que vio el accidente, lo sacaron de entre los hierros, donde su cabeza había quedado aprisionada. Pasó cuarenta días en estado de coma profundo. Cuando se recuperó, nunca más fue él mismo: falta de memoria, incoherencia en el hablar. Nunca más se acordó enteramente de quién fue.

Volvió, con veintiséis años, a una infancia sin recuerdo, ni pasado, ni futuro, con la ingenuidad de un niño. Cuando algunos meses más tarde lo encontré en Casa del Pueblo me costó reconocer a aquel entusiasta luchador.

¡Qué tristeza cuando murió, hace unos años! ¡Ninguno de nosotros lo pudo ayudar a recobrar su frescura!

Veinte años después de aquellas jornadas arroceras, Manuel Toledo, que seguía militando diariamente por los compañeros del interior, cayó preso de la dictadura y murió a consecuencia de las torturas en la negra noche de la cárcel uruguaya. Manuel Toledo era un hombre peligroso, por su palabra, su pedagogía, su sencillez, por su firmeza en la lucha contra la injusticia. No esperaba nada para sí mismo. Eso le permitió ser libre siempre, aún cuando estuvo preso. Así murió...

Las chacras del Norte

Trabajar y vivir como las mujeres recolectoras de tomates en las quintas de Bella Unión, en Artigas, es algo muy duro, inhumano.

UTAA no se limitó a agrupar a los trabajadores cañeros. Obreros de distintas ramas del trabajo agrícola, se fueron agrupando alrededor del Sindicato. Trajeron nuevos reclamos y denunciaron sus malas condiciones de trabajo.

Las obreras de las chacras tomateras se acercaron a UTAA.

Querían “estar en caja”, para cobrar la asignación familiar por sus hijos y poder jubilarse algún día. Querían que las respetasen, que no las trataran a gritos.

–No somos perros.

¿Cómo las conocí? ¿Cuándo?

Corría el año, mil novecientos sesenta y tres, a fines de noviembre y principios de diciembre.

Dos fines de semana llegué a Bella Unión con Andrés Cultelli. Atendíamos sábado de tarde y domingo por la mañana. Enseguida empezaba a llegar gente.

Andrés como asesor jurídico del sindicato recogía los datos de los casos de reclamos legales que se presentaban en UTAA: despidos, diferencias de salarios, acusaciones de abigeato, etc.

Las entrevistas jurídicas eran charlas acompañadas con mate, fuera de toda formalidad. Comíamos allí mismo, lo que los compañeros nos traían de sus casas.

Yo iba ayudar en lo que fuera útil. Escuchaba a la gente que traía distintas preocupaciones.

En rueda de mujeres, hablábamos de salud. Escuche a muchas hablar de abortos, de embarazos no deseados, del riesgo de vida que acarrean las prácticas abortivas ilegales que se practican en nuestro país y también cruzando la frontera, de la automedicación y la desinformación que todas padecemos.

Eran los mismos temas de los que hablábamos las mujeres de las fábricas textiles. Eran las mismas preocupaciones de nosotras, las obreras montevideanas.

Les llevé la invitación para el Primer Encuentro de Mujeres Trabajadoras, que se preparaba en Montevideo para fines de diciembre. En esa convocatoria estaban trabajando Delia Maldonado y Jorgelina Martínez, dos compañeras textiles. Ellas me pidieron que hablara del Encuentro a las mujeres de UTAA.

Días después, las mujeres de UTAA eligieron a Hilda Silva y a Isabel Gómez, para representarlas. Ellas explicaron las condiciones de vida y de trabajo en Bella Unión. Por primera vez escuchamos la consigna TIERRA PARA QUIEN LA TRABAJA, traída por estas compañeras al Encuentro Nacional de Mujeres Trabajadoras.

Esos fines de semana aprendí mucho en el intercambio.

Andrés se iba por la noche a alguna reunión en el pueblo, en la que yo no participaba.

–Eso es cosa de hombres –decían ellas.

–Quédate con nosotras.

Y me quedaba en el barrio, compartiendo algún pan casero recién hecho. Me invitaban a dormir a su casa. Conocí sus familias, su forma de vivir, sus ranchos y el olor a leña de sus hogares, que me llevaba a mi casa, para recordarlas durante la semana.

En el sindicato era diaria la rueda de mate. A veces traían buñuelos o tortas fritas. Relataban distintos casos. Contaron tantas cosas, que se llegó a pedir una inspección sanitaria que nunca se realizó.

Los patrones abusaban del uso de insecticidas, venenos con los que sulfataban las plantas. A las obreras les provocaba alergia en manos y ojos, vómitos y erupciones en todo el cuerpo. Terminaban en la consulta, en el hospital y tenían que dejar de trabajar.

Durante los días de cosecha bajo el sol, el calor era aplastante, de treinta a treinta y ocho grados durante las ocho o diez horas de trabajo a destajo.

La zafra era esperada con alegría y angustia a la vez. Tenían que ser muy rápidas, explicaban, porque los tomates maduran todos a la vez y en tres o cuatro días se puede perder una cosecha. Debían apurarse porque solo tienen esos días para hacer su salario. El tomate es delicado, no lo podés machucar ni arrancar de cualquier manera. Lleva su tiempo y pagan muy mal.

Algunas mujeres tenían que llevar a la quinta a sus hijos chiquitos. Los acostaban en los surcos, cerca de ellas, envueltos en unos trapos, tapándolos con ramitas verdes para que estuvieran fresquitos mientras dormían. Tenían que cuidarlos de los insectos que allí abundan, por el clima.

Me decían que alguna había parido a sus hijos en los surcos de tierra:

–Cuando sos de parto rápido y levantas un cajón podés romper agua y atrás viene el gurí, sin avisar – contaba una, con toda naturalidad.

Yo, como montevideana, estaba lejos de imaginar que en el Uruguay al que llamaban “la Suiza de América”, pasaran estas cosas.

Jacinta tendría unos cuarenta y cinco años, supongo, aunque algunas veces me equivoqué al calcular edades. Siempre parecen mayores, llenas de hijos, desgastadas por el trabajo y la vida.

La vi por primera vez una tarde, cuando la trajo otra zafra al ranchito del Sindicato.

Nos dijeron que el caso de Jacinta era urgente. Traía un papelito de pase a cirugía del hospital local para el Hospital de Clínicas. Tenía que viajar a Montevideo para operarse aquel enorme bocio, que señaló con la mano, aunque no era necesario; se veía que era del tamaño de un huevo de avestruz y le colgaba. Jacinta tenía grandes ojos saltones y enrojecidos por la

enfermedad avanzada.

Nos pedían que le solucionáramos el viaje, alojamiento y acompañamiento al Hospital de Clínicas. Yo traté de explicarles que eso teníamos que tramitarlo con el sindicato de ONDA, que era la única empresa de ómnibus que viajaba hasta Artigas.

Así lo hice: recogí sus datos personales y el pase médico. Después de una semana conseguí su pasaje de ida y vuelta a la Capital y se lo envié.

Una tarde, me avisaron que Jacinta estaba en Casa del Pueblo, esperándome. Cuando llegué me sorprendí: no estaba sola. En sus brazos sostenía una niña que padecía parálisis cerebral e hidrocefalia, según supe después. Piernas y brazos largos, finos y descarnados, manos y pies grandes, que colgaban como trapos, y una cabeza grande, frente ancha, ojos mirando hacia atrás sin ver y una boca babeante.

Jacinta sólo me dijo, a modo de saludo:

–No tenía con quien dejarla.

Yo no sabía que traería a esta hijita y tampoco sabía qué hacer. Sólo tenía previsto el alojamiento para ella y la visita al médico que la atendería en el Hospital de Clínicas. ¿Qué hacer? ¿Qué ganas de llorar! Cuando hablo de alojamiento no hablo de hotel: era la casa de alguno de nosotros, no teníamos plata para otra cosa.

La presencia de la niña lo cambiaba todo. Pensaba alojar a Jacinta en otra casa, cerca del Hospital, pero todo cambió, porque la niña necesitaba cuidados especiales. Eran las ocho de la noche, y pensé en mi madre. No le había comentado en que andaba, pero suponía que mi madre no me dejaría en la estacada.

Llegué a casa a cenar sin avisar, como tantas veces, acompañada por Jacinta, su hijita y un nudo en la garganta. Miré la cara de mi madre durante la cena para ver su reacción. En seguida supe que se podían quedar las dos en casa. Doña Rosa me hizo comprender que ella cuidaría de la niña. Yo sabía que mi madre tenía un gran corazón solidario.

¡Qué tranquilidad! A la mañana siguiente iría a la fábrica sabiendo que la niña quedaba en buenas manos y que otra compañera llevaría a Jacinta al hospital.

Cuando operaron a Jacinta nos quedamos con la niña en casa. Mi madre la trataba con cariño y le preparaba sopas nutritivas, papillas y frutas. Le daba mucho de comer porque la veía muy flaquita. La niña respondía con risas nerviosas; a veces apretaba la cuchara entre los dientes y era difícil sacársela. Respondía también al estímulo de las palabras cariñosas de doña Rosa. A los tres o cuatro días empezó a hacer un poco de fiebre, después temperaturas más altas y convulsiones, lo cual nos asustó mucho.

–Es un angelito de Dios –decía mi madre–. ¿Extrañará?

Llamamos a Isabel, la pediatra, esposa del compañero José Pedro Cardoso. Al ver a la niña, le dijo a mi madre que no le diera tanto de comer, que la niña estaba desnutrida y padecía raquitismo. Tenía cinco años y pesaba diecisiete quilos y tenía un sistema digestivo diferente al de un niño de su edad. Nos explicó que, aunque tuviera siete años, era como un bebé, y no aguantaría el cambio de alimentación, ya que la madre sólo le daba leche o agua con azúcar en mamaderas y muy poco sólido.

Seguía haciendo fiebre por las tardes y no movilizaba el intestino. Otra vez llamamos a la médica; vio que se estaba poniendo grave. La internaron en el Hospital de Niños. Teníamos a la madre y a la hija en distintos hospitales. A los pocos días murió la pequeña, de una parálisis intestinal.

En mi casa se vivió una jornada de duelo. No podíamos conformar a mi madre. Aunque Jacinta le había explicado, en conversaciones anteriores, que los médicos le habían dicho que la niña no pasaría de los cinco años, mi madre no podía aceptar que la comida le hubiera hecho mal.

–¡Si yo la preparaba con tanto cariño! –decía.

La velamos en casa de Andrés. Fue muy triste todo, había muy poquitas personas. Jacinta no hablaba, no conocía a nadie, sólo miraba y agradecía.

Se quedó unas semanas en casa de Andrés, recuperándose. Jacinta volvió al pueblo, operada y sin su hija.

A veces pienso en Jacinta. La imagino trabajando cada día, con aquella niña que “no tenía con quien dejar”, envuelta en trapitos, a su costado, en los surcos.

La salud es uno de los derechos irrenunciables de las mujeres trabajadoras, todo lo que ponga en peligro este derecho se debe denunciar. Es un tema de todos; está en nuestra vida cotidiana y debe estar en los espacios sindicales.

Vivir dignamente para una trabajadora no es solamente tener un salario decente, es también tener acceso al cuidado de su salud. Era una necesidad de antes y de ahora.

No es por casualidad que desde su fundación UTAA luchara por tener una policlínica en Bella Unión, al lado del Sindicato, integrada como parte de la organización. Ellos supieron verlo desde el principio.



Mitin político en la víspera del 1° de mayo en la Plaza Libertad. Detrás se ve a cañeros y cañeras de Bella Unión. María Julia está sentada al frente en la izquierda, Raúl Sendic está sentado delante a la derecha. También están presentes Delia Maldonado y Jorgelina Martínez. (Principios de la década de los 60) Fotografía: Archivo personal

La marcha

Aquí estoy, con una taza de té que me preparé a media tarde. Estoy sola, escuchando música. Seco cuidadosamente la cucharita con la servilleta de papel y como jugando, la hundo en el azucarero. Me entretengo mirando el movimiento que hace el azúcar, tan blanco, tan fino, tan dulce. Pienso. ¿Sabrán las mujeres montevideanas, el sabor amargo que tiene para algunas familias este azúcar?

El silencio de la casa me permite reencontrar recuerdos de mujeres que conocí hace ya tiempo.

Cuando las mujeres hablamos de nosotras, a veces decimos: “Nosotras, las amas de casa”. Nos referimos a un tipo de mujer, a un tiempo de mujer y nos incluimos. Pero yo sé de otras mujeres, otras amas de casa, otras madres, con otra suerte de vida. No es lo mismo vivir en la ciudad que en el campo. No es lo mismo tener tu salario que depender del salario de tu marido, del clima, de la zafra, o estar sin trabajo por largo tiempo. No es lo mismo tener tu casa que vivir en la tierra del patrón.

Revolviendo el azúcar en la taza, cierro los ojos y me parece que veo a algunas de aquellas mujeres. Las siento muy cerca, escucho otra vez sus relatos.

Esto no es un cuento, no puedo decir: “Había una vez...”. No, porque estas mujeres existen, están entre nosotras, dispersas en distintos lugares del país. A algunas de ellas las conocí en Bella Unión, Artigas, en 1963, a otras cuando llegaron en la Segunda Marcha a Montevideo con su familia, en 1964. Venían de Bella Unión, frontera con Brasil; el lugar más al norte de

nuestro país, lugar de tierras coloradas, de ágatas, de amatistas, las tierras ricas de los ingenios azucareros.

Como otras mujeres de los sindicatos montevidianos, formé parte del movimiento solidario. Conseguimos comida, abrigo, carpas y un terreno baldío para que se alojaran. Fue lo que pidieron: querían estar todos juntos. Montevideo era muy grande y desconocido para ellos.

Los cañeros hicieron la marcha a pie, buscando una solución a sus problemas. Llegaron con las manos vacías, igual que allá. No eran nómadas, ni desclasados. Eran obreros agrícolas de nuestro campo.

Los políticos y la prensa de derecha quisieron hacer circo de la llegada de la marcha.

La marcha de los cañeros asombró a los obreros de la ciudad: “los peludos” no llegaron solos, trajeron sus familias a correr su misma suerte, como allá. Su familia, sus hijos, eran todas sus pertenencias.

Las mujeres nos hablaron de otra geografía, de una frondosa vegetación, de un verdor vecino y ajeno, de un río que atardecía con puestas de sol anaranjado, que pintaba con ese color la tierra y la gente. Otro clima donde el verano es el calor y sus consecuencias y el invierno, sin trabajo, es frío y hambre.

–Se nos venía la hambruna. Por eso nos vinimos a pedir a los políticos la expropiación de tierras, para que se reparta entre las familias desocupadas, para poder trabajar todo el año y no depender solo de la zafra de la caña de azúcar.

Arrastraron su miseria de norte a sur. Atravesaron el país. Eran unas cuarenta familias. Traían una consigna: “Por la tierra y con Sendic”, su compañero. “El que camina adelante”, decían, refiriéndose a los carteles con la foto de Sendic que encabezaban la marcha.

–Raúl Sendic fue el primero que nos explicó qué es un salario, qué es una cooperativa, que hay leyes y que podemos pedir una expropiación de tierras.

Él, simplemente, les hizo entender que había donde trabajar todo el año,

que las máquinas se podían alquilar al principio y que la cosecha se repartiría entre todos, igual que el dinero recaudado.

–Cerca del pueblo de Bella Unión, hay treinta mil hectáreas que tienen buenas aguas y nadie las trabaja. Están llenas de yuyales, de chilcas.

–Eso es un egoísmo: no darla para que nosotros la trabajemos.

–Tienen dueño. Es de una sucesión, de la viuda de Silva y Rosas.

–Nosotros solo las queremos para trabajar, para comer.

Los cañeros querían pedir que el gobierno expropiara esas tierras y las administrara, y que el Ministerio de Agricultura se las entregara a ellos para trabajar. Así planteado era muy fácil de entender.

–¿Verdad? No se pierde nada. Hay que pedirlo en Montevideo, en el Parlamento, allí donde se hacen las leyes. Sí, es posible. Allá vamos.

No tenían dinero para el pasaje. Hacer la marcha a pie no era un problema, de a poco llegarían, decían.

–Estamos acostumbrados a caminar.

–Y aquí vamos.

–No nos podemos quedar de brazos cruzados, ¿esperando qué? Nuestros hijos tienen hambre ahora –explicaban a los grupos que se acercaban en el camino.

–No podemos esperar.

Las mujeres de la marcha contaron que se largaron a caminar, como si fuera una mañana cualquiera. Habían preparado los bolsos, el mate, el termo, la yerba. La bombilla y las galletas criollas fueron lo primero que se acordaron de poner en el paquete de viaje. Distribuyeron el peso, los ataditos, de acuerdo al tamaño de cada hijo. Les resultó fácil porque no tenían mucho. Los pañales, las mamaderas y la ropita, abultaban muy poco. Una manta, cruzada a la espalda de cada uno. Abrigo, llevaron todo el que tenían, o el que les prestaron los que fueron a despedirlos al rancho del Sindicato.

El grupo lo conformaban hombres y mujeres de todas las edades. Los

mayores tenían cincuenta o sesenta años, había adolescentes, niños y bebés.

Nombraron encargada del botiquín a una enfermera del pueblo, Ángela Álvarez que, junto a un joven que estaba haciendo el último año de magisterio, decidió acompañarlos.

Salieron por la carretera con la fresca de la madrugada, antes que asomara el sol. Al poco rato les saludó un rojo amanecer, con cantos de pájaros. Esas eran las últimas imágenes que recordaban de allá, del norte. Esas mujeres iban a vivir como cada día: sin casa, mal vestidas, casi descalzas.

Colectivizaron los comestibles que al paso del camino manos solidarias les hacían llegar. Amigos, que los acompañaban unos kilómetros y se despedían con abrazos.

Pintaban los muros: “Expropiación de las treinta mil hectáreas de Silva y Rosas”, “Reparto de la tierra a los trabajadores desocupados del Norte”. Los muros escritos iban quedando atrás, como testigos de su paso.

En esa marcha, las mujeres fueron las primeras en colectivizar: el cuidado de los hijos, las mamaderas, los llantos. También compartieron ilusiones y anhelos. Cada una esperaba lograr diferentes cosas de ese sacrificio.

–Cuando salía la marcha, aquella madrugada, junté los restos de comida que me quedaban. Fideos de distinta clase, un poco de arroz, un poquito de azúcar y lo entregué al paquete común. Pensé que lo que deseaba para todos nosotros era ¡la abundancia!

–Cuando escuché que había que llevar calzado y ropa cómoda, pensé que no tenía mucho para elegir. Yo deseo eso: no estar toda la vida pelada y ganar para comprar ropa para todos.

Ana María, de quince años, dijo riendo, que con conocer Montevideo ella ya tendría bastante.

–Desde que vivo con Don Lema en el Ingenio, ni muebles tengo. Una cama, una mesa de tablón y bancos de tronco que arrastramos del monte. Pero ella había visto la casa donde iba a entregar la ropa limpia, había visto que se podía vivir de otra manera.

–¡Qué cocina tenían! ¡Un lujo! ¡Qué muebles! Todos pintaditos. No sé cómo tendría dentro de la casa, yo entraba solo a la cocina. ¡Y qué cortinas! ¡Preciosas!

Ella sería muy feliz teniendo cada cosa en su lugar.

–¡Podés ponerle cortinas a la aripuca!

–¿Qué es una aripuca? –pregunté.

Ahora sí se reían todas con ganas. Se daban cuenta que las montevideanas sabíamos poco de cómo se vive allá.

Una aripuca, es un montón de ramas de caña puestas en forma de cono. Los cañeros, y algunas familias, duermen allí durante las largas semanas de trabajo. También los llaman benditos, porque parecen manos en posición de oración.

Charlando, la rueda se va agrandando. Unas sentadas o en cuclillas otras paradas. Dos de ellas cebando mates. Hablan de su vida y su deseo de vivir mejor. La esperanza asoma a los ojos oscuros y vivaces en las caras de sonrisa fácil. Por esas ilusiones caminaban hacia la Capital. Creían en un proyecto de ley que les permitiera trabajar, tener un hogar fijo, una casa y comida para todo el mes, todo el año.

En el camino, coreaban consignas, entonaban una canción o hacían silencio por largo rato. Pensativos, caminaban mirándose los pies; cansados, sucios de tierra, lastimados, vendados.

A veces, camioneros que marchaban en la misma dirección les llevaban las cajas más pesadas por un trecho y si había lugar, se trepaba alguna de las mujeres con los niños y esperaban al grupo unos cuantos quilómetros más adelante. Lo contaban a las risas, como niñas traviesas.

Cuando estaban muy cansados y el sol caía de plano al medio día, acampaban al costado del camino, si era posible en un lugar con sombra y un arroyo de agua fresca. Un grupo de hombres se ponía a cocinar.

Las mujeres aprovechaban para bajar al arroyo, a lavarse “por aquí y por allá”, lavar la ropa interior de ellas y de los hijos, los pañales, las camisetas

de los maridos. Las tendían en las ramas de los árboles. Los árboles quedaban florecidos de calzones de todo tamaño y color. Se quedaban un rato con “las patas” en el agua que corría. Pies con ampollas sangrantes se refrescaban allí. Se probaban las ropas de otras mujeres que se acercaron a darles ropa usada. Allí quedan, recogiendo el lavado, cambiándose de ropa y comentando las cosas que veían y oían de la gente que se acercaba y les preguntaba por el motivo de la marcha. Lavaban a los niños y los mandaban a sentarse con los demás, a esperar la comida que hacían en grandes tachos. Después de comer se estiraban en el suelo a dormir la siesta a la sombra, con la gurisada, cara al cielo mirando las hojas de los arboles.

Se oía algún llanto de gurí, que extrañaba a la abuela. Los más grandecitos preguntaban cuántos días iban a estar en la capital, si iban a vivir en una casa.

En los descansos los niños se agrupaban alrededor del maestro, que organizaba juegos. En una caja de cartón guardaban los lápices de colores, cuadernos, libros de cuentos, crayolas y plastilinas. Dos de los niños mayores se ocupaban repartirlos y recogerlos al final del juego.

En otra caja de cartón, guardaban los regalos que les daba la gente y que también se vuelven colectivos: autitos con tres ruedas, muñecas rengas, libros de cuentos con alguna página de menos, maravillas que esos niños nunca habían visto, caramelos con papeles lindos que el maestro les pedía que no tiraran porque los aprovechaba para hacer manualidades los días de acampada.

El círculo de los niños era el más barullento, era imposible hacerles hablar en voz baja.

Mientras descansaban, antes de empezar la caminata nuevamente, algunas carcajadas recorrían el tendal de trapos y gente desparramada.

Los sindicalistas de los pueblos a los que iban llegando, salían a las afueras a recibirlos y les buscaban un campo baldío para acampar.

Allí empezaba todo otra vez; hacer fuego, conseguir agua, víveres, realizar las entrevistas con las radios locales y los sindicatos. A veces se conseguían locales para que durmieran por la noche los niños y las mujeres.

Durante el día estaban todos juntos.

La solidaridad llegaba en ropa, comida, abrazos, apretones de manos, adioses y bienvenidas. En cada lugar se repetían las mismas escenas.

Cuando dejaron atrás el cañaveral de Artigas fue cambiando el paisaje. Al entrar a Salto el camino fue llenándose de naranjales y limoneros. Cambiaron los colores, los olores, las frutas, los sonidos, había más tránsito de autos y camiones en la carretera. Los niños jugaban a elegir autos y colores, “Este es mío... El que viene allá es mío”. Les alcanzaban cajas con naranjas, para el camino.

Después que cruzaron el río Queguay, apareció Paysandú, tan movido, tan industrial y comercial.

En el puente los salieron a alcanzar los obreros de Paylana, Paycuero y personal del hospital. Llevaban cajas con comestibles que habían juntado para los días que los cañeros acamparan en Paysandú.

–La olla sindical –les dijeron– está asegurada.

En Paysandú el abordaje de los periodistas fue más concreto. Algunos que venían en busca de la noticia, terminaban asumiendo un compromiso personal con la causa.

La enfermera se acercó a los periodistas y pidió medicamentos y que algún médico se acercara al campamento. Lo pidió en voz alta, en grupo, como en un mitin. Ángela ya no era tan tímida.

La gente de Paysandú fue muy generosa. El hospital brindó toda clase de asistencia, vacunaciones, atendió alguno que otro dolor de muela.

Aparecieron problemas de salud no previstos. A solas, la enfermera me comentó que la prostitución en los pueblitos fronterizos, muchas veces, es un trabajo casi normal que completa el salario familiar. A veces, la sífilis es la herencia. Es difícil detectarla cuando no hay asistencia médica.

Después de pasar unos días en Paysandú, continuaron el quehacer diario de avanzar cada día, cuanto más, mejor. Los médicos les habían aconsejado que controlaran la alimentación, que comieran fruta y verdura, controlaran

la tensión arterial, que buscaran supervisión médica en los pueblos en que acamparan y que bebieran agua, mucha agua.

Me gustaba mucho escuchar ese hablar fronterizo, mezcla de palabras portuguesas y castellanas. Tonos dulces y melodiosos, en las bocas desdentadas.

Explicaban sencillo, a los periodistas, que allá en el norte crece el hambre y crece la rabia, la impotencia de los trabajadores, que hay tierra y no hay trabajo.

Contaban que la muerte visita a los niños en verano, diarreas, parásitos, mal de ojo.

–¿Curarlo de mal de ojo? Lo que tiene es hambre –había dicho la curandera–. No me lo traiga doña, es comida lo que le hace falta al gurí.

Tranquilas, sin saberlo, hablaban de reforma agraria, porque eso de repartir las tierras para trabajar... era lo que quería Artigas, ¿no?

Ignorantes de política, hablaban de política y se volvían subversivas.

¡Y ellas sin saberlo!

Treinta mil hectáreas verdes, prolíficas, hojas de savia y sangre humana tiñendo el suelo de tierras coloradas. Todo al alcance de la mano, pero tiene dueño. Tierras vírgenes puestas por Dios allí, pero tienen dueño. No las pueden trabajar. La tierra les besa los pies, pidiendo ser fecundada, pero no los dejan.

Y los niños mueren de hambre.

De a poco fueron acortando distancia: Fray Bentos, Mercedes, San José.

Días que pasaban lentamente, cansadas las piernas y el corazón agitado.

Daban charlas al costado del camino a los grupos que se acercaban, a estudiantes, a obreros, a maestros, a enfermeros a grupos de las parroquias. Hacían conocer otro Uruguay. Los escuchaban en silencio porque esta gente hablaba distinto, tenía propuestas concretas y formas diferentes de hacer sindicalismo.

En cada lugar recibían una borrachera de bienvenidas, de adioses, sonrisas y lloros de gente que no conocían y que se emocionaba al verlos pasar. Estaban orgullosos, ilusionados, convencidos de que lo que hacían era bueno,

era justo. No mendigaban nada, solo explicaban que querían trabajar para vivir dignamente, como se merecían.

Era tan fácil de entender.

Los gremios de Montevideo anunciaron su llegada. Mucha gente salió a esperarlos a Plaza Colón. En Belvedere se hizo un acto donde hablaron dirigentes sindicales de Montevideo y cañeros de Artigas.

En ese otoño gris, húmedo y lluvioso, se instalaron en un terreno baldío en la calle Cuñapirú cerca del Mercado del Abasto y de la fábrica textil Alpargatas.

Levantaron unas cuantas carpas de lona. El terreno estaba rodeado por un muro como de dos metros de alto. Entraban y salían, atareados todos los días.

Salían en pequeños grupos a pedir verdura al mercado, para la olla común. Los puesteros colaboraban siempre. Recogían cajones de madera, que servían de asientos, de mesas y para alimentar el fuego.

Los hombres acarreaban tachos de agua de casas vecinas. Los llevaban entre dos, colgados de un palo de escoba que agarraba uno por cada punta y los volcaban en unos tanques más grandes, para todo uso.

En el ángulo del terreno más alejado, hicieron el pozo para hacer un baño con paredes de tabla y lo techaron con chapas.

–Todo es provisorio porque, apenas terminen las entrevistas en el Parlamento, nos vamos –decían ilusionados.

Los estudiantes de de magisterio, de asistencia social, de medicina, vendían bonos solidarios, para sostener la propaganda. Se ofrecían modestamente a trabajar en lo que fueran útiles, acompañaban al médico a quien lo necesitara, a hacer documentos de identidad a quien no lo tenía, a sacar el carnet de Salud Pública gratuito para poder atenderse.

Por las tardes los visitaban algunas obreras textiles, de FUNSA, vecinos, personas aisladas, que se acercaban solidarias al campamento.

Se mueven mucho, hay un gran ir y venir dentro del campamento.

Algunos llevan abrigos grandes sobre los hombros para protegerse de la llovizna que cae desde hace días. El trajinar de tantas personas amasa un gran barrial en el centro de la tolдерía.

Están muy ocupados. Salen y entran todo el día por ese agujero en la pared. Se turnan de a dos para hacer guardia en la puerta, tomando mate. Preguntan quién es el que llega, si es una delegación, apuntan en un cuaderno y uno de ellos los acompaña hasta donde está la comisión directiva, reunida alrededor del fuego. El mate circula, manteniendo las manos calientes. Saludos y empieza la reunión con los visitantes. Algunos tienen familiares en Montevideo o amigos que los vienen a visitar.

Los sindicatos montevideanos debieron tomar cartas en el asunto. Agarraron el tema como a una papa caliente. Se discutía método, estrategia, formas de lucha, no todos están de acuerdo con esa manera de presentarse en Montevideo, así, como una visita no anunciada. Algunos dirigentes se sintieron embretados y tuvieron que dar su opinión. El gobierno, por otro lado, no quería sentar el precedente de una expropiación de tierras.

¡Y ellas que lo tenían tan claro! ¡Era tan fácil de entender! Pero ellas no sabían de política. Están preocupados. Algo va mal. Muchas reuniones.

En general, son los hombres los que hacen las gestiones en los sindicatos y en el Palacio Legislativo, allí se nombró una Comisión especial para tratar el tema.

Hay periodistas que buscan a las mujeres y a los niños para fotografiarlos. Quieren mostrar las miserias de pagos alejados de la capital. Buscan esos ojos negro azabache y la mirada misteriosa de los niños de pelo negro y pinchudo, o los ojos almendrados y las caritas de risa fácil. A los niños les gustan las fotos, se despiden pidiéndoles una. No les importa en qué periódico saldrán, ni que dirán. Las mujeres contestan algún reportaje. La prensa da información a medias sobre lo que piden y no siempre publica las verdades que cuentan.

Los niños son muy cariñosos. Cuando llegás al campamento, se acercan, te rodean, si te conocen, te llaman por el nombre vienen corriendo, se te cuelgan

del cuello, como si te estuvieran esperando.

Las niñas grandes quieren saber que hacemos, donde trabajamos. Nos miran de arriba abajo, la ropa, los zapatos, nos abrazan.

Yo tenía que ser cuidadosa, visitarlos a todos, o al menos intercambiar saludos. Ellas me veían llegar y me esperaban para charlar.

Todas las tardes, de alguna carpa, sale ese olor característico de las tortas fritas. Unas amasan la harina con agua y sal, la moldean en las rodillas, y las cocinan en cuclillas frente al fuego. El fuego se arma entre cuatro piedras, apoyada sobre las piedras va una rejilla hecha con alambres cruzados que sostiene una sartén donde hierve la grasa de vaca. El olor de las tortas fritas atrae a muchos amigos que aprontan el mate y se acercan.

Las cuerdas que atraviesan el baldío en todas direcciones, sostienen un gran tendal de ropa mojada de todos colores y tamaños. Tarda días y días en secarse, cuando al final ya está seco, huele otra vez a humo y a comida.

Al atardecer empieza a caer el rocío y termina de mojar el piso de tierra, blando y pisoteado, amasado por los pies durante todo el día.

El rosario de fogones, armados cerca de la puerta de cada carpa, el olor a leña traída del mercado y las risas por algún cuento, mitigaban el frío; lo aliviaban hasta que llegaban el silencio y el sueño. Tres o cuatro compañeros vigilaban durante la noche que todo estuviera bien en el campamento, conversando bajo alrededor del fuego, con una manta sobre los hombros y esperando la vuelta del mate.

Hay mucho trabajo. Se forman comisiones: de limpieza, de almacenamiento y reparto de comestibles y ropa que llevan vecinos, sindicatos y parroquias.

Los estudiantes ayudan en la venta de bonos y en las manifestaciones casi diarias, alrededor del Palacio Legislativo. Paran el tránsito, reparten volantes, hechos por ellos mismos a mimeógrafo.

Los cañeros seguían adelante con su propósito, estaban seguros de conseguirlo. Preparaban entrevistas con distintos círculos sociales: sindicatos,

políticos, parlamentarios, y prensa. Se tuvieron que despabilar pronto y solos.

El movimiento fue creciendo. Mucha gente se incorporaba, sensibilizada con el tema, las parroquias juntaban comestibles y ropa... Era más que un sindicato, pasó a ser un movimiento generador de opiniones y se volvió peligroso.

Pasadas seis semanas no hay muchas novedades. Colacho llama a asamblea casi diariamente, en el centro de la toldería.

–¡Asamblea! ¡Asamblea!

Todos quieren saber qué pasa con las gestiones. ¿En qué está la solicitud de tierras? ¿Qué pasa en la Comisión especial que trata el tema de la expropiación? ¿Quiénes son los que se oponen?

Pero el gobierno está duro, no negocia. Se acabaron las conversaciones.

Las mujeres en la marcha

Las mujeres formaron también una comisión de trabajo.

Algunas delegaciones venían concretamente a verlas a ellas. Atendían las entrevistas, aunque al principio no todas participaban activamente. Algunas no se acercaban, tal vez por timidez. Pero todas observaban a los que entraban y salían. Luego preguntaban qué pasaba.

Montevideo les impactaba, les asustaba, intuían que algo malo podía pasar, miraban desde su carpa, llamaban a los gurises, no querían que les hicieran fotos.

—¡No! ¿Para qué? Para que se rían de nosotros. ¡No!

Hacía ocho semanas que habían llegado a la capital. Largas semanas sin respuestas.

La Comisión de Mujeres fue tomando cuerpo. Se sentían más seguras, estaban más ocupadas. Se sumaban a las entrevistas con los sindicatos o con los parlamentarios. Se permitían dudar y hablar en la asamblea. Fueron ganando espacios.

Las cañeras convocan a su asamblea golpeando las manos. De a poco van llegando todas a la rueda, en el centro del campamento. De pie, de piernas abiertas para tener más equilibrio, con los hijos chicos atravesados en la cintura y los otros colgados como racimos de uvas, se reúnen al pálido sol del mediodía. Son unas quince. Están preocupadas. Todas quieren hablar a la vez. Montevideo las decepcionó. Sólo las tranquilizan las manos tendidas de otros trabajadores que se acercan a diario al campamento. Algunas dicen que, si no hay respuesta

del gobierno, preferirían volver a su tierra, volver a como estaban antes, no perder la próxima cosecha, no quieren quedarse aquí a mendigar.

La Eva de Bandera escucha pensativa. Está doblando unas ropitas, sentada en su cajón.

Los niños se acercan al grupo para escuchar mejor.

La Eva de Almada también se acerca, despacio. Escucha con la mirada baja. Todas hablan fuerte, se entrecruzan los diálogos.

–Hay mucho barullo. ¿Por qué no hablamos de a una?

–Aquí la cosa se está poniendo difícil. No podemos esperar.

–¡Ahora hablo yo! ¡Carajo! –fuerte, para callar el griterío–. ¿Soy o no soy la presidenta?

Se ríen; es la China.

La China, tenía treinta y seis años. No fue a la escuela porque no tuvo tiempo, la vida se le vino arriba rápido. Según me contó un día, la eligieron presidenta de la comisión de mujeres del campamento, porque habla claro y no tiene pelos en la lengua. Sigue diciendo:

–No tenemos nada que perder. Bajamos a Montevideo a luchar para conseguir la tierra, no nos vamos a ir sin conseguirla. Hay que esperar un poco, tener paciencia.

–Hicimos ochocientos quilómetros a pie, familias enteras. Esta marcha la hicimos todos: hombres, mujeres y niños. Esto no es pavada. Si hay que esperar, esperamos –dice la Chela–. Tenemos que sacar la ley del Parlamento ahora.

La Chela Fontora tiene veintiséis años. Es de la Comisión Directiva del sindicato de UTAA. Todas están muy serias, pensativas, con un miedo que obedece más al presentimiento que a otra cosa.

–¿Hasta cuándo? –dice otra, con una voz aflautada y fina.

–Perderemos la zafra.

–¿Y los maridos en qué van a trabajar cuando volvamos? ¿Eh?

–¿De qué vamos a vivir?

–¿Y si no votan la Ley?

–Ellos están para ellos ¡y ta!

–No podemos esperar, yo estoy cansada. Allá puedo vivir en el rancho de algún vecino, mientras esperamos.

Sus voces se oyen, perdiéndose entre los sonidos de la gran ciudad. Como ecos, golpean en las esquinas y se multiplican en las puertas y las ventanas de los barrios montevideanos.

Se agregó el invierno, se fueron enfriando las visitas emotivas de los primeros días. Los montevideanos se acostumbraron a verlos por las calles. La prensa pasó la noticia a segundo plano. Ya no son novedad.

La prensa de derecha gasta muchos recursos para atacarlos, poniendo en duda la autenticidad del movimiento:

–¿Qué buscan los cañeros?

Cómo si no lo supieran.

Los sindicatos siguen discutiendo sobre los métodos, la estrategia y los hechos consumados. Todas esas palabras que no estaban en el vocabulario del grupo, en el diario vivir de las familias cañeras.

–¡Tan fácil que parecía todo!

–Trabajar para vivir.

–Solo pedíamos eso.

Niños y mujeres tienen gripe y bronquitis que no se curan fácilmente. Alguno es hospitalizado. Les hicieron radiografías, les reforzaron las vacunas.

–Otro clima –decían ellas.

–Aquí hay mucha humedad.

La solidaridad de los gremios no cesó. Los obreros de los frigoríficos organizaron la campaña del quilo: donación de alimentos no perecederos y de un quilo de carne por donante, por día. Lo hacían llegar diariamente al campamento. Pero todo se iba desgastando. Llegaba menos cantidad de otras donaciones.

Las pequeñas manifestaciones diarias por distintos barrios, ya no se

podían hacer sin autorización y mucho menos vender bonos solidarios por la calle principal de la ciudad o en la puerta de las fábricas. Les pedían la cédula, para intimidarlos.

–Solo queremos trabajar, allá, en nuestra tierra en Bella Unión, cerca de nuestras familias.

–No vinimos a mendigar a Montevideo.

De eso, estaban seguras.

Una mañana, al volver del mercado vieron que les habían puesto guardia policial en las esquinas del campamento, por la calle Cuñapirú.

Y empezó la provocación policial.

Ana María

La tarde del siete de mayo, un grupo de cañeros sale del campamento rumbo al Palacio Legislativo. Ese día se trata el tema de la Expropiación de Tierras en la Comisión Especial. Un grupo de compañeros se despide, “Hasta luego, ya volveremos” y sale por aquel agujero en el paredón del baldío. Dentro queda moviéndose la vida cotidiana.

Aquellos hombres de sombreros negros de paño y ropa mezclada entre gaucho y pueblerino, no pasan desapercibidos.

La policía tenía orden de no dejarlos llegar al Palacio Legislativo. Los persiguen empuñando sables, amenazando a todos los que se acercan y tengan aspecto de cañeros.

En el campamento, Ana María pide a dos chicas que la acompañen a la farmacia a buscar unas aspirinas. Su madre tiene un fuerte dolor de cabeza.

Salen a la calle las tres jovencitas. Caminan junto al muro, conversando animadamente, cuando ven llegar corriendo al grupo que había salido recién, gritando e insultando a sus perseguidores, policías de a pie y de a caballo.

–¡Gurisas, métanse pa’ dentro, que nos corre la policía!

Las muchachas, en la sorpresa, no atinan a nada, se quedan paradas. Los compañeros las agarran de la mano para entrarlas. Suenan disparos. Ana María grita y cae al suelo. El grupo se detiene bruscamente y retrocede para recoger a la joven. Con los puños en alto gritan:

–¡Asesinos!

Los policías se vuelven y desaparecen por una calle lateral.

Como pueden, entre cuatro o cinco, la llevan hasta la esquina. Ana María llora y grita:

–¡Mi pierna!

Paran un auto que los lleva al Sindicato Médico de Arenal Grande. Los demás entran para tranquilizar a los que al escuchar el balazo querían salir a ver qué pasaba.

Ana María Silva, de quince años, es la primera víctima de la Marcha. Era Ana, a quien le entusiasmaba llegar a la Capital, la que miraba todo con asombro, con alegría, con ganas de recorrer y conocer Montevideo.

Esa noche después que operaron a Ana María, la familia recibió la noticia de que la bala extraída había afectado arterias y ligamentos importantes y tendrían que hacer nuevas intervenciones quirúrgicas para devolverle el movimiento. La recuperación sería muy lenta.

Ese día se sumó otro herido de bala, en un pie, varios lastimados más y ocho cañeros presos.

No terminó. Al día siguiente llevaron detenido a Colacho Estéves uno de los dirigentes de UTAA, herido de un sablazo en la cabeza el día anterior. Lo procesan acusado de desacato. Estuvo preso veinte días en la cárcel de Miguelete.

Comienza la confusión, las dudas. ¿Quién provoca a quién?

En la prensa y en la radio, el parte policial explica que fue una pequeña manifestación no permitida, y que a un soldado se le escapó un tiro. ¡Qué otra cosa podían decir! ¿Un tiro y dos heridos de bala?

En el campamento, llanto y nerviosismo, acompañados de un fuerte sentimiento de miedo, rabia e impotencia, los puso frente a frente con la realidad

–¿Qué hacemos aquí? ¿Qué esperamos? ¿De quién?

Los cañeros y sus familias cerraron filas. Con Ana María internada y los compañeros heridos o presos tenían más motivos para luchar contra la injusticia.

Las mujeres se pusieron más activas, más alertas y participativas.

Lucharon desde el sindicato con sus hijos de la mano. Corrían la misma suerte que ellos. Ahora se incorporaba un grupo de mujeres a todas las entrevistas. Otras quedaban cuidando el campamento porque desde el Municipio les llegó orden de desalojar el predio.

Las cosas se iban aclarando, fueron viendo dónde estaba cada cual, fueron perdiendo la ingenuidad. Pensaron que ellas estaban lejos de la política y que en Montevideo, todo era de libros y leyes, de decretos y de comisiones y de investigaciones, de promesas y de olvidos. La pregunta de por qué estaban allí aparecía cada vez con más frecuencia.

Cuando iban a lavar tenían que mendigar el agua a los vecinos, que con lo que había pasado, con la confusión, venían menos por el campamento. Recordaban cuando lavaban en el río, la ropa se secaba al viento norte y tenía olor a sol y a árboles. Allá tenían mucho más espacio también a la hora de comer. Toda la naturaleza les pertenecía. Aquí, en pocos metros cuadrados, estaban encerrados entre los muros del terreno ajeno, sin intimidad, los gurises aburridos, llorosos y asustados.

El estudiante de magisterio se volvió a Artigas, tenía exámenes pendientes. Había colaborado durante toda la marcha y unas semanas más. Cuando se despidió fue muy triste para todos.

Ángela, la enfermera que los acompañó, se volvió al pueblo porque se enfermó su madre. Dejó a los estudiantes de medicina la caja del botiquín. A veces no había ni medicamentos ni estudiantes, luego se consiguió un médico que hacía las urgencias en su consulta privada, gratuitamente. Las estudiantes de servicio social acompañaban a los que tenían seguimiento a los hospitales de salud pública, para facilitar la gestión y no dejarles chocar con el aparato burocrático que se ensañaba con ellos cuando veía que eran cañeros.

El dueño del baldío presentó una orden judicial de desalojo. Al empleado del juzgado lo rodearon todos y lo escucharon tranquilamente. Leyó el papel y cuando terminó dijo:

-¿Quién es el responsable? Tiene que firmar aquí.

Todos se miraron. Hubo un largo silencio. La cara colectiva del grupo no movía un músculo. Y a uno se le ocurrió decir:

–No sabemos firmar.

Y un coro de voces reforzó:

–No sabemos firmar.

El empleado judicial sonrió y dijo:

–Bueno, dicho y no dicho. Tienen que buscar un abogado para que conteste este papelito, porque las cosas están difíciles para ustedes. Buenas tardes. Que lo pasen ustedes bien.

La Eva de Almada rompió el silencio. Llamó a los gurises que acompañaban al hombre de los papeles hasta el boquete de la pared.

–Gurises, vengan pa' dentro.

Aquel día se comió en silencio, se repartieron por familia las ollas con el guiso. El pan, en rodajas más grandes que otras veces. También había naranjas y manzanas que ellas trajeron del mercado. Un atado de perejil, en un frasquito oficiaba de florero en la cocina colectiva. En el fogón, central el tacho enorme que hacía de olla con el agua, calentándose para que cada uno pase a limpiar su plato y lo ponga a secar al sol, en una tabla que sirve de mesa y picadero.

La asamblea de mujeres se reúne en el centro del campamento. Lentamente van llegando con el mate recién hecho, humeante.

–Dicen que tenemos cuatro días para contestar el papel..

–A pie, digo yo, no vamos a volver al pueblo. ¿No? –pregunta una de las mujeres.

–Con la cola entre las patas, vamos a volver -dice otra.

–Y mi suegra que me decía, “No vayan, es peligroso...”, cuando nos vea volver con una mano atrás y otra adelante...

–Yo a pie no vuelvo.

–Tendríamos que vender bonos para sacar plata para los pasajes de todos y somos muchos...

–¡Es un montón de plata!... tenemos que vender un año... pa' sacar esa

plata.

–Tenemos cuatro días para contestar el famoso papelito. Esta va en serio, lo traje escrito por juez.

–Bueno.

–¿Qué vamos a hacer? Con mirarnos las caras, no ganamos nada.

–Tenemos que encontrar una solución. La cosa esta encaminada la comisión está trabajando dice otra.

–Si nos tenemos que volver, nos volvemos. Pero, aquí, nos tuvieron que escuchar.

–Y nos tuvieron que ver para ver cómo vivimos.

–Que unos queden aquí y otros nos vamos, como dicen los compañeros. Y seguimos luchando para conseguir las tierras para trabajar. Aquí y allá en Bella Unión, desde el Sindicato.

–¡Porque no podemos esperar!

El asalto

Se interrumpe la transmisión para dar una noticia.

–¡Último momento!

La rutina de la vida cotidiana de los montevideanos es sobresaltada por una noticia fuera de lo común.

Detenemos la tarea y escuchamos. El receptor de radio nos deja con cantidad de interrogantes que no podemos contestar. ¿Cómo? ¿Cómo es posible?

–Los cañeros de Artigas asaltaron un banco en Montevideo –dice el periodista.

No lo podía creer. Ellos no eran delincuentes.

–Fueron perseguidos, chocaron con el auto y fueron apresados –continúa el locutor–. Se recuperó el dinero, totalmente. En la persecución, los disparos de la policía alcanzaron a uno de ellos, que está en el Hospital Militar. Los otros dos fueron reducidos inmediatamente, cuando regresaban por su compañero, que estaba en el suelo, herido. El coche era un VW robado, la noche anterior. Los nombres son: Santana, de veintidós años; Castillo de veintiocho y Vique de veintiséis. Todos ellos son públicamente conocidos como dirigentes del sindicato los cañeros, que en este momento acampan en Montevideo.

–Parece que no sabían moverse en Montevideo y tomaron una calle a contramano. Fue muy fácil apresarlos.

El parte médico dice que el herido está fuera de peligro.

El abogado del Sindicato, José Díaz, que se presenta en la Jefatura de

Policía para informarse, queda detenido e incomunicado, también.

La policía rodea el recinto donde están acampadas las familias. Nadie puede entrar ni salir. Están incomunicados. Se les toma declaración, uno a uno, y registran el lugar en busca de armas inexistentes.

Amenazan con llevar a los niños al Consejo del Niño. Las madres se enfurecen. No saben si es verdad o si lo dicen por meter miedo, pero no están dispuestas a separarse de los hijos y no los sueltan de la mano.

Los sindicalistas y los amigos, atentos a lo que estaba pasando, damos vuelta a la manzana en pequeños grupos, para que nos vean y sientan que estamos allí. Así, caminamos hasta que la policía se retira del campamento. Entonces entramos.

–Se revolvió el hormiguero –dice una de las cañeras cuando me vio llegar con otras textiles, con un periódico en la mano–. No entiendo nada. Mejor dicho: cada vez entiendo menos. Dice que a la Celeste del Cachorrinho, Julio Vique, hoy la entrevistan en la televisión.

Nos piden que las acompañemos, a ir a ver la televisión en algún bar cercano, para ver a la Celeste. Solas no se animan a salir del campamento. Aceptamos y allá vamos. Nos dividimos en tres grupos para no llamar la atención. También se incorpora algún compañero.

–Todos calladitos –les dicen a los gurises–. ¡No pidan nada! Sólo pediremos para sentarnos y ya está. No hay coca colas. ¿Entienden? Sino, capaz que vienen los milicos otra vez y nos llevan a todos –le dicen a los niños, amenazantes, y me guiñan el ojo.

–Sí –dijeron a coro los gurises y se agarraron todos de las manos.

Me contaron que en algunos bares no las dejaron entrar; en otros las dejaron pasar con simpatía, pidiendo que se portaran bien. Los niños miraban todo: el mostrador, las botellas, los espejos, las sillas, pasaban la mano por la mesa de cármica. Miraban. Señalaban alguna cosa y se reían, tapándose la boca, tratando de hacer silencio y espiando a las madres para que no los rezongaran.

–¿A qué hora es? –preguntó el mozo–. ¿En qué canal?

Se acercó al televisor, que estaba alto, en un estante de madera, recostado a la pared.

–Empieza a las seis de la tarde. La Celeste se fue hace dos horas, la llevó una camioneta del Canal. Fue con dos compañeras.

–Sola no sale nadie del campamento –nos comentan preocupadas.

El mozo, cambia lentamente los canales. Cuando ven la cara de la Celeste, los niños señalan con los deditos, asombrados y callados. Ya estaba empezado el reportaje, no sabían cuánto rato había pasado. La enfocan en un primerísimo plano. Una sonrisa desdentada florece en su cara, que ocupa toda la pantalla de la televisión. Ella cierra, encandilada, un ojo.

–¿Usted sabía que se iba a producir un asalto cometido por los dirigentes del Sindicato, de los cuales su marido es uno de ellos?

Hay ironía en la pregunta.

Celeste, de a poco, se queda seria, el entrecejo fruncido y habla:

–Yo no sabía nada; todo estaba tranquilo en el campamento como todos los días. Sólo que estamos cansados de pedir y que nos mientan. En el campamento ya hay poco de comer, tenemos algunos niños enfermos. Desde hace meses estamos a la intemperie y hace mucho frío. Ya hace meses que estamos aquí, en Montevideo y nada. Los dirigentes también lo saben y sufren como nosotras. Se sienten responsables y fueron a buscar la plata. ¿Dónde está la plata? En el Banco, ¿no? Yo no sabía nada, Ninguno de nosotros sabíamos nada.

De las mujeres que estaban en el bar mirando el televisor, sale una reflexión que rompe el silencio:

–¿Qué hacemos aquí? ¿Qué esperamos? Vámonos.

Nos levantamos, damos las gracias al mozo que cuando salíamos llamó a los niños y les dio dos botellas grandes de refresco.

No podían esperar. Se sienten manoseados. Era todo muy sencillo de entender, muy claro. No entienden por qué aquí no lo entendían.

El regreso

El 29 de junio de 1964 despedimos a las familias de los obreros cañeros; regresaban a Bella Unión.

La Estación Central de ferrocarril de Montevideo se llenó de abrazos, besos y adioses.

El tren, cuando se puso en marcha, se llenó de voces:

–¡Por la Tierra y con Sendic!

–¡No podemos esperar!

–¡Tierra para trabajar!

Esos gritos de hombres, mujeres y niños que se alejaban con los puños en alto, asomados a las ventanillas nos estremecen, nos convocan a no dejarlos solos. Levantamos los puños nosotros también, repitiendo las consignas como nuestras.

Las palabras del compañero Camargo resonaban todavía:

–Empezamos una nueva etapa de nuestra lucha.

Aquí quedó una delegación representativa de UTAA para seguir las gestiones frente a la Comisión parlamentaria y los sindicatos montevidianos.

La gente volvió como pudo. Los dirigentes quedaron unos presos y otros en la clandestinidad, acusados de lo que no eran: “sediciosos”.

Regresaron con las manos vacías a Bella Unión y la experiencia del intento por vivir mejor.

Los que habían hecho la marcha quedaron en las listas negras y no consiguieron trabajo al llegar.

En un terreno se hizo la olla sindical para que comieran los desocupados y sus familias.

Con el apoyo del sindicato bancario, fabricaron un horno de ladrillos con que levantar la futura Policlínica Sindical en Bella Unión, que aún hoy existe.

Algunos no regresaron. Se perdieron en la ciudad, buscando trabajo. Sabían que allá lo tendrían muy mal; los esperaba la “lista negra”. Eran todos sospechosos, peligrosos, subversivos. Se llevaron el cartel colgado al cuello.

–¡El tal desparramo de los peludos! –me contaba la Eva de Almada, cuando la encontré años más tarde–. Unos pa’ Artigas, otros pa’ Treinta y Tres, a los arrozales, porque decían que había trabajo, otros pa’ Rocha, a probar suerte... a la pesca... ¡El tal desparramo!

El peine amarillo

Mi hijo menor vivió en silencio todo lo que nos pasó. Eso sí, no le gustaba ir a la escuela.

No quería salir de casa si no íbamos nosotros también, nos agarraba de la mano, tenía miedo a los señores con uniforme. Me di cuenta de eso un día en la playa, soplaban un fuerte viento y un marinero tocó el pito señalando la bandera amarilla: él se abrazó a mis piernas y lloró.

Una tarde, sus hermanos están en la escuela, él duerme la siesta y yo doblo ropa. Oigo el timbre y dos golpes secos en la puerta.

Abro la puerta, me empujan hacia un costado. Los nervios no me impiden decir:

–Un momento, tengo a mi hijo durmiendo en mi cuarto. Por favor...

Ellos llegan antes al dormitorio, me dejan pasar. Se despierta sobresaltado por las voces y después de un fuerte suspiro, mirándolos a todos, esas presencias extrañas, pregunta:

–¿De matar, mamá, de matar?

Yo lo abrazo contra mi pecho y lo saco de la habitación. Me quedo parada con él en brazos contra la pared, como me indican. Buscan en casa lo que no hay.

Me dan permiso para sentarme, con el niño, en la cocina. Preparo la leche y espero. Oigo conversaciones en el pasillo. Una vecina me grita:

–¡Voy a buscar los nenes a la escuela y los traigo a casa, a mirar los dibujitos!

Ellos, mientras, se instalan en las sillas del comedor dispuestos a esperar. Él, desde la cocina los observa en silencio. Yo, sentada con él en la falda, lo abrazo, para sentirme más segura.

Uno de ellos saca un peine de plástico amarillo y se empieza a alisar el cabello, entonces mi pequeño empieza a gritar:

–¡Mío, mío! –señalándolo con su dedito.

–¡No! –le contesto–. ¡No! Tu peine es igual que ese, pero está en el baño.

Pido permiso para ir con él a buscar el peine. Alguien, que parece que manda más, me autoriza. Aprovecho a secarle las lágrimas; ya no llora. Le lavo la carita y lo peino con su dichoso peine de plástico amarillo.

Se tranquiliza, poco a poco, y suspira. Volvemos a la cocina.

Ahora la casa parece muy pequeña, está toda ocupada, me está pareciendo asfixiante. Por el pasillo, oigo la conversación de la vecina y mis hijos mayores que, riendo, suben la escalera de prisa.

–Ya llegaron –pienso–. ¡Qué suerte!

La vecina me grita:

–¡Ya están en casa! Tomarán la leche aquí. Mándame al chiquito.

Pido permiso para dejar salir al niño. A él le explico que subirá solito, que allá lo esperan sus hermanos. Lo acaricio, le doy dos besos y él atraviesa el comedor. Se dirige a la puerta. Yo lo miro desde la cocina. Tres añitos. Tiene que ponerse en puntas de pié para alcanzar el pestillo. Él los sigue mirando a todos. En el momento en que va a cerrar la puerta, la abre nuevamente y le dice al del peine de plástico amarillo:

–¡Putá!

Cierra de un portazo y sale corriendo escaleras arriba.

Los compañeros del hombre del peine sueltan la carcajada, cuando éste se levanta rápidamente gritando:

–¡Guacho de mierda!

El que parece que manda más le dice:

–¿No se da cuenta que es un niño? Siéntese.

El del peine se traga la rabia, y yo siento regocijo y un nudo en la garganta.



María Julia con sus hijos: en su falda Felipe, a sus pies Ernesto y a su derecha José Conrado (Principios de la década de los 70) Fotografía: Archivo personal

Suipacha

Pasamos dos días en Paysandú en casa de un matrimonio amigo. A la mañana del tercer día, ellos nos dejaron en el extremo del puente que va de Paysandú a Colón (Argentina).

Mis tres hijos llevaban mochilas a la espalda y yo un bolso con ropa en cada mano.

El sol estaba alto; teníamos mucho calor. Mientras nos despojábamos de los abrigos, caminábamos despacio por el angosto costado derecho del puente, mirando al río Uruguay deslizarse manso.

Los niños estaban muy alegres pensando en el reencuentro con su padre a quien no veían desde hacía meses.

Hacía días que sabía que se había elegido esa frontera por la seguridad que ofrecía el compañero que nos llevó hasta la cabecera del puente del lado uruguayo. Al otro extremo del puente, nos esperaba mi marido.

En el trayecto, al vernos caminar por aquel largo puente, dos o tres autos pararon para llevarnos, pero yo me negaba, agradeciendo. Ernesto, de seis años y Felipe, de cuatro, luego que el auto se alejaba, decían que estaban cansados y se sentaban en el suelo, protestando porque no había aceptado subir al auto. Pero yo no aflojaba; no iba a correr el peligro de que nos detuvieran.

Empecé a cantar Manuelita y los dos más pequeños comenzaron a cantar.

–¡Chereñi, amigo, el pueblo está contigo! –gritaba Felipe.

–¡No! Es más lindo cantar Manuelita –decía yo.

Josecito que ya tenía doce años, se reía.

–Los van a llevar presos –les decía a los hermanos.

Nos acercábamos a la otra orilla. Las palmeras del lado de Colón, más cerca cada vez.

–El primero que vea a papá, tiene premio –dijo Josecito.

Los tres, a las risas, corrieron a encontrarlo.

El padre nos esperaba con un auto prestado por un amigo argentino. Había armado, cerca de allí, un campamento con toldos, una carpa, un fogón hecho de piedras en el suelo y dos o tres cacerolas. Los niños tiraron las mochilas y corrieron alrededor del campamento.

Felipe se cansó y vino a pedirle brazos al padre. Los hermanos lo miraban con deseos de hacer lo mismo, nos sentamos todos en el pasto en círculo, y empezaron las preguntas entrecruzadas de cómo esta allá y cómo está aquí, y dónde vamos a vivir y la escuela...

–¿Trajiste el pase para la escuela y para el liceo y las partidas de nacimiento de los tres?

Cuando los niños se durmieron hablamos con tristeza de lo que pasaba allá y aquí, de los compañeros y sus familiares, de todos los familiares y de los nuestros. José se veía cansado y preocupado.

A la mañana siguiente recorrimos los alrededores, disfrutamos la tranquilidad del lugar, el silencio, el verdor.

Me sentía segura otra vez, aunque la Argentina estaba muy revuelta y no había garantía ninguna de lo que fuera a pasar allí. Me explicó que por eso había alquilado una casita en la Provincia, en Haedo donde, supuestamente, pasaríamos más desapercibidos. La había conseguido un compañero socialista argentino, que conocíamos desde hacía muchos años y vivía a cinco cuadras de donde viviríamos nosotros. Allí no dirigíamos al día siguiente.

Del viaje a Buenos Aires, recuerdo que los niños reían mucho; estaban contentos y el padre también. Los miraba sonriente por el espejo retrovisor.

Yo estaba muy cansada: había desmontado mi casa sola, regalé muchas

cosas, otras, no recuerdo que fin llevaron. Eran cosas, nada más. Entonces bajé la guardia y el cansancio me venció. Dormí la mayor parte del viaje.

Atrás habían quedado los múltiples allanamientos, aquellos golpes en la puerta de la visita no anunciada, unas veces de día, otras de noche, metiéndose en mi casa sin pedir permiso, montando una ratonera, teniéndome a mí y a mis tres hijos de rehenes durante largas horas, sentados en mis sillas, utilizando nuestro baño, revolviéndome los cajones y los roperos buscando lo que no había. Sentada en algún rincón, esperando que mis hijos se durmieran, vigilaba las visitas, tratando de no demostrarles miedo...

Llegamos al Gran Buenos Aires pasadas las tres de la tarde. Los amigos nos esperaban con comida. Sus dos niñas, más o menos de la misma edad de mis hijos, enseguida empezaron a jugar con ellos.

Suipacha 888, Haedo, Provincia de Buenos Aires, Argentina.

Allí empezó otra etapa de mi vida, un nuevo hogar.

Ese mismo día, me di cuenta que mi madre y mis hermanas no podrían escribirme a esa dirección por razones de seguridad.

Un pasillo largo y angosto, al final de él, un alto portón de hierro de dos hojas pintado de negro, nos permitía pasar a lo que sería nuestra casa. Era viejísima; tenía techos de zinc y cielorraso de espuma plast, un gran fondo con dos árboles y un patio de baldosas cubierto por un parral. Todo era muy modesto pero parecía amplio y cómodo.

Nos dijeron que estaban encargados los colchones y que llegarían esa tarde. Desde Buenos Aires, otros compañeros nos traerían la ropa de cama. Los varones se quedaron a esperar y las mujeres fuimos a buscar las cosas de cocinar a casa de nuestros compañeros. Sentí que no estábamos solos, me encontré abrigada y pensé que la solidaridad existe.

Esa noche hablamos con los niños de la discreción y la seguridad, escucharon silenciosos. No sé si entendieron. Se enteraron que empezarían la escuela, para no perder el año escolar.

La casa tomaba forma. Los objetos iban encontrando lugar, igual

que nosotros. Compramos cuchetas para el cuarto de los niños, porque esperábamos la llegada de un compañero, que resultó ser Gargano.

Los días siguientes fueron tranquilos, conocimos el barrio, los lugares donde comprar, la escuela a la que irían y el liceo, que quedaba pasando la vía del tren por la estación Haedo, la plaza de deportes... Como era todo nuevo nos parecía lindo y seguro.

La palabra exilio no estuvo en nuestro vocabulario hasta que fuimos a sacar el permiso de residencia para anotar los niños en la escuela y poder trabajar nosotros. Encontré una enorme cantidad de uruguayos que estaban en los mismos trámites y se acercaban a hablar con José de las peripecias que estaban pasando. Las colas eran grandísimas. Me di cuenta que no era provisorio, por algunos meses como creía. La gente estaba nerviosa; el peronismo estaba revuelto y las calles inseguras. Ese era el tema central de las conversaciones de los uruguayos.

Por razones de seguridad, sólo José iba a los contactos políticos en la capital. Yo estaba de acuerdo.

La relación de pareja entre nosotros se había deteriorado. Yo quedaba en casa con nuestros hijos, sabía muy poco de sus actividades, él no me participaba de nada. Yo estaba triste y confundida.

Seguían llegando exilados a Buenos Aires. De eso si hablábamos y a la hora de los informativos escuchábamos la radio en silencio. No tuvimos TV hasta muchos meses después.

Pasaron dos meses. Los niños iban a la escuela y al liceo. Después de comer yo me metía en la cama, lavaba los platos a última hora de la tarde, antes de la cena. El día no me alcanzaba para arreglar los cuartos. La depresión entró silenciosamente sin que me diera cuenta. Tenía pesadillas con familiares y amigas. Estaba totalmente aislada, no tenía noticias de mis compañeras textiles, no sabía de Jorgelina ni de Delia. Se me cortaron todas las comunicaciones, perdí mi país, mi familia, las amigas, las compañeras. Atrás quedó mi militancia sindical y política. Sola, no me animaba a tomar el tren y mucho menos el

metro. José me decía que fuera al “Once”, pero yo no era capaz de salir, me parecía que me perdería entre tanta gente. A penas lograba andar por el barrio.

La depresión me halló ahuecada en la cama, el lugar donde me sentía más segura. No sé si dormía, si soñaba, no recuerdo si pensaba en lo que estaba viviendo.

Cuando los hijos volvían a las cinco del colegio, me ponía en marcha como una autómatas. Me encargaba de la ropa y de la limpieza de la cocina y el baño. El padre, si estaba en casa, se ocupaba de las compras, de cocinar a medio día y de dejar algo en marcha para la noche. Por suerte siempre le gustó cocinar.

José estaba más distante cada día. Llegaron los largos silencios.

La culpa, un sentimiento que no había conocido antes, llegó y se apoderó de mí, estrujándome el pecho.

Culpa de marchar del país, porque me salvaba, culpa de ser mala madre porque les quité a mis hijos las abuelas, los tíos y los compañeros de escuela. Culpa por los compañeros desaparecidos, muertos y presos.

Culpa, culpa y más culpa.

Viviendo el miedo

Mayo de mil novecientos setenta y seis. Los Falcon recorren las calles de Buenos Aires; las fuerzas represivas marcan presencia como paseando, siseando como las serpientes sobre la tierra seca. Se ocultan detrás de los vidrios oscuros. Los peatones siguen caminando como si unos y otros fueran invisibles, pero el sonido de ese auto es inconfundible. Te sigue despacio. Sentís la mirada en la nuca como si un dedo invisible te tocara. El sonido te presiona el hombro, toma cuerpo y se hace presencia.

Fue un año terrible. Fueron capaces de matar a Gutiérrez Ruiz, a Michelini... Desaparecían adultos y niños. Asesinatos, desapariciones de uruguayos y argentinos. Insomnio, el oído y los músculos alertas. Los compatriotas cambian de viviendas: el desparramo otra vez.

Los compañeros del Partido Socialista resolvieron que, por estar su vida amenazada, el padre de mis hijos tenía que marcharse a España. Como hijo de español consiguió pasaporte.

Yo quedé con mis hijos, sola, en Haedo, en la provincia de Buenos Aires. ¿Qué hacer? Los dos más chicos en la escuela primaria, el mayor cursando segundo de liceo y yo asistiendo al liceo nocturno.

En el pueblo trabajaba en negro vendiendo ropa de niñas y de bebé en las pequeñas tiendas del lugar. Teníamos poca producción, artesanal, a medias con una compañera. Lo poquito que producíamos se vendía enseguida, cinco o diez prendas, y salíamos a comprar madejas de lana o unos metros de tela para los vestiditos.

Miedo, sí, mucho miedo pero había que hacer de tripas corazón tenía mucho que cuidar, como todas las mujeres.

Por correo acordamos con el padre que todos terminaríamos el año escolar y luego regresaríamos a Montevideo, porque en ese momento yo tenía más miedo en la Argentina. En Uruguay sabría moverme mejor; con familia y compañeros estaría más segura.

Fueron los meses más difíciles para mí: andar en las calles con muchas precauciones; la puntualidad... No había lugar para las improvisaciones, eso lo tenía muy claro. No me sentía tan sola, tenía a mis hijos que me daban seguridad y los compañeros, con quienes no dejaba de comunicarme, trayéndome la información y correspondencia en mano propia.

Hasta que una noche de diciembre de ese mismo año, a la hora de salir del liceo nocturno para adultos donde yo cursaba segundo curso, encontramos a la directora de pie en la puerta del local y nos pidió que no saliéramos todavía, que un poco antes, un coche con vidrios oscuros, abrió la puerta de atrás y, desde adentro, alguien tiró un cadáver en la misma puerta del liceo. Agregó que había llamado a la ambulancia, que volviéramos al aula hasta que lo levantaran y se lo llevaran. Que luego saliéramos en grupos, de acuerdo a la cercanía de nuestros hogares.

Esto sucedió en el mismo Haedo, en provincia, supuestamente un lugar más seguro. Faltando pocos días para terminar las clases, comprendí que era cuestión de tiempo. Nada era seguro.

Otra vez quedé en la retaguardia. Los días pasaban más lentamente que nunca. Me tocaba desmontar otra casa, por suerte una amiga se quedaba por las noches a dormir con nosotros. Otra vez vender lo que pudiera y regalar el resto Como pasó en Montevideo, me quedaba solamente recoger los pases escolares. Tuve la tranquilidad de que mi amiga los recogería y los enviaría por correo.

Por otro lado, el padre de los niños, preocupado por lo que se estaba viviendo por estos lados, nos mandaba buscar. Pero nosotros no teníamos

pasaporte para viajar a España: teníamos que llegar a Montevideo de cualquier manera. No era fácil: antes de irnos a la Argentina ya me lo habían negado, a mí y a mis hijos, chantajeándonos para que no saliéramos del país. Pero lo volvería a intentar.

El último día de clase les dije a mis hijos que volveríamos a ver a la familia, a las abuelas, cosa que los puso contentos, pero otra vez perdían los amigos. Felipe con cinco años fue el más explícito. El había plantado semillas de zapallo y tenía una gran calabaza en crecimiento.

—¿Qué va a pasar con mi zapallo? ¿Quién va a cuidar a Bandido, mi perrito?

Fuimos con los bolsos a la Chacharita, a casa de compañeros, a esperar, por qué vía viajaríamos a Montevideo. Los compañeros nos sacaron pasajes en el Vapor de la Carrera que parecía lo más seguro, porque en vísperas de Navidad salía repleto de gente.

Llegamos a Montevideo. Nos esperaba mi cuñado. Los niños, contentos, pensaban en los regalos de Navidad que les prometía su tío Luis.

Otra despedida más

El puerto tiene un olor especial. Siempre lo vi desde el otro lado de la bahía, desde el Cerro donde vivía. Lo sentía tan lejano... y aquí estoy hoy, en el centro de esta espiral que me trae, me envuelve, me aleja y me acerca. Aquí, entre un montón de gente, maletas y niños saltando y riendo.

Unos se van, otros se quedan, se abrazan, se tironean de la ropa, reteniéndose.

Vigilo las maletas donde van los recuerdos, las fotos, algunos libros que eligieron los niños y algún juguete del que no pudieron despedirse. No permito que mis hijos se alejen de mí, tengo miedo de que se pierdan entre la gente o caigan al agua.

Me doy cuenta que transpiro y estoy temblando. La gente se saluda, otros lloran. Se abrazan con fuerza.

Miro alrededor. De un lado paredes grises galpones y guinches, a mi espalda una pared se alza ancha y gris con pequeñas ventanas donde no se asoma nadie. Esta pared se mueve, se balancea, cruje. El vaporcito que arrastró y trajo hasta aquí esta pared nos saluda dando pitos y bocanadas de humo. La deja frente al muelle, lo más cerca posible de la orilla y se aleja lentamente. Como un gran dragón que dormitando nos espera y sabe que no nos resistimos, estamos entregados mansamente a este viaje no esperado.

Me muevo en silencio, me trago las palabras, veo la gente que también se mueve en silencio, veo las abuelas que miran sin palabras. Los nietos son de todas. Las mujeres mayores se multiplican, los niños también, los que se

quedan y los que se van son de todas. Todos somos de todos y de todas.

Somos una masa que late y respira al unísono, todos juntos allí, hacia distintos destinos.

Un estridente pitar nos sobresalta. Se mueven las formas, los grupos se acercan y se alejan. Es como si mirara por un gigantesco caleidoscopio.

Se despiden.

El segundo pitar anuncia que el gigantesco dragón poco a poco se despierta y nos tragará uno a uno para dejarnos, dentro de muchos días, lejos, muy lejos. Esa gran pared abrirá su boca.

Los besos, las caricias, el latido agitado de mi corazón. Hay que irse: para rescatar las palabras, el color, el oído la vista.

Subo la escalerilla. Se mueve y yo tiemblo, custodiada por seis manitos que me guían y aseguran. Ellos no tienen miedo de ser tragados. Miro hacia atrás y la vista se me nubla. De pronto todo toma color, la masa late y respira con nosotros, nuevamente, las miradas los adioses se hacen cercanos, no es despedida, los gritos traen un hasta luego multiplicado.

El Pesquero

Desde allá lejos, desde Barcelona (España), a veces quiero recordar el cielo y el verano del Uruguay...

A cinco kilómetros del pueblo, entre los médanos y el océano, están los ranchitos de paja de los pescadores. Fueron construidos por los pescadores en la misma playa, con troncos de eucaliptus, juncos, cañas y tablas que trae el mar. El aire los atraviesa como a un colador.

Andrés iba todos los años y había hecho muchos amigos allí.

El año anterior se había entusiasmado con la idea de formar una cooperativa de pesca, pero los pescadores no la creyeron necesaria; estaban acostumbrados a que cada familia trabajase para si.

Aquel enero, Andrés nos prestó el rancho.

El lugar era espléndido. El verano permitía que nos quedáramos hasta tarde por las noches, disfrutando el espectáculo que nos anunciaban los pescadores del lugar. Se escuchaba el sonido del mar, la oscuridad nos regalaba un cielo tan estrellado como nunca habíamos visto y las olas llegaban a la orilla con espuma fosforescente.

De mañana, pasaba una señora que vendía pan y unos bollos dulces muy ricos, recién hechos por ella.

Adentrándose en el océano se conseguía pesca mayor: atunes, tiburones, etc.

Los pescadores salían al mar en unas embarcaciones endebles, de madera, que no se podía creer que entraran unas millas en el océano. Cada día

se jugaban el regreso.

Cuando salían al mar, tiraban las redes y las dejaban allí, amarradas a las boyas, durante dos días, luego iban a recogerlas. Cuando los enormes animales atrapados, cansados de luchar se atontaban, los arrastraban hasta la orilla y los remataban a palazos.

Entreveradas en las redes aparecían manta-rayas del tamaño de un paraguas abierto, que, peleando entre la vida y la muerte, sacudían peligrosamente su cola venenosa; los pescadores la cortaban con un solo golpe de machete.

Al llegar las embarcaciones a la orilla, todas las mujeres corrían hacia ellas con ganchos y cuchillos. Luego llegaban los cerdos y los perros y por último, los niños pequeños. La faena empezaba ahí mismo, cortando el pescado en lonchas. Trabajaban con rapidez. Tiraban las vísceras a los cerdos que comían ruidosamente, gruñendo. Los perros, aprovechando la distracción colectiva, corrían a las gallinas que intentaban acercarse.

Alrededor de los ranchos, en los médanos, grandes caballetes de madera, sostenían las tablas rústicas donde colocaban las grandes lonchas de pescado que allí mismo salaban, colgaban y dejaban secar al sol días y días, dándolas vuelta y recogiénolas por las noches para que no se humedecieran con el rocío. Así elaboraban el bacalao. Eso y remendar las redes que llegaban rotas, era trabajo de las mujeres.

Las mujeres no participaban en la comercialización del bacalao:

–Es cosa de hombres –me decían, alcanzándome un mate–. Nosotras no entramos ni salimos.

Me contaron que el precio siempre lo fijaba el intermediario, que es quien tiene los camiones y el dinero.

El intermediario esperaba en la carretera. Algunas familias estaban mejor económicamente y tenían caballo y carro propio, para transportar el pescado hasta la carretera que quedaba a tres kilómetros. Los demás caminaban con su pescado a cuestas.

Los pescadores se sienten con las manos atadas: sin locomoción y lejos del mercado donde se fijan los precios. Siempre son los que ganan menos y arriesgan más, hasta la vida arriesgan en el mar.

–Vos no tenés otra forma de venderlo, tenés que morir en el intermediario –decían.

Las mujeres conseguían su dinerito, el que era de ellas, juntando mejillones entre las rocas del Cerro Verde, empapándose de la cabeza a los pies y resbalando peligrosamente en las rocas verdosas de musgo, muy filosas.

Cargaban las pesadas bolsas de arpillera repletas de mejillones sobre sus espaldas, doblando el cuerpo y caminando por la orilla del agua hacia los hoteles compradores, que se encontraban a cuatro o cinco quilómetros de distancia. Parecían hormiguitas, tambaleándose con su carga de treinta o más quilos. Caminaban descalzas, abriendo muy bien los dedos de los pies, para mantener el equilibrio. Lo que ganaban se lo gastaban en el Chuy, comprando alguna blusa, dulces, enlatados, yerba, azúcar, aceite.

–Cuando hay cambio de luna, y hay bajante marina, se pueden sacar muchos más mejillones; entonces el precio es cada día más bajo. Los hoteles tiran abajo los precios y los camioneros se aprovechan, pagando cada día menos.

Ellas van dejando la carga al borde de la carretera. Si el precio no le conviene al camionero, se los deja pudrir al sol; así que cuanto más mejillones, menos se les paga. Al final, ellas tienen que aceptar el precio para salvar los días de trabajo y la mojadura.

–Mierda, nos pagan mierda.

Este trabajo es propio de mujeres o de los muchachitos que acompañan a sus madres, que por su edad todavía no salen al mar. Muchas de estas mujeres padecen problemas de columna y prolapso. Pero todos, en general, son fuertes de salud, son parte de la naturaleza del lugar, rostros curtidos por el aire salado del océano y mejillas enrojecidas por el sol.

Los niños pequeños juntan mandíbulas de tiburón, estrellas de mar,

caracoles, vértebras de tiburón con las que hacen collares para vender a los turistas que llegan al pesquero, para adornar las casas de Montevideo. Los visitantes se acercan con sus cámaras, los fotografían, y les dejan algunas monedas.

Durante el invierno, por la orilla del mar, por la arena dura, van cada día a la escuela del pueblo. En grupo, acompañándose como los pececitos, caminan esos cinco quilómetros. Regresan recogiendo estrellas de mar y caracoles para vender cuando llegue la temporada de los visitantes. Mientras tanto, sus padres y madres tejen y remiendan las redes, preparando la faena diaria.

Regreso sobre mis pasos

Diciembre de 1994. Llego a Bella Unión, una pequeña ciudad del Norte de nuestro país, en Artigas, buscando algunos recuerdos perdidos por allí, hace ya treinta años, rostros, sonrisas, amigas.

Amanece. El pueblo no cambió tanto. Compramos galletas para el desayuno. Charito me pondrá en contacto con las mujeres que quiero entrevistar, aquellas de la marcha del 64.

Ana María Silva, la que recibió el balazo en la pierna, aquella adolescente que llegó a Montevideo en la marcha cañera, con ilusión de ver la capital. Hoy tiene treinta y ocho años. Me recibe en su casa, está contenta de verme y me cuenta que tiene cinco hijos, tres de los cuales están casados. ¿Qué fue de las mujeres del Sindicato de U.T.A.A.? ¿Dónde están?

En su rancho hay cinco niños entre uno y doce años, dando vueltas, riendo o peleando.

–¡Sacando de las casillas! –dice.

Los dos mayores son de ella, los tres pequeños de la hija, que trabaja lejos, en la Barra de Cuaraf y Ana María se los cría. Tiene cinco “crianças” a su cargo.

El marido, desocupado, va haciendo changas donde puede y como puede. Me dice que en Montevideo él trabajaba en muchas cosas, pero aquí está difícil.

Ana pasó seis operaciones en la pierna, estuvo largas temporadas internada en Traumatología. Tenía que estar en Montevideo...

–...Por lo de los médicos. Vivíamos en el barrio Borro. Nos volvimos a Bella Unión hace ocho años, porque creíamos que había más trabajo y porque pensábamos que era mejor para criar los hijos aquí, pero sólo encontramos el hambre y la desocupación.

Ana también trabajó, aquí y allá, de doméstica.

Cambiando de conversación, me dice que está cansada de médicos, que la última vez le dijeron que le tenían que fijar el tobillo de la otra pierna, porque lo tenía muy mal, por caminar torcido y que la columna la tenía totalmente desacomodada, por lo mismo. Pero ella no aceptó esa última operación, que significaba que quedarían rígidas las dos piernas para siempre. Eso no lo aceptaría jamás, dijo, preocupada.

Estaba cocinando una salsa de tomate. Una simpática sonrisa no abandona su rostro al mirarme. Estábamos sentadas debajo del parral. Su marido atendía con cariño a los niños, para dar tiempo a nuestro encuentro.

Ana tiene el pelo atado con un pañuelo verde que deja ver un pelo negro con algún mechón entrecano. Viste una blusa larga blanca y una falda floreada. Un delantal gris ata a una mujer preocupada por su cuerpo y por su salud.

–Tuve que adelgazar quince kilos este año, porque no caminaba ya. Trabajé aquí de limpiadora en una panadería, por las galletas, el pan y la leche, pero no pude aguantar. Ahora estoy en casa. Gestioné hace dos años la jubilación por invalidez; estoy esperando. Dicen que me saldrá por unos cuatrocientos pesos... ¿Qué hago con esa plata? Nada.

–Sé que terminaré a los cincuenta años, postrada en una silla, porque cada vez tengo más dolores de huesos y tomo más calmantes, pero ni plata para medicamentos tengo, ya se sabe, primero está la comida.

¿A quién le reclama ella esa invalidez, por el balazo recibido a los quince años de edad, por un policía que ni siquiera sabe quién es? ¿A quién le reclama? ¿A qué gobierno? ¿A qué institución?

Los niños juegan, corren alrededor de la casa, con paredes y sin techo. Su marido levantó paredes hasta la viga, pero no lo pudieron terminar. Corren

detrás de un gato que les regalaron para aumentar la familia. Tienen las cosas tapadas con lonas, porque parece que va a llover... el verano vino llovedor.

Me pregunta por la Chela.

-¿La has visto?

-Sí, vive en Montevideo, a veces la veo.

Chela Fontora tiene ahora cuarenta y siete años, una hija de su primer matrimonio y un nieto. Pasó catorce años en la cárcel, en total.

Se había incorporado al movimiento tupamaro, cuando se dio cuenta que con las "marchas no alcanzaba para nada".

Cayó presa en 1970, la primera vez, como integrante del M.L.N. y dirigente de U.T.A.A.

Salió de la cárcel cuando salieron todos... en 1985.

Se casó nuevamente. Vive en Montevideo, porque tiene controles médicos regularmente. Ahora trabaja en temas sociales, en un organismo de ayuda a las mujeres maltratadas. Siempre fue sensible al tema y no tolera la injusticia. No se alejó de su gente. Está atenta a lo que pasa en el Norte... donde están los suyos.

Su hija está en el movimiento de mujeres que hicieron la marcha desde el pueblo Gomensoro, por fuentes de trabajo agrícolas, de esto hace ya dos años.

A la Chela la encuentro muy seguido en actos, acontecimientos sindicales y velorios. Sabemos que caminamos en el mismo sentido en el tema mujer. Escribió "Más allá de la pobreza", agotado rápidamente.

Cuando una vecina se entera que estoy allí, y hablamos de Chela, trae a su madre que me cuenta de aquella época.

Se agranda la rueda de mate...

Doña Lola, no fue a la marcha. No pudo, tenía dos niñas pequeñas y su marido trabajaba. Ya no estaba viviendo en la azucarera, se había casado con un policía que antes había sido obrero de la caña. Pero recuerda toda la preparación de la marcha, no se perdía un acto y aplaudía mucho a la Chela

Fontora, porque era jovencita y hablaba muy claro.

Doña Lola sabía de qué hablaba en U.T.A.A. y sentía la misma bronca, que sentían ellos, “los peludos”, porque ella también peludió, allá por el año 1948, cuando llegó con su familia desde Tres Cruces, departamento de Artigas.

–Cuando nos fuimos de allí nos decían los vecinos: “No se vayan a CAINSA, van al azucaral a agarrar un toro mundial”.

“Entorarse” es tener una pobreza muy grande, ni plata, ni trabajo, ni comida, nada. Eso es entorarse. Pero todos emigraban para las azucareras, que era trabajo nuevo.

–Nosotros también nos fuimos al azucaral, por la novedad. Nosotros trabajábamos muy duro, para ayudar a papá. La zafra dura cuatro meses, se trabaja a destajo, a un tanto “la lucha”.

–Una lucha es una cantidad prefijada de surcos trabajados.

–Por cada lucha te dan un vale, no te dan plata, después los canjeas.

Las mujeres trabajaban fuerte en la caña. Algunas cortaban caña a la par de los hombres, machete en mano, las mujeres solas, con hijos...

Mi madre estaba en casa, porque había niños pequeños. Mi hermana y yo despuntábamos caña, acarreábamos, carpíamos y a veces papá nos llevaba a “montear”.

Mi hermana y yo tuvimos suerte, porque después de dos años en “chacra” (limpieza del suelo alrededor de las plantas nuevas) dentro del cañaveral, nos llevaron a trabajar en la fábrica. Allí trabajé tres años más.

En la fábrica es distinto, pasan otras cosas, como en cualquier lugar, supongo.

Yo le pregunto:

–¿Qué cosas pasan?

–Cosas, aprovechamientos, abusos...

–Ahora se dice acoso sexual.

–Sí, recuerdo que teníamos otro trato las que trabajamos dentro de la fábrica. Los hombres de la oficina siempre se tiraban un lance.

Sonríe.

“Un día, un ingeniero que venía desde la capital, contratado para la zafra, me dijo:

–¿Qué haces el domingo?

–Nada –le dije.

–¿Por qué no nos vamos al río? Llevá a tu hermana y yo llevo un amigo para ella.

Me puse malísima:

–¡Nosotras no acostumbramos! ¡Sinvergüenza! ¡Mosquito eléctrico!”

–¿Por qué le dijiste eso?

–Porque él era muy nervioso y chiquito.

Doña Lola suelta una carcajada.

–Se ganó el apodo, para toda la zafra, porque yo le conté enseguida a todas mis compañeras y todas se reían de él al verlo pasar. La verdad, que lo pasó mal. Siempre tenés que estar alerta, a que no te pasen por arriba... En la fábrica también es jodido trabajar.

Charito me viene a buscar para ver a Doña Eva. Eva Araujo, la primera esposa de Bandera. A esta amiga, la busqué en Bella Unión, pero estaba “para la Barra de Cuaraí”, según me informaron sus hijos, cuidando a sus padres, que son ancianos; estaría allí por unos días.

Allí llegué buscando una casilla de madera pintada de verde, rodeada de plantas, de aspecto muy humilde. La dirección que me dieron no era muy clara, me costó encontrarla.

Mientras sus padres dormían la siesta, Eva tomaba mate apoyada en el portón, mirando la calle distraídamente.

Así la encontré. Al principio no me reconoció, pero fue muy fácil el reencuentro. Después de los saludos la convoqué al recuerdo de aquella marcha, de 1964. Me explica que también fue a la del 1962 y a la de 1968, pero volvimos a la que me interesaba, a ubicar ese tiempo de encuentro de acontecimientos vividos cotidianamente.

–Yo tenía veinticuatro años en aquella marcha, y tenía tres hijos. Cuando llegamos a la capital, nos alojamos en la Asociación de Estudiantes de Medicina. Estábamos allí ocho familias, había unas diez piezas, entre todos teníamos veinticuatro niños, los mayores éramos diecisiete. Estábamos en pleno centro, cerca del Palacio Legislativo y a pocas cuadras del campamento de la calle Cuñapirú, donde nos reuníamos todos los días.

Me cuenta que es brasilera, que sus padres vinieron a trabajar al Uruguay, que ella trabajó desde niña con su familia, regando, despuntando caña, levantando boniatos... Cuando se “aparejó” con Bandera, él no la dejó trabajar más en la tierra, entonces trabajó en otra cosa, hacía pan casero para vender, empanadas, lavados de ropa...

Siempre trabajó.

–Vivía con mi familia dentro de CALPICA, el ingenio azucarero.

En esa marcha, ella dejó el rancho para ir a Montevideo, dejó sus cositas, lo poco que tenía...

Apronta nuevamente un mate y me alcanza una empanada calentita.

–¿Qué hacías en esa marcha, qué tareas?

–Yo en esa marcha lo que hacía era mantener limpio el local.

Y se ríe, como quien dice: “¡Otra cosa no podía hacer!”.

–Era muy grande, lo hacíamos entre todas, pero como yo tenía mi chiquita de dos meses me quedaba más tiempo en el local y los demás se iban a manifestaciones o gestiones, se llevaban los más grandecitos, los que no pedían brazos, así que casi siempre me quedaba yo. Ese invierno era muy frío y muy llovedor, me acuerdo que todos llegaban con los pies embarrados, costaba mucho mantener el local limpio. Lo tomé como mi trabajo.

–Allí nos traían la ropa, comida, juguetes, gente amiga que venía de todos lados.

–También cocinábamos para nuestro grupo, separados de la olla del campamento de Cuñapirú, para no desplazarnos de aquí para allá con la gurisada, comíamos bien...

Se queda como pensando.

–Recuerdo que teníamos miedo al tránsito. Un día un ómnibus atropelló a dos niñas chiquitas, que se nos escaparon para ir a la panadería, que quedaba a dos cuadras. Se fueron solitas y cruzaron sin permiso la avenida General Flores, no les pasó nada, porque frenó muy a tiempo cerquita de ellas, las pechó y las volteó. ¡Que susto!

–Todo eso teníamos que cuidar las mujeres –se ríe–. Como siempre, como en casa...

Eva tiene una cara muy linda a pesar de los años y muy serena, habla pausado. Se le ve sin rencores, asumida a sí misma, en esa suerte de mujer sola, que le tocó vivir.

–¿Cómo terminaste esa marcha?, ¿cuándo decidieron volver?

–Cuando volvimos a Bella Unión, nosotros volvimos en tren y los “monos” (los bolsos, los paquetes) los traía un camionero del mercado, que venía siempre vacío para Bella Unión. Esa noche nos detuvieron en Colonia Palma y la policía no nos dejaba entrar al azucaral.

“Pasamos la noche a la intemperie, un frío horrible, no teníamos ni abrigo ni frazadas, todo se nos fue en el camión. A la madrugada nos soltaron a todos. ¿Pero sabés lo que pasó?, nos incendiaron los ranchos en CALPICA, en la propiedad del patrón, decían eso, que estábamos en la propiedad del patrón y que no podíamos reclamar nada, eso decían, que no sabían quién fue que los quemó, y quién va a ser... ¡Nosotras sí sabíamos! Me quedé sin nada, sólo con lo puesto.

“Así nos quedamos, en un campo baldío de Bella Unión. Armamos una casilla con las cosas que acarreábamos de todos lados, palos, latas, cartón... Hice colchones con bolsas blancas de azúcar, que los compañeros me traían y adentro lo rellené con pasto seco, con gramilla y así empecé de nuevo, de la nada.

“Con más dificultades. Mi marido era dirigente de U.T.A.A. y como todos, marchó en la lista negra y no encontraba trabajo. Yo fui sacando la

familia adelante, con lavados para afuera, y el contrabando de la Barra de Cuaraí, compraba y vendía cualquier cosa, yerba, aceite, azúcar, ropa,.. Cuando no tenía plata para contrabandear, hacía pan, empanadas y pizza para vender, luchando todos los días, dieciséis años fuera de casa y yo sola con siete hijos, pero a todos mis hijos los mandé a la escuela, terminaron primaria, y tres quisieron seguir secundaria.

–¿Son todos hijos de Bandera?

–Sí, todos de él. Cuando él se fue, yo tenía siete hijos para tirar adelante.

–¿Y Bandera, dónde está?

–Él vive en Montevideo. Está enfermo. Si, él tuvo otras parejas... No, yo no... estoy sola... no, con mis hijos... tengo nietos también...–dice contenta–sigo trabajando... tengo cincuenta y cuatro años, sí, claro... estoy muy bien... sí, mis hijos y yo estamos siempre con la Policlínica, porque luchamos por todo esto... y aquí estamos, yo me quedé siempre aquí.

Y seguimos con U.T.A.A.

Al día siguiente me visitó en casa de Charito, otra mujer de aquel tiempo, María Margarita Torres: la Lucha, le decían en el pueblo.

Tenía veintidós años en la marcha de 1964 y traía sus tres hijos pequeños. Tuvo catorce hijos.

–Todos del Amaral –dice–. Vine porque sí, a la marcha. Él no me dejaba ir a las reuniones, ni ir a la marcha, pero yo le dije si las demás van ¿Por qué yo no puedo ir? Así que me fui yo también. Porque yo era trabajadora, me crié en las chacras, con el salario familiar. Fui de las primeras mujeres que hablamos de sindicato, con dieciocho años recorríamos los ranchos, una gurisa... Claro.

–¿Con quién ibas?

–Iba con mi padre, con Raúl Sendic, con otros. Sí, era jovencita, pero me gustaba el sindicato. Fui a la marcha, no sólo por ir, sino “por no agachar la cabeza”, como decía Raúl. Y fui con tres hijos chicos, con ellos me sentía fuerte. Cuando llegué a la Capital, no conocía a nadie, allí me sentí pequeña, era todo tan grande, la casa, el tránsito, todo... Pero dentro de mí

había algo que me decía que tenía que seguir adelante, como decía Raúl... Yo era rebelde.

—¿Eras de la comisión de mujeres en esa marcha?

—Sí, yo salía en la Marcha como las demás, en algunas gestiones, y también salí de pegatina. Un día estaba con tres compañeros, yo llevaba el tarro con engrudo y los rollos, ellos eran más altos y podían pegar los carteles más arriba, de repente, los compañeros tiraron los afiches y salieron disparando, no me dieron tiempo ni a preguntar qué pasaba y me quedé sola, miré para atrás y vi una patrulla de los milicos. Se acercaba despacito, me agaché contra un auto que estaba parado y después me metí debajo, rodando. Los milicos, pasaron y no me vieron, esperé que se fueran. No perdí ni un rollo, ni el pincel, ni el balde, ellos me dejaron todo tirado y rajaron. Cuando pude me fui al campamento. Mis compañeros, llegaron después, tranquilos y a las risas, contando la hazaña. No se preocuparon por mí.

—¿Por qué no me avisaron?, les reproché.

También vendía bonos... Los hijos los dejaba con las otras compañeras que quedaban en el local... Si, estaba también en las asambleas de mujeres del campamento.

Eran pocas las que hablaban y opinaban, dos o tres, la mayoría de las mujeres callaban, escuchaban, salía algún personalismo, si, alguna que quería sobresalir hablando.

—¿Te sentiste valorizada por los compañeros hombres, del sindicato, en ese período, ya que eras tan militante?

—Sí, ellos querían que nosotras opináramos y nos decían que éramos todos iguales.

Treinta años después, Margarita Torres está en Bella Unión, porque nunca se fue de allí y crió sus hijos sola, sacó la gurisada adelante. Ahora tiene cincuenta y dos años y trabaja en la chacra todavía, en la chaucha, en el tomate, en el choclo y me cuenta que ahora, en 1994, se pagan las ocho o nueve horas de trabajo a treinta pesos.

–Es un trabajo duro, a destajo, tanto trabajas, tanto ganas así que te matas para ganar un poco más. También trabajé en el hospital de Bella Unión, me despidieron por ser cañera de corazón, por las represalias en el año 1980 en plena dictadura.

–¿Y tu marido?

–Cuando volvimos de la marcha, porque hicimos todas, la del sesenta y dos, la del sesenta y cuatro, la del sesenta y ocho, quedaba en las listas negras y no conseguía trabajo, después estuvo preso tres años y al final se quedó por Montevideo y ahora es viejo y está enfermo, allá en la Capital.

Quiso volver conmigo, y se vino, estuvimos un tiempo juntos, pero no fue posible, yo le puse las cosas muy claras. Preferí seguir sola sin que nadie me mande. Estoy cerca de mis hijos y nietos... Yo sigo en la lucha, en la zafra..., en la recolección, aunque sea por treinta pesos al día, que se le va a hacer, pero yo sigo en el Sindicato y trabajo con Charito para la Policlínica, para eso estamos. Trabajamos para el festival de cada año, para sacar fondos. Y vendiendo entradas me recorro todo el pueblo.

A la China, la busqué y la encontré en Bella Unión, treinta años después, en la misma casa de siempre, ahora mejorada.

Me cuenta que tiene los hijos casados, que dos de ellos pudieron estudiar y trabajan.

Nos alegramos al vernos. No tenemos prisa. Salen y entran dos nietos que se mueven por la casa, uno de los hijos está arreglando algo en el fondo, se escuchan las risas de los gurises que se acompañan con los golpes del martillo.

Recordamos aquella época y me cuenta que a aquella marcha ella fue, dice, de casualidad, casi obligada por las circunstancias. Se ríe, se acomoda en la silla dispuesta a contar. Arregla el mate que está con mucha yerba, con los dedos, graciosamente y dice, poniéndose seria:

–Yo había quedado viuda, con criaturas chicas y estaba interesada en cobrar la pensión, por eso me acerqué a los del Sindicato. Porque mi marido trabajaba en la fábrica, en la azucarera y en el ingenio, ellos fueron los que me

explicaron como tenía que reclamar la pensión, así fue como los conocí.

El primer local de U.T.A.A. se lo di yo a los compañeros. Tenía una pieza chiquita en el fondo de casa, que no necesitaba tanto y ellos no tenían donde reunirse. Al sindicato venían muchos, en esa época entraban y salían a cualquier hora.

La miseria en que quedé me despabiló, y entré a buscarme caminos. Yo en esa época tenía una especie de venta, así nomás sin permiso, vendía tabaco y yerba, que traía más barato, de contrabando. Le vendía a los vecinos y a los muchachos del Sindicato también y les calentaba el agua para el mate y se las alcanzaba— se sonrío otra vez como que le cuesta hablar de aquello. Veo que es una linda mujer, tiene gracia en el hablar y en la mirada, está vieja, dice, pero yo la veo muy bien en sus sesenta y pico.

“Un día me llevaron presa, y sin saber por qué. Pasaban las horas y en la comisaría no me explicaban nada, parada allí, de plantón. Cuando pasó el comisario cerca mío, le toqué el brazo y le dije:

—Oiga ¿por qué estoy aquí? —él me hizo un gesto con el brazo, como sacándome de encima, y dice:

—¡Habrás visto una china más atrevida y sinvergüenza!

A mí me dio tanta rabia, que cuando empezó a caminar, de atrás yo le tironeé la chaqueta tan fuerte, que le volaron dos botones. ¡Calabozo conmigo! Pasé toda la noche, así que recién al otro día me enteré que la denuncia me la puso el médico del pueblo, porque las de la Casa de Mujeres, le dijeron que yo tenía este negocio en casa y que yo trabajaba sin permiso y sin libreta de salud”.

—¿Qué pasó, como fue eso? ¿Una casa de mujeres?

—Sí. Como veían entrar tanta gente, tantos hombres por el costado del rancho, decían que yo tenía “Casa de Mujeres” clandestina. ¡Mentira! ¡Qué rabia me dio! Estaría señalada en todo el pueblo y yo sin saber nada. Sin embargo lo que se estaba haciendo al lado, era el Sindicato de U.T.A.A.

Por eso venían hombres a cualquier hora. Venía Sendic y otros que yo no

conocía, de lejos venían a pie... pero yo quedé señalada como una puta, en todo el pueblo.

-La rabia del primer momento me dio por ir a la casa del doctor que me denunció, porque yo quería arreglarlo por mi cuenta. Esperé al médico en la puerta de su casa, después que su esposa me dijo que no estaba y que volvería más tarde. Tenía tanta rabia que le bajaría los dientes a trompadas. Él se escondía, porque yo eso lo decía en voz alta a todos los que me quisieran oír, la mujer miraba entre las cortinas, y se escondía también. Pero yo sabía fijo que estaba dentro porque en la puerta, allí, estaba su auto negro. Le hice prácticamente guardia durante horas, después me fui a mi casa y las vecinas y los del Sindicato me amansaron, así que lo dejé todo tranquilo... pero me rondaba en la cabeza.

-A las tres de la mañana, no podía dormir, decidí ir a pedir permiso policial, para abrir yo, una Casa de Mujeres. Esto me lo pensé mucho, mucho: ya que estaba señalada, como que había y no había, ellos, el doctor y las mujeres, incluso el comisario me obligaron a hacerlo, y saqué el permiso.

-Cuando a la semana me lo dieron, fui a Cuaráí a buscar una pupila y me traja a la Flaca.

-Llevé a mis hijos a la casa de mi suegra, y empecé el negocio, que me trajo más problemas, que ganancias, dos por tres estaba otra vez en comisaría por "riñas y disputas".

-Lo que pasaba era que a los que no querían pagar las "facturas" yo les "arribaba la ropa al cuerpo" -y hace un gesto de arremangarse- y claro, después de pagar como Dios manda, iban a la comisaría y me denunciaban, así que pasaba en líos nomás. Es muy difícil llevar a los clientes y que no se pasen contigo porque sos mujer...

-¿Y los del Sindicato, donde funcionaban? ¿Aquí mismo?

-No. Ellos eran independientes, pasaban por el costado, por otro portón, porque una cosa es una cosa y otra cosa es otra cosa, vos me entendés. Más o menos yo iba regentando la casa, pero tuve un problema con mi pupila, por

cosa de hombres, de uno que pretendía de mí...

-¿A ella también le gustaba ese hombre?

-No, no era eso, él me frecuentaba a mí, yo no quería mucho con él, estaba casado. Eso sí, tenía mucho dinero. Las de la otra Casa de Mujeres estaban enteradas, porque él no iba más por allí. Así que una de ellas le contó a su mujer, por hacer daño nomás.

-Pasó que mi pupila fue pagada, por la esposa de este hombre, él se fue de la boca conmigo y me lo contó todo, ya se sabe en pueblo chico... como dicen, todos se conocen.

-Cuando vino este hombre, yo puse las cosas en su lugar, lo eché porque no quería tener problemas. Yo estaba aprendiendo a trabajar y me lo quería sacar de encima, mucho más, si éste me creaba problemas.

-Así que discutimos en voz alta, no me acuerdo bien lo que le dije, ni lo que me contestó. Sé que decía que quería seguir viéndome, sin ningún compromiso; yo no quería saber nada de él y se lo dije.

-¿Y qué pasó?

-La Flaca lo escuchó todo, porque las paredes eran de madera finita, como una tela de cebolla, así que cuando él se fue por una puerta, mi pupila entró por la otra con una navaja de hoja así- y señala el ancho con dos dedos-. Ella era muy grande, ¿te acordás? Era más alta que vos. Pero yo, con la rabia que tenía, se me duplicaron las fuerzas, ella a mi me tajeó por muchos lados. Se me estaba mojando la ropa de sangre, en un costado, en este brazo y por aquí -y se señala-. Cuando la tranquilé con la pierna y la pude tirar al suelo, me le subí arriba le quité la navaja, y se la hundí por acá y por acá -señalándose el abdomen-. Ella gritaba y me putiaba. Cuando vi tanta sangre me asusté mucho, me incorporé y me fui al fondo y llamé a la vecina. Alguien la llevó al hospital, yo me metí en la casa de al lado, estaba creída que la había matado. Por la tarde me acompañaron a curarme y el médico me preguntó, si no sería yo la que se peleó con la flaca. A mí me dio un miedo bárbaro y un vuelco en el corazón. Contesté que no, que yo no era. No pregunté

nada, si había muerto o no. De allí me fui a la casa de una conocida mía, recogí alguna ropa, lo necesario, eché llave a la puerta y me fui a esperar que pasara el momento por las dudas. No sabía si me había denunciado o no. Al día siguiente me enteré, que ella después que la curaron se fue para Cuaraní, para Brasil. Ella no me denunció ni yo tampoco, porque la que empezó el lío fue ella y yo me defendí.

–La marcha de los cañeros estaba por salir en esos días –continuó la China–. Faltaba un día o dos, no me acuerdo, yo me puse mejor. Con la Casa de Mujeres no quería trabajar más. Tenía miedo de caer presa, y los del Sindicato se iban a la marcha, porque aunque no quieras, yo me sentía protegida por ellos. Eran mis vecinos.

“Lo pensé mucho, yo también como ellos quería tierras para trabajar, le expliqué todo eso a mi suegra y le dejé a los hijos, le dije que iba a luchar por ellos también, le dejé toda la plata que tenía y las llaves de la casa. Y me enrolé en la marcha a Montevideo, dejé todo y me fui con todos los peludos para Montevideo.

“Me sentía más segura en la marcha. Yo tenía sentimiento de prófuga porque creí que la había matado. Eso de tener la Casa de Mujeres, fue por miseria, por necesidad económica, y cualquiera lo comprende, ¿no? Nunca pensé que todo terminaría así.

“Las mujeres de la marcha también me aceptaron, aunque en el pueblo, ya había estado en boca de todos, me respetaron y trabajé mucho por U.T.A.A. Hasta fui encargada de la Comisión de Mujeres del Sindicato, cuando estábamos en la capital.

–¿Nunca tuviste problemas en esa marcha, por este pasado tuyo?

–Sí, una vez.

“En el campamento, siempre alrededor del fogón había dos o tres compañeros en la tarea de la comida, sirviendo los platos, cortando el pan. Fue a los pocos días de salir, antes de llegar a Montevideo, –piensa–, no sé si estábamos acampados en Río Negro. Era la hora de la comida, recuerdo a todos

trajinando de allá para acá.

“Teníamos visitas, estaban unos maestros que nos trajeron paquetes de fideos y arroz, me acuerdo... –se pone como a pensar, con la vista perdida–, uno de ellos, de los encargados de la comida, no me acuerdo cual, me alcanza mi plato de comida, con una mano y con la otra, me manoteó una teta, como al disimulo, pero con toda la mano abierta, me la apretó.

Le di un tortazo y le revolí el plato de comida, él se quedó pasmado y le dije: ¡Desgraciado! ¡A mí me vas a respetar como mujer que soy! Todos hicieron silencio, yo me fui furiosa, y ni comí ese día. Después se discutió este hecho en la reunión de todos los días, como ves, me tenía que hacer respetar, por eso de lo que fui antes.

“Yo no podía con mi genio, era joven y muy impulsiva, me tomaba la justicia por mi cuenta.

“Sí, fue la primera y la última vez que me pasó algo, yo siempre ponía las cosas en su lugar... ¡Porque una cosa es una cosa y otra cosa es otra cosa!



Retrato de María Julia Alcoba en carbonilla. Autora: Clarina Vicens Alegre

Del azúcar a la sal

A Doña Eva la conocí en la marcha de los cañeros. Facciones aindiadas, tez blanca, cabello castaño y ojos verdes. Tenía en ese momento cinco hijos. No hablaba casi nada, siempre con la cabeza gacha. Con los extraños hacía poca amistad; era difícil hablar con ella. Para contestar, miraba al marido como esperando su aprobación: “¿No, viejito?”.

Pero lo que más me impresionó de aquella mujer, fue la dulzura con que trataba a sus hijos. Con acento fronterizo en la voz, melosa como el azúcar, les hablaba, jugaba y reía continuamente con ellos. Era un juego de piel, besos, caricias; y a veces, palmaditas. Por primera vez vi “dar la teta” con mutuo placer de intercambio. No tenía nada. Vivía en una carpa con su compañero y sus hijos, pero ella disfrutaba ese momento, con los suyos, prescindiendo del entorno. No se quejaba ni pedía nada para ella.

Estaba en la marcha de los cañeros acompañando a su marido. Aquí, haciendo, igual que allá, la tarea de todos los días, con un fueguito en el suelo, en cuclillas, igual que allá. Aquí la carpa de tela que les prestaron; allá el ranchito de paja y terrón en la tierra del patrón, frente al río.

Recordó su rancho cerquita del río. Los patos salvajes y algún carpincho engordaban la mesa a veces. El cañaveral, tan verde y el sonido de la caña al viento en las tardecitas.

Quiso recordar. Su marido llegaba de la caña, tan negro, lleno de hollín, sólo le blanqueaban los ojos y los dientes...

Pero no pudo seguir porque se le boleó la olla y se le apagaba el fuego.

¡Y ella recordando verdes! ¡Bobadas!

Años después la reencontré en La Coronilla.

Los tiempos estaban cambiando. Los primeros presos gremiales y políticos, los primeros estudiantes asesinados en las calles de Montevideo.

A nosotros nos habían prestado un rancho. Nos dijeron que doña Eva estaba allí, con sus hijos. No fue difícil encontrarlos; en ese entonces había unos diez ranchos en el pesquero y todas las familias se conocían.

Fue muy lindo volver a verlos. Los niños y ella estaban espléndidos, negritos, les blanqueaban los dientes, curtida la piel del aire salado. Estaban tan felices de vernos como nosotros a ellos. Eva estaba más gordita, siempre con la falda larga, el pelo recogido en la nuca, más claro por el sol. Sus ojos tenían un nuevo brillo, se la notaba feliz, tranquila.

—Estábamos pasando mal en Montevideo después del desparramo de los peludos. Unos fueron para Artigas, otros para Treinta y Tres y nosotros terminamos aquí.

—Nos trajo el Bebe —dijo su compañero—. Aquí salgo a la pesca, tenemos unos conejos en la isla, hijos de los que largamos allí con el Bebe, y vivimos, no más. Pero el aire es más sano para la gurisada.

El compañero de Eva se crió en Artigas trabajando la tierra, muy lejos del mar. Ahora es pescador, aunque le tiene terror al mar.

Es el trabajo que hacen los hombres aquí. No es fácil el cambio de cañero a pescador, es como ir del azúcar a la sal, pero él sigue igual, de buen carácter, dicharachero, con ojos de picardía, siempre sonriente.

El pesquero está rodeado de médanos calientes. Más allá el océano Atlántico, bravío, salado, profundo y frío.

Lo difícil es el invierno y el carácter de la gente del pesquero. Él venía de un trabajo colectivo y le resultaba difícil el trabajo aislado.

—El carácter de la gente es distinto. Es otro clima, tuvimos que adaptarnos a su modo de ser, silencioso.

Ellos dos se juntaron en el azúcar y en la sal, en las alegrías y en las

tristezas. Él creció sin padre y ella se quedó con el padre y una mujer que no era su mamá; la suya se había ido y no le permitieron verla más. Dos infancias de soledad los unían.

La década del setenta, como a muchas familias, los golpeó. Cuando vinieron a buscar a su marido, ella quedó sola con los hijos, rodeada de arena y mar. Siete largos años, sola. Fue difícil, muy difícil para ella empezar de nuevo y sin él.

–Desaparecieron los vecinos, no llegaba nadie por el rancho. Pasaban de largo, sólo una o dos vecinas llegaban. Fue como si estuviéramos apestados. Quedamos solos los hijos y yo en este rancho.

En el pesquero de La Coronilla no hay trabajo para mujeres solas. Algunas van a arrancar mejillones y berberechos al Cerro Verde para vender en los hoteles. Las que tienen su hombre que sale al mar, salan el pescado que ellos traen, para preparar el bacalao.

Eva en ese entonces ya tenía seis hijos. El mayor empezó a salir en las barcas al mar, tenía 14 años, trabajaba para otro, pero no alcanzaba el dinero, y Eva le tenía tanto miedo al mar. Pero ahora estaba sola y tenía que salir adelante. Y los vecinos pasaban de largo por su rancho porque su marido estaba preso por tupa.

–Era como estar apestada.

Un día se armó de coraje y le dijo a una vecina:

–Mañana, ¿puedo ir con usted a juntar mejillones? Usted me enseña, ¿no, vecina? Porque yo nunca lo hice, pero no será difícil, lo único... el mar.

Nos contaba, tomando mate y mirando lejos:

–Los mejillones se arrancan en la madrugada. Hay que levantarse a las cinco de la mañana, aprovechar la bajante, porque después sube la marea y no podés adentrarte en la roca. Está oscuro, el cielo y el mar, todo negro, y el ruido de las olas te parece más fuerte todavía. Pero ésa es la hora. Yo le tengo mucho miedo al mar, pero tenía que ser fuerte. Tenía que poder, para conseguir la comida.

Arrancábamos los mejillones de la roca con una especie de uña. Eso sí, no te podés descuidar, yo no sé nadar y cuando viene con fuerza el mar, podés perder la estabilidad y te lleva... Mi vecina era más baquiana que yo y me cuidaba. Cuando venía una ola y me llevaba, ella me traía, aunque fuera de las patas. Otra vez sobre las rocas...

Yo aprendí y arrancaba rapidito antes que viniera la otra ola más fuerte. Da tiempo, es como un ritmo, un vaivén, vienen dos olas cortas y una más larga y más fuerte. No me podía distraer, estaba atenta y la esperaba agarrada de la roca con las dos manos, para que no me llevara.

Así pasé cuatro años metida en el agua, mojada de pies a cabeza en el agua salada. Se me dormían las piernas, se me acalambaban. Me latía fuerte el corazón. El mar te da miedo y te atrae a la vez, te sentís parte de él.

A veces pensaba qué vida distinta llevaba ahora, tan lejos del campo, del río, de los teros. Me acordaba de mi gallinero, de mi quinta, del río, cuando con mi viejito íbamos a pescar en agua dulce. ¡Qué agua tan distinta!

Pero, sobre todo me acordaba de mis plantitas, mis verduras, mis flores.

Aquí sentía la arena caliente, pero por las mañanas y las tardecitas estaba fría. Se me ocurrió intentarlo.

Empecé a probar a plantar en la arena algunas muditas de plantas. A mediodía las tapaba con la ropa recién lavada para protegerlas del sol y empezaron a crecer muy despacito. Acarreábamos abono de caballo, resaca del mar y algunas tierritas de más lejos que traíamos con mis hijos para mezclar con la arena y así fui armando esa quintita de a poquito. ¡Que nos dio de comer!, ¡qué alegría! Llegué hasta a vender verdura para comprar aceite y queroseno. Cosechamos habas, papas, tomates, choclos, arvejas, lechugas, ¡hermosas lechugas! La teníamos cercada con cañas por los animales que andaban sueltos por la noche, ocupaba todo el costado del rancho. ¡Sí que nos dio de comer esta quintita!

¡Qué trabajo! Venía de arrancar mejillones, lejos, como a tres quilómetros, del Cerro Verde, con los mejillones a la espalda. Descansaba un poquito y los

llevaba a vender al hotel, otros cinco kilómetros entre ida y vuelta, por la arena. Como a las once volvía, tomaba mate cocido y me metía en la quinta a regarla con agua de la cachimba, a limpiarla, a arrancar yuyos malos. Ponía la comida al fuego, después dormía un poquito y cuando quería acordar llegaban los gurises de la escuela. Iban a la escuela rural, de diez de la mañana a tres de la tarde. Los veía llegar desde lejos, alegres con las bolsitas de tierra que me traían para la quinta.

Empezaba otra vez: lavar la ropa que traían sucia para que estuviera pronta al día siguiente, hacer la cena, para estar adentro del rancho con la puerta cerrada a eso de las seis de la tarde, porque ya no salíamos más, traíamos los baldes de agua para adentro y nos trancábamos.

Con toda esa gurisada, saltando, corriendo y llorando a la vez, yo escuchaba la radio, una chiquita a pilas que tenía. Los más chiquitos, después de cenar se iban durmiendo. Yo quedaba con los más grandes escuchando música, informativos y charlando. A veces nos reíamos de cualquier cosa.

Apagaba el farol y dormíamos con el ruido del agua tan cerca o con el silbido del viento que sopla mucho aquí. Al poco rato, ya eran las cuatro de la mañana y me tenía que ir al Cerro Verde a arrancar mejillones, otra vez. Todos quedaban durmiendo, solitos. La más grande los levantaba, los preparaba y se iban a la escuela. Así, así, todos los días así.

Cuando mi viejito estaba preso, yo trabajé con las otras mujeres en lo único que podía hacer, juntar mejillones y caminar todos esos kilómetros para venderlos. Aprendí a caminar ligerito como ellas, a la par de ellas y a cargar la bolsa hasta con 50 kilos. ¡Qué no haría uno por los hijos! ¿No? Aprendí a comprar y a vender y ellos también me ayudaban. Salimos todos juntos adelante.

Cuando trabajé esos años con ellas, una de las vecinas me ayudó a pedir la asignación familiar en Castillos, porque no alcanzaba la plata y lo pasábamos mal.

Muchas veces, me acuerdo cuando los hijos me pedían pan de noche y

no había. Entonces les prometí una cosa: “Si llego a sacar la asignación familiar, cada vez que vaya a cobrar les traeré un pan para cada uno”, y así lo hice. Cada vez que iba a cobrar a Castillos, traía un pan para cada uno. Me parece verlos –cuenta entre risas y lágrimas–, les daba un pan y lo comían todo, sentados abajo de un árbol que yo había plantado. Que comieran cuanto quisieran, les decía y reían con lágrimas y cuidaban y guardaban sus pedacitos para comer después.

¡Éramos felices con tan poquito! ¡De tan poquito nos reíamos! Los recuerdo cuando por la arena, mis negritos, riendo a carcajadas, me iban a alcanzar, con la pata en el suelo. Vivíamos muy unidos, igual que ahora. Mis hijos aunque eran pequeños, me ayudaban a vivir.

A mi viejito lo podía ir a ver al Penal de Libertad, de tanto en tanto. Salía muy caro el pasaje desde Rocha a Montevideo. Esa noche dormía sentada en la agencia de la O.N.D.A. A la mañana viajaba al Penal.

Después vinieron días peores, no podíamos arrancar más los mejillones porque vino una especie de enfermedad, se murieron los que había y las nuevas colonias demoraron en formarse. Yo lo que sé, es que me quedé sin trabajo.

Eso significaba hambre otra vez para nosotros. Con una vecina y sus hijos emigramos a Punta del Diablo, porque nos enteramos que allí había movimiento de turistas. Se podía trabajar en algunas cosas más. En un ranchito de una pieza nos metimos todos, y empezamos a trabajar de nuevo.

Mis hijos ya estaban más grandes y trabajaban todos. Unos en casas de familia, otros en la construcción, o en la pesca y yo y la más pequeña, haciendo collares de caracoles para vender a los turistas que llegaban en sus autos.

Aquí en Punta del Diablo se trabajaba mejor y podía ir una vez al mes al Penal y llevarle cosas.

Hace cinco años que estamos aquí, es distinto ahora, tengo luz eléctrica, agua y hasta heladera tengo. Con la ayuda de mis hijos y mi marido, cuando salió del Penal, construimos este rancho grande. Tiene techo de quincha, no se llueve, paredes de bloque y pisos de portland.

Tengo hijos casados y nietos. Aquí sigo enhebrando collares. Cuando mi viejito salió del Penal encontró a toda la familia esperándolo y siguió saliendo al mar y salando bacalao, de eso vivimos todavía... pero es zafral, claro. No siempre tenemos plata.”

¡Qué largo camino! Ella quedó sola y aprendió a comprar y a vender, a decidir, a pelear. A veces no encuentra su antiguo monedero. Está un poco distraída.

–Bah!, no importa, no tiene nada, ¿no, viejito?, y blanquean los dientes en su abierta y esquiva carcajada.

Epílogo

La historia no es lo de antaño solamente, está construyéndose ahora, en cada momento que transcurre, en cada momento de las mujeres en las fábricas, en las calles, en el trabajo del campo, en el doméstico, maestras rurales, amas de casa... Todas las mujeres donde sea que estén...

La historia va articulando en lo cotidiano los acontecimientos colectivos, sindicales, políticos y sociales, de un país.

No sólo debemos recordar, compañeras: hay que escribir. Porque lo que no está escrito no existe, se lo lleva el viento, es la invisibilidad, es la no historia.



María Julia sosteniendo el libro de Graciela Sapriza. Fotografía: Val Rodlez (2018)



María Julia en su jardín. Fotografía: Val Rodlez (2021)

El jardín de las palabras: diálogos feministas para abrazar la historia

María Julia Alcoba Rossano

Alicia Migliaro González

Lorena Rodríguez Lezica

En este capítulo proponemos reflexionar a partir de los diálogos que entablamos con María Julia Alcoba, feminista y referente del sindicalismo uruguayo. Partimos de un ciclo de entrevistas de historia de vida que comenzamos casi por azar a fines del 2019 y que continuamos, inventando modos de encuentro virtual, hasta el día de hoy. Modos de encuentro que fueron transitando por las memorias de María Julia y por los múltiples intereses que nos encuentran: desde las preocupaciones sociales y políticas actuales, hasta los consejos para cuidar nuestras plantas. Este texto entrelaza las voces de las tres, en momentos y tonos diversos: por un lado, las resonancias de Lorena y Alicia a partir de los encuentros, y por otro las memorias de María Julia.

La semilla: el encuentro entre nosotras

Supimos de María Julia cuando presentó su libro autobiográfico *Las mujeres, ¿dónde estaban?* (Alcoba, 2014). Lo leímos, lo comentamos, lo compartimos, lo regalamos. No salíamos de nuestro asombro. Las palabras de María Julia nos hablaban de una historia social y política conocida, pero desde una sensibilidad novedosa. Un calor feminista nos invadía: nos entendíamos, nos reconocíamos en sus palabras. Poco tiempo después entramos en contacto con motivo de la celebración de un 15 de octubre, fecha en la que se conmemora el día de la mujer rural. Pasado un tiempo la volvimos a contactar para invitarla a formar un grupo de discusión, en el marco de un proyecto de investigación feminista sobre desigualdades de género en sindicatos rurales. Así, junto con

otra referente histórica del sindicalismo uruguayo, Nélida “Chela” Fontora¹, y compañeras sindicalistas rurales en actividad, conformamos un espacio que nos permitió pensar juntas. Este trabajo fue plasmado en una cartilla de autoría colectiva que lleva el título *¿Y las mujeres dónde están? Guía para abordar desigualdades de género en sindicatos rurales* (Alcoba, et al., 2019). Trabajamos mucho en el armado de esta cartilla y poder entregarla a cada una de las autoras, previo a la presentación pública, fue una tarea más que disfrutable.



María Julia con Anibal Giménez y Aurelio González. Homenaje a los mártires trabajadores de los frigoríficos, plaza del cerro Curva Tabárez (2015). Fotografía: Archivo personal

1 Chela Fonotra es una exmilitante de la Unión de Trabajadores Azucareros de Artigas (UTAA) y del Movimiento de Liberación Nacional (MLN). Fue presa política en la dictadura cívico-militar y, desde la apertura democrática a la fecha, es militante por los derechos humanos. Es autora de un hermoso libro autobiográfico, que recomendamos ampliamente, titulado *La llama no se apaga* (Fontora, 2018).

Era una tarde de primavera. Estábamos ansiosas por ir a visitarla y llevarle la cartilla. No sabíamos lo importante que sería esa primera visita a la casa de María Julia. Hasta entonces, nuestros encuentros con ella habían sido junto al resto de compañeras que integraban el espacio de discusión para la elaboración de la cartilla. Nos abrió las puertas por primera vez a su mundo, un mundo de numerosas plantas, árboles frutales y ornamentales. Un jardín tan amorosamente cuidado, y un mundo de recuerdos, tan guardaditos todos, listos para compartírselos a alguien que quisiera escucharlos, leerlos, preguntarlos. Nos reencontramos una y otra vez hurgando en la memoria, mientras sus anécdotas, la selección de palabras para describir sus sensaciones e impresiones, harían eco con las nuestras.

Nos parieron en generaciones bien distintas, hay alrededor de cuatro décadas de diferencia entre nosotras, y aun así, podemos espejarnos en los dolores de las unas con las otras, como mujeres, como compañeras en lucha, como feministas. Nuestros procesos han sido en contextos bien distintos, y sin embargo podemos encontrarnos en nuestras historias de despertar o renacer feministas, en los dolores que lo provocaron, en el autodescubrimiento, en el reconocimiento de nuestro cuerpo y sus heridas.

A María Julia la conocimos a través de las páginas de su libro, ese libro que hizo eco en las preguntas que nos veníamos haciendo: ¿las mujeres, dónde estaban? Para nosotras, en nuestro estar siendo y descubriéndonos feministas, ese libro marcó un antes y un después. Las mujeres sí estaban, pero no las veían, no las querían ver, tanto así que incluso a nosotras mismas se nos dificultaba vernos. Nada extraño en las izquierdas patriarcales de antaño, y nada extraño en las izquierdas patriarcales de hoy.

El libro de María Julia cuenta su historia jugando con las palabras. Va desde su infancia en el Cerro hasta el momento del exilio. Su militancia sindical y política cruzada por las anécdotas con sus hijos y compañeras. Tiene un modo cálido de narrar, un modo que te zambulle en una historia dura, pero te mece

al compás de la ternura. Larga historia conocida, pero pocas veces contada con esa sutileza y cuidado en los detalles, propios de su mirada sensible. Por ejemplo, cuando cuenta el día en que, junto con sus tres hijos, deja Montevideo para partir al exilio en Barcelona.

Me muevo en silencio, me trago las palabras, veo la gente que también se mueve en silencio, veo las abuelas que miran sin palabras. Los nietos son de todas. Las mujeres mayores se multiplican, los niños también, los que se quedan y los que se van son de todas. Todos somos de todos y de todas (Alcoba, 2014, p.143).

Pero esta mujer tiene mucho más para contarnos... ¿Qué pasó en el exilio?, ¿Y en el desexilio?, ¿Y ahora?. Pensamos si tendría ganas de contar y vaya si las tenía. Nos fuimos de su casa ese día, con una bolsa llena de gajos de plantas que hoy viven y se multiplican en nuestras casas (un ritual que sabemos repetir cada vez que la visitamos). La confianza y los jardines crecieron al unísono, y así empezamos esta historia de vida. Pero llegó marzo del 2020, y con la pandemia la primera estrategia que se nos ocurrió fue esperar un momento más propicio para encontrarnos. De mientras, nos llamábamos y nos acompañábamos con mensajes. Durante una de estas llamadas, a dos meses transcurrida la pandemia, nos propone: “¿Y si nos vemos por el ordenador? ¿Por el skype?”. Y ahí nuestra sorpresa, una vez más su capacidad de inventar y reinventarse nos regaló varios encuentros virtuales. Pautábamos los encuentros para media mañana, dos horas de charla con un breve corte en medio. Los encuentros fluyeron con la misma magia que bajo los árboles de su casa o sentadas a la mesa de su cocina.

En este texto que escribimos juntas, le damos otra vuelta a la pregunta que nos regaló inicialmente, pero esta vez la llevamos a un contexto distinto. Esta vez desde el exilio, su exilio: ¿dónde estaban las mujeres uruguayas exiliadas?, ¿cómo vivieron el exilio?, ¿cómo fue la decisión de irse, y qué pesares pasaron?, ¿qué descubrieron?, ¿cómo fue la decisión de volver?, ¿con qué se encontraron?, ¿qué sabemos de ellas, su organización solidaria con las presas y presos políticos en Uruguay en dictadura? Intentaremos responder

estas preguntas a lo largo del texto.

La raíz: acá está María Julia

María Julia Alcoba Rossano nace el 7 de noviembre de 1938, en el barrio Cerro en Montevideo. A sus apenas doce años deja la escuela para trabajar de empleada doméstica debido a dificultades en la economía del hogar y a un hecho que relata con entera honestidad. “Me propuse dejar la escuela en quinto año porque era la más alta de mi clase y con busto. Me daba mucha vergüenza” (Alcoba, 2014, p.27). A los trece, influenciada por sus hermanas mayores, comienza a trabajar en Lanas Uruguayas, una fábrica textil que quedaba a cinco cuadras de su casa. Más allá de que fue su decisión, dejar la escuela fue doloroso, y terminarla fue una deuda que le quedó pendiente y que años más tarde, y ya en el exilio, podría saldar.

A los catorce años, siguiendo los pasos de su padre, sindicalista portuario, comienza a militar en la Unión Obrera Textil (UOT). Posteriormente trabaja en la fundación del Congreso Obrero Textil (COT), gremial de alcance nacional. A los dieciséis años incursiona en la militancia trotskista, y a los dieciocho ingresa al Partido Socialista. Tuvo tres hijos varones con José, su primer esposo: José Conrado (a sus 25 años), Ernesto (a sus 32) y Felipe (a sus 33). En el '74 se ve obligada a exiliarse con sus hijos a Buenos Aires. Viven allí dos años, en Pueblo Haedo, “un pueblo lindo, chiquito, con una vida propia”. Son los primeros años de exilio, y se recuerda con una profunda tristeza.

José empezó el liceo allá. Él tendría 12 o 13. Felipe tendría unos 5 años. (...) Yo me quedé de pronto sin la familia, sin el país, sin los amigos. Eso te va volteando. De todas maneras yo trataba de salir adelante. Estábamos en época de la última etapa de Perón que murió enseguida (...) Ese año fue un año muy movido para mí y me deprimí profundamente. Me levantaba, los niños iban al colegio y lo llevaba el padre al colegio, o a veces yo. Teníamos que caminar unas cuantas cuadras, cruzar la vía del tren, ellos iban contentos. José empezó el liceo, primero de liceo, y contento también, se hizo de amigos. Cuando volvía a casa a mitad de la mañana me volví a acostar. Yo me hundía en la cama la verdad. (...) Y entonces empecé unos meses, unos 3 o 4 meses con

una psicóloga, con la que trabajé el tema de trabajo y de salir adelante. Pero en ese período mi marido se tenía que marchar. Habían matado a Michelini y a Gutiérrez Ruiz. En Buenos Aires estaba toda la inteligencia de Montevideo funcionando. Se tuvo que ir para España y yo me quedé sola. Saliendo con dificultad de esa depresión.

En Argentina la situación se complica cada vez más y retorna a Montevideo. Es desde Montevideo que se exilia esta vez a España, el 20 de marzo del '77. Viajan a España ella y sus tres hijos. En España está su exmarido, allí se encontrará con una nueva vida, una nueva María Julia por descubrir. Hay distintos hechos políticos, momentos de politización, y momentos personales-familiares, que marcaron la vida de María Julia. La etapa del exilio en Barcelona marcará la continuidad de una militancia como sindicalista, al integrarse a la CNT, recién conformada en el exilio, y como feminista, junto con varias mujeres que fue encontrando en su camino.

Ahí amadrinábamos desde nuestro lugar a cuantas familias. A las familias se les mandaba dinero. Madrid mandaba dinero para una familia, nosotros a otras familias de presos, o familia de desaparecidos. Esa era la campaña de finanzas, que la empezamos a hacer, que era nuestra mayor labor.

Un primer gesto bien marcado en esta etapa fueron los fuertes lazos afectivos que construyó con mujeres que conoció en el exilio y que mantiene hasta el día de hoy. Lazos que permitían sostener la vida en duras condiciones afectivas y económicas.

Con Gladis y Estela [amigas de Barcelona] decíamos “¿Me prestas 500 pesetas?”. Esas 500 pesetas iban y venían según quien las precisaba. Nunca supimos quién debía a quien, siempre estábamos a mano.

A inicios de los ochenta viaja a Cuba al festival internacional de las juventudes. A sus cuarenta años, viaja invitada como la más joven del Partido Socialista.

El barco ruso fletado para el festival de 1979 a Cuba pasó a recoger grupos de delegados, invitados, sociales, políticos artistas, músicos. Subimos la gente

de Barcelona y en Portugal lo mismo. Subió una cantidad de grupos con el entorno de la reciente revolución de los claveles. Llenos de alegría. Descubro un mundo de gente joven, de gente alegre una propuesta de cambios sociales, en todos los países. Ese barco fue increíble. Iban en el barco, gallegos, chilenos, mexicanos, se hacían discusiones políticas dentro del barco. Y los brasileros a las 7 de la mañana se ponían en la cubierta del barco, un barco gigantesco que yo no había visto tan grande, a hacer capoeira, enseñaban samba, capoeira. A las 7 de la mañana era un canturreo de todo tipo (...) y los vascos también haciendo conferencias por las tardes en él. Fue una experiencia increíble, 15 días para venir y 15 días de vuelta, y estuvimos alojados en Cuba donde había cuquetas, y las de Barcelona fuimos todas juntas y teníamos reuniones. Y después en Cuba también se hizo, fue una acumulación de cosas ahí, en 2 años que mi cabeza estaba trabajando permanentemente (...) Realmente me puso en frente a mí misma y a la esencia de mí misma todo eso. Venía de lo oscuro, de todo lo que pasó en Buenos Aires, y eso me rescató de las aguas negras.

A fines de los '70 comienza a involucrarse en una serie de actividades a nivel laboral y como militante, en el mundo feminista. Ingresa a planificación familiar (el *plani*) en Barcelona.

Planificación familiar fue revolucionario en España (...) Las farmacias durante el franquismo no se vendían métodos anticonceptivos. Cuando quedaban embarazadas en los pueblos, abortaban con una mujer viejita, la curandera del pueblo. Se morían muchas veces. La lucha por el aborto, para despenalizar el aborto y tener la seguridad de salud, que estuviera dentro de los médicos, de la seguridad social. Eso era la lucha de las mujeres cuando yo estaba. Pero allá hacía años que estaba luchando por eso. En las agrupaciones de vecinos estaban las comisiones de mujeres, que hacía lo mismo que la consultora, acompañaba a la mujer. Las mujeres en Cataluña, la frontera más cercana era Francia. Hacían viajes en tren y las esperaba una camioneta, y ahí las llevaban a una granja donde había un médico, había que acompañar a esas mujeres a hacer esas movidas, que generalmente era gente muy pobre que no tenía plata para ir a abortar a Inglaterra o a Holanda, que era donde había médicos y clínicas especiales para esas cosas. Se abortaba en una granja en un lugar secreto. Y a veces las consultoras de las comisiones de vecinas, hacían ese

acompañamiento... y después acompañar el proceso.

Entrar al *plani* fue para ella una verdadera revolución que le permitió un despliegue personal, afectivo y militante.

Entré en un trabajo que era como una militancia. Aprendí mucho con esas mujeres. Aprendí mucho con las decisiones tan dolorosas que tenían que tomar y como salían adelante. Aprendí de sexualidad con las gitanas (...) Me cambió la vida hasta el día de hoy. (...) Yo me hice feminista allá en Barcelona, acá era sindicalista y socialista. El trabajo con las mujeres del *plani* me puso contra la pared y ahí conocí el feminismo.

Hablamos mucho sobre esta etapa de su vida. Nos contó muchas anécdotas, de la conformación del equipo, de las instancias de formación, de las mujeres que asistían al *plani*, de situaciones complicadas que tuvieron que afrontar y también de momentos de risa y distensión. Pero en particular, hay algo que nos dijo que nos quedó grabado en la retina.

(...) me di cuenta de mí ser total, como si yo antes como militante sindical fuera la cabeza nada más. La cabeza, la palabra, las puteadas. Fue en las reuniones que hacíamos con las compañeras, ahí me descubrí a mi misma, con todo mi ser, mi cuerpo. Una sensación nueva para mí. La militancia sindical era de acá [se señala el cuello] para arriba. Y después me encontré con mi propio yo, mi propio cuerpo. Es lo mejor que me pasó también, porque descubrirte a ti misma con el dolor ajeno, era como un nacimiento nuevo para mí. Ellas me decían: 'Julia, tú eres feminista, siempre lo fuiste'. (...) Y yo les decía: 'No, yo soy socialista'. Angélica, que es una comunista, una luchadora, de la comisión de vecinos, me decía: ¿Julia, tú eres feminista'? Y yo discutía que yo no me sentía todavía. Pero al trabajar con aquel grupo de mujeres, ahí me hice feminista. Aquellas mujeres eran mi espejo, me devolvían mi imagen cuando hablaban o cuando preguntaban, cuando lloraban. Me devolvían mi esencia de ser mujer (...) El cuerpo no lo tenía, me lo devolvieron esas mujeres.

Del 14 al 16 de mayo de 1981 la *Comisión de mujeres catalanas en solidaridad con las mujeres uruguayas*, colectivo del que formó parte activamente, organizan *El Encuentro Internacional de solidaridad con las mujeres uruguayas* (Comisión

de mujeres catalanas en solidaridad con las mujeres uruguayas, 1981). Nos recuerda varias veces ese acontecimiento.

(...) vinieron gente de México, uruguayas, de Madrid, etc. Eso está en el cuaderno que se editó después de esa conferencia. (...) se hizo una pegatina muy grande, en solidaridad con las mujeres uruguayas presas en su país, y eso fue importantísimo. Eso fue en el 80. Se crea una comisión de mujeres catalanas con las mujeres uruguayas, porque nosotros denunciábamos. Ahí ya habíamos empezado a militar con Wilma, con Gladis y con Judith, denunciando situaciones que pasaban en Montevideo, de la dictadura. Trabajábamos con mujeres del Partido Comunista (PC), el Partido Socialista ((PS), independientes, exiliadas uruguayas. Ahí empezamos a militar las uruguayas con las catalanas juntas en esa comisión (...) Las catalanas estuvieron muchas presas en campos de concentración en Francia, y muchas de ellas habían estado en campos de concentración siendo jovencitas, ahora eran mayores (...) Se llenó la prensa porque salió un dibujo de una catalana, un cuadro que nos regaló para los afiches (...) se unieron parlamentarias políticas de todo tipo, periodistas. Explotó esa comisión (...) llegó la presidenta de Cruz Roja, (...) éramos invitadas, a muchos lados. Y yo seguía trabajando de doméstica.



María Julia mostrando un afiche de las campañas de solidaridad con presos y presas políticas del Uruguay que realizaron en Barcelona a principios de los 80. Fotografía: Val Rodlez (2021)

Los ochenta están también marcados por la separación y posterior reconciliación con su compañero Aníbal. Aníbal se había exiliado a Francia primero, y se habían conocido con María Julia en España. En el '85 la salud de María Julia se complica, la operan de la vesícula, transcurren 29 días internada en estado grave.

Nos casamos en España en el 85. Cuando yo me enfermé él me cuidó mucho. No salió de al lado de mi cama, cuando estaba en el CTI, 29 días. Me cuidaba mucho, me cuida mucho hasta ahora. Por lo general Aníbal es parco y silencioso, es un canario tropero, esquilador, integrante del sindicato de rurales de Florida, junto al compañero Marrero. Y cuando volvimos a esta casa del Cerro, estábamos encantados, tenía una quinta preciosa. Y tenía esa cosa de que había una flor, que estaba esperando que abriera para traérmela a la cama. Después teníamos bichitos. Nacía un pato, y venía muy temprano y me decía 'abrí la mano', y era una ternura de patito chiquitito. Esas cosas nunca las hubiera tenido José, el padre de mis hijos. Tiene una ternura muy escondida. Quién sabe qué infancia haya tenido (...) Y eso es lo que pienso, lo que me sostiene al lado de él.

María Julia tiene algunas preocupaciones muy claras y sabe repetirlas, invitando a leer lo que los grandes relatos guardan entre líneas. La preocupación por la invisibilización del rol político de las mujeres la desvela y contagia, con su paciente entusiasmo, esas ganas de releer la historia desde una sensibilidad feminista. Así nos pasó con sus relatos del exilio en Barcelona. Escucharla contar cómo llega a una ciudad ajena huyendo del terror de las dictaduras uruguaya y argentina, y cómo rearmaba su vida en términos laborales y militantes, es una invitación a visibilizar a las mujeres que fue encontrando en su camino. En un paseo, en el barrio, en un boca a boca, el azar movió sus hilos y ellas supieron tejerse para sostener la vida en el exilio y para amplificar lo que las dictaduras estaban haciendo en los países del sur de América Latina. Nos contó numerosas anécdotas, nos mostró fotos y afiches y hasta nos prestó materiales para que escaneáramos. Y en cada una de ellas aparecía una legión de mujeres haciendo tareas de las más diversas.

Pero hay una tarea particularmente importante sobre las que nos quería hablar: la organización de la solidaridad para con las personas presas y desaparecidas de la dictadura uruguaya. Una labor política fundamental también para la recomposición de las organizaciones sindicales y políticas. En esta tarea de hormiga de recaudar y enviar fondos, de comunicarse con la prensa y demás asociaciones hubo un protagonismo político de las mujeres que, nuevamente, quedó invisibilizado. Hablamos mucho sobre esto en nuestros encuentros. Ella nos contaba y nosotras tomábamos nota. Teníamos todo para empezar a reconstruir este período de su vida. Sin embargo, un día nos manda un mensaje diciendo que quería escribir sobre esta etapa de su vida, que precisaba, ella misma, poner en letras estas memorias. Fue así que a finales de octubre del año pasado, exactamente el 30 de octubre del 2020, nos envía por mail este relato para que integremos al material que veníamos recopilando. Qué mejor entonces, que leerla a ella.

El feminismo que brotó: María Julia en el exilio

El 20 de marzo de 1977 llegué a Barcelona con mis tres hijos. Nos esperaban el padre, que un año antes se había marchado allí, y su hermana. Luego de los abrazos nos dirigimos al apartamento que el padre había alquilado para nosotros. Él vivía en casa de su hermana cerca de allí. El apartamento era pequeño pero con grandes ventanas y mucho sol. Estaba amueblado muy modestamente. Nos explicó que la escuela para los dos niños estaba a dos cuadras, que no tendrían que cruzar ninguna calle importante y que el mayor también podría ir caminando al liceo.

Yo me sentía muy rara en otra gran ciudad. Otra vez sin conocer a nadie, solo a mi cuñada, y por suerte. Mis hijos estaban muy contentos; otra vez con el padre cerca y la tía Marucha que nos daba la bienvenida con los besos y caricias que tanto necesitábamos. A mi hijo mayor, su padre le propuso ir a vivir con él. La primera semana salimos a recorrer el barrio, a ver dónde estaban los negocios, la panadería, verdulería, la escuela y la farmacia. Todo estaba

cerca. Sentíamos hablar muy bullicioso castellano, andaluz, gallego, catalán, pero no lo distinguíamos todavía '¡qué raro hablan!' decían los chicos. Vimos muchos turistas extranjeros en las plazas, sus máquinas de fotos y mochilas. Espacios abiertos, muchos árboles, un gran parque cerca. Atrás quedó el miedo paralizante de Argentina.

A la semana de estar allí, el padre de los niños nos invita al zoológico. Llegamos a un gran parque y dentro de él, la puerta de entrada al zoológico. Mientras nos acercábamos, vi una mesa con libros, con preciosas encuadernaciones e ilustraciones del mundo de los animales: el gran Larousse enciclopedia. Me quedé mirando... Los niños le preguntaban al padre cuando entraban a ver a *Copito de nieve*, el mono gigante blanco del cual habían oído hablar. Los vendedores, tres hombres y una mujer, pusieron atención a los niños y preguntaron si eran uruguayos. 'Sí', contestamos. Ellos dijeron: 'Nosotros también', y nos alegramos todos.

Allí quedé conversando; mis hijos y su padre entraron al zoológico. La conversación fue muy interesante, me preguntaban de qué barrio de Montevideo era, en que trabajábamos. De ellos supe otro tanto. Ninguno contó por qué se habían ido y yo tampoco pregunté. Cuando supieron que solo llevaba una semana en Barcelona y que estaba sola con los niños, me preguntaron si quería trabajar con ellos vendiendo libros. Me sorprendí, pero me gustó la idea: yo tendría trabajo. Gladis me dijo muy optimista que se ganaba bien a comisión y se cobraba a mes cumplido. 'Saldrás adelante, ya verás'. Me dio su teléfono y yo me fui a buscar a los que se adelantaron. Quedé contenta porque encontré posible trabajo y posible amiga.

Luego de muchos días, con los niños pequeños ya en la escuela y mi hijo mayor con el padre y la tía, pensé que ya podía trabajar. Llamé a Gladis para que me orientara, ver si podía tener una entrevista con la distribuidora e ir con ella. Me acompañó y me enseñó a trabajar. Así empecé de vendedora de libros en una ciudad que no conocía, pero tenía a mi nueva amiga que me puso al día,

hablando mucho de todo y todo el rato de trabajo. Estuve durante un tiempo en la puerta de la Facultad de Medicina y en la puerta de los hospitales con esa bendita mesa al aire libre. Algunos otros libros se vendían a plazos: se llenaba un formulario de compra en cuotas y luego el repartidor lo llevaba al domicilio del cliente. El repartidor era el esposo de Gladis, Ariel. Tenían un niño de 3 años, Pierre.

Los sábados y domingos mis hijos Ernesto y Felipe se iban con el padre a lo de la tía donde estaba su hermano José Conrado. Yo quedaba sola, pero mi nueva amiga me invitaba a su casa con su pequeña familia. Esa fue mi familia sustituta, que me ayudó a reacomodarme a mi nueva situación de emigrante y exilada política. Era una pareja muy amigable, más jóvenes que yo. Ella tenía 24 años y yo 38, pero me parecía que yo tenía muchos años más y una larga vida pasada.

El padre de mis hijos tenía una nueva pareja en Barcelona, una española. Yo lo sabía desde antes de ir a España. Fui para que mis hijos estuvieran cerca de su padre, que me lo pedía él por carta. Eso quedó claro desde el principio. No niego mi rabia de entonces, ni mi fragilidad frente a todo. Pero en Argentina corríamos peligro y siempre miedo. Me parecía bien que mis hijos vivieran cerca del padre, tenían derecho.

El único documento que tenía era el pasaporte, decía: “no apta para trabajar”. Me lo puso emigración al entrar a España. La editorial y la distribuidora contrataban ilegales hasta que los descubrieron. Así trabajé un año y medio, hasta que un directivo de la editorial hizo una estafa y quedamos en la calle por falta de documento. Otra vez sin trabajo, Gladis, Ariel y yo. Por suerte la camioneta era de ellos y él podía trabajar de transportista. Mi exmarido pagaba la escuela y el alquiler, nada más. Con los libros ganaba bien para los gastos de comida y demás gastos mensuales, pero nada más. Otra vez a buscar trabajo en negro.

Los papeles. Teníamos que ir a la comisaría cercana cada tres meses, se

demoraba mucho tiempo en conseguir la residencia permanente. Encontraba trabajo de doméstica y trabajaba siempre, plata en mano; luego encontramos trabajo, con Gladis, en una empresa de limpieza tercerizada donde pagaban un poco más; Olivetti, así se llamaba la empresa. Éramos tres limpiadoras por piso, cinco pisos de oficinas de media manzana. Nos daban trabajo en negro a uruguayos y argentinos con la misma suerte que nosotras. Allí pasé bien con una brigada de andaluzas en un horario de dos a diez de la noche. Los niños pequeños tenían escuela doble horario y comían allí. El hermano venía a estar con ellos en las tardes, los niños tenían una llave colgada al cuello para entrar en casa y tomar la merienda ellos solos hasta que llegara el hermano mayor. Entonces mis hijos tenían 7, 8 y 15 años.

Al poco tiempo vino a vivir, en otro edificio de la misma cuadra, una familia de uruguayos. Resultaron ser Braulio, uno de los Olimareños, Estela, y su hijo Camilo, de la misma edad que Felipe. Conseguimos que Camilo fuera a la misma escuela que Felipe. También allí empezó el hijo de Gladis. Era un colectivo de uruguayitos, integrados a los niños del barrio y a la escuela. En ponerlos en esa escuela tuvimos suerte porque nos la recomendaron. Una orientación diferente a las que existía durante el franquismo. Era una cooperativa de maestros y funcionaban afín a la ideología de la pedagoga catalana Rosa Sensat, un movimiento de la “Escuela del Bosque,” es decir, “para todos.” Eso fue bueno para nuestros niños y los del barrio; compartían, les prestaban las bicicletas y los patines a nuestros hijos, los uruguayitos como les decían. Después conocí a Aníbal, que vivía exiliado en Francia y llegaba esporádicamente a Barcelona. Lo encontré en casa de Braulio López, en una fiesta familiar. Nos hicimos amigos. Cuando venía a España nos visitaba.

Vino a vivir al barrio una compañera de la salud: Wilma. Era enfermera y militante del sindicato de la Española en Uruguay. Todas exiladas, que nos avisábamos cuando quedaba un piso barato en alquiler y compartíamos las dificultades y el cuidado de los hijos. Las noticias de Uruguay las hacíamos colectivas. En ese momento conocí también a Susana, militante del

sindicato de la salud, del Sindicato Médico del Uruguay, que vivía a unas cuadras de distancia. Ella había llegado sola, después de pasar cuatro años en la cárcel en Montevideo durante la dictadura. Todas mujeres que nos sosteníamos en historias comunes: era la solidaridad. Susana se marchó a Italia. No la vi más hasta el retorno. Ella fue importante para mí, después, en nuestro desexilio al retorno a Uruguay. A otra gente que conocí en la *Casona en el Enxample* de Barcelona, fue a Marta Nelly, una mujer uruguaya que llevaba una audición radial en Montevideo. Ella había llegado mucho antes que yo y creó ese lugar de encuentro para uruguayos. Se escuchaba música latinoamericana y por un modesto *tiquet* teníamos bebidas y empanadas. La primera vez fui con Estela y Gladis. Allí encontré conocidos, un lugar abierto al que se podía ir con los hijos. Fui pocas veces. Estaba ya aclimatada al barrio y mis visitas eran a esas amigas y compañeras más cercanas. No militaba en nada en ese entonces, si mucho en la solidaridad inmediata cotidiana con cada recién llegado. Lo hacíamos naturalmente porque es muy duro llegar a un lugar desconocido y con las manos vacías.

Recuerdo un bar, *Els Amics*, en donde se juntaban uruguayos a intercambiar información sobre el país. Sus dueños eran unos compañeros socialistas uruguayos, Marta y Quicho con sus dos hijos adolescentes, eran de la ciudad de Durazno. Un ambiente muy solidario. Y cálido para nuestra nostalgia. La familia de Collazo vivía cerca y nos veíamos algunas veces. Sus hijos eran amigos de mi hijo José Conrado desde la escuela primaria, en Montevideo. Estas primeras amistades del exilio se consolidaron fuertemente para toda la vida. Los muchachos se siguen viendo esporádicamente todavía hoy, hombres y mujeres, los niños del exilio.

España estaba movilizada, mejorando las condiciones económicas. A la salida del franquismo los que tenían trabajo, los españoles, tenían facilidad para obtener créditos bancarios. Aunque venían de una sociedad austera, se pasaron rápidamente a una sociedad de consumo masiva. Préstamo para todo, tarjetas, compraban con papeles. Nosotros vivíamos en la pobreza, en la ilegalidad más

absoluta. Eso de que estábamos bien porque estábamos en Europa era un cuento, una mentira. Estábamos sufriendo un destierro, un exilio orquestado desde el plan Cóndor; lo supimos después y está comprobado. Los y las españolas mayores que nosotros fueron muy solidarios con los uruguayos desde el principio. Ellos también habían sufrido destierros y campos de concentración, compartíamos historias comunes. Salían a la democracia después de cuarenta años, después de la muerte de Franco.

En los contenedores donde desechaban muebles y electrodomésticos aparecía de todo: camas, sillas, mesas. Tiraban todo lo viejo, compraban nuevo. Piletas, baldosas, grifería, espejos, muebles de cocina y de baño, bañeras, roperos, mesas de luz, libros, ropa, juguetes, cajas con ollas y platos, utilería de bares y sus mobiliarios. Nosotros lo veíamos como una ostentación. Los gitanos y los latinoamericanos los reciclábamos en nuestras viviendas. Los compañeros nos llamaban pidiendo que si sabíamos de una cocina o heladera para una persona recién llegada, avisáramos. O si salía algún trabajo temporal. Estábamos en la solidaridad de la vida cotidiana. Se movía mucho, este mundo tan complicado, y nosotros también aprendimos a movernos en la democracia que nos abría las puertas en distintas partes del mundo y empezamos a comunicarnos. Esa fue la primera labor de las mujeres de mi barrio, cerca de Plaza España de Barcelona. También funcionaba un lugar donde se juntaban los uruguayos que también cumplía tareas de solidaridad, se llamaba *Centro Cultural Uruguayo Catalán*. Cumple una función importante hasta el día de hoy. Allí iban los uruguayos recién llegados en general orientados por otros uruguayos.

La apertura política en España y Europa facilitaba la difusión de las denuncias de lo que acontecía en Latinoamérica. Donde llegaba un exiliado político al país de acogida en Europa, se volvía un multiplicador, un denunciante de las dictaduras. Uruguayos, argentinos y chilenos difundían su música de protesta sin miedo, invitados a hablar en los actos políticos y sindicales, donde eran escuchados con mucho respeto. Contaban de los presos, las torturas,

las muertes y las desapariciones, interesando a las Comisiones de Derechos humanos de cada país. Las mujeres uruguayas y algunos hombres militantes en esos actos hacíamos finanzas para mandar a familiares y presos políticos o de desaparecidos (está documentado).

Cuando llega Wilma al barrio nos da tiempo de recordar nuestro pasado como militantes sindicales en Uruguay. La huelga general de 15 días y la resistencia de la Convención Nacional de Trabajadores (CNT) a la dictadura 1973. Ella en salud, yo en textiles. Nos integramos a la militancia política, contagiadas nos acercamos a la Unión General de Trabajadores (UGT), central de los gremios de los socialistas. Entramos siendo vendedoras de medias y pañuelos cuando estábamos sin trabajo, con dos bolsitas de mano, sin capital, en negro. Aquella gente nos recibía muy bien y nos compraba para ayudarnos, preguntaban de cómo estaba la cosa en Uruguay. Allí nos despachábamos a contar de las dictaduras y las penurias. Vendíamos para comer cada día. Wilma tenía un hijo de la edad de mi hijo mayor, separada, sola para *parar la olla* en cada día. Y en eso andábamos las dos. Esas ventas no nos reportaban mucho económicamente. Cuando nuestras clientas nos preguntaban cómo nos podían ayudar, pedíamos trabajo de limpiadoras porque no teníamos los papeles para trabajar. Así conseguimos entre las dos, llaves de casas de compañeras socialistas y comunistas para limpiar cuando ellas trabajaban. Nos tenían confianza. Éramos como una empresita sin papeles y ganábamos muy bien por horas. Confianza mutua y en negro.

Tanto Wilma como Gladis me volvieron mi alegría. Dejé de pensar en rencores personales, que tanto mal me hacía. No pedí nada, siempre trabajé, no le debo nada a mi exmarido.

Barcelona me devolvía las ganas de militar por mi país. Llegamos a la Confederación Sindical de Comisiones Obreras (CCOO), la central de los comunistas, también para explicar lo de Uruguay, invitadas a sus actos. Y ellos escuchaban atentamente que en Uruguay teníamos una central única.

Dos centrales obreras, CCOO y UGT españolas, lucharon y consiguieron las propiedades que el franquismo les robó en su dictadura. De los afiliados llegaba dinero. El movimiento sindical y político inundó las calles, se vivía con alegría la vuelta a la democracia. Los movimientos sociales salieron con sus propuestas, las iglesias progresistas con sus grupos en los barrios, la enseñanza se iba modificando con un movimiento de maestros contra la enseñanza de las escuelas religiosas del franquismo. Volvieron los afiches a los muros de Barcelona, tapando con las asociaciones de vecinos consignas de todo tipo y color.



Actividad de solidaridad con presos y presas políticas del Uruguay en Barcelona. (Fines de los 70).
Fotografía: Archivo personal

Aires de elecciones en España, Barcelona se une. Los grupos de socialistas con diferencias se agruparon en el Partido de los Socialistas Catalanes (PSC) para presentarse a las elecciones nacionales. Las mujeres socialistas me dieron trabajo, tres horas por día en un local para trabajar en fotocopidora y preparar una convocatoria a formar una comisión de mujeres dentro del partido, a empezar de cero. Acepté encantada. Yo solo apliqué la experiencia sindical que tenía en Montevideo: de mi sindicato textil, el Congreso Obrero Textil (COT), de organización en el Partido Socialista (PS), del centro Mateotti de la Unión y luego en Malvín y Buceo, cuando se forma el Frente Amplio (FA), con el compañero Mangarelli formamos el comité de base. Siempre me gustó trabajar en organización, y así fue. En poco tiempo estaba en marcha los principios de la comisión, las mujeres catalanas socialistas, con una parlamentaria al frente de esa secretaria. Ganaba poco, pero seguía trabajando con Wilma como siempre en algunas casas de domésticas. Al poco tiempo ella encontró trabajo fijo como enfermera en una residencia de la tercera edad porque tenía adelantado los papeles de residencia. Ella estaba muy feliz y todas estábamos contentas por ella.

Una de las casas donde trabajábamos por hora era la de Elvira, una médica feminista luchadora por los derechos de salud de las mujeres. Al decir que dejaríamos de ir porque Wilma había conseguido trabajo fijo, se interesó por mí y me explicó que se abriría pronto un curso para trabajar en Planificación Familiar. Era un nuevo proyecto de los ayuntamientos, llevado adelante por los grupos feministas de los barrios, porque durante el franquismo tenían prohibido todo uso de métodos anticonceptivos. Me orientó para anotarme y hablamos de mi escolaridad. Yo tenía los papeles del liceo de la Argentina. Me dijo que me anotara también en auxiliar de enfermería y babysiter para prepararme porque ese proyecto seguro saldría después de las elecciones nacionales. Así lo hice y le agradecí mucho toda su ayuda y el tiempo que trabajamos con ella y la confianza que depositó en nosotras. Así, a medida que conseguía mejores trabajos fui dejando el trabajo de doméstica.

Me emocionaron mucho los gestos de las mujeres catalanas que conocí, y su solidaridad. Otra vez me cambió el destino, pasé a ser estudiante de un colegio gratis para mujeres adultas, que llevaban unas monjas progresistas y te entregaban los papeles de asistencia al curso que sería útil para ese trabajo futuro. Por las mañanas en el PSC con la secretaría de las mujeres socialistas y a las tardes a las clases para trabajadoras. Cinco días a la semana estaba con los niños. Cuando llegaban del colegio, al rato llegaba yo y con ellos organizábamos la cena. La vida o la suerte me estaba protegiendo. Volvió mi entusiasmo de mis años de militancia en sindicatos de textiles en Montevideo. Volví a ser yo otra vez. Estaba feliz y con proyectos. Allí me vinculé a las feministas con quienes aprendí a trabajar en planificación familiar, en el centro de salud municipal.

El FA en el exilio podía convocar a actos de música. Así se fueron agrupando los frenteamplistas. Todos juntos trabajábamos en las actividades programadas de todos los grupos que lo conformábamos, vertebrando la unidad en el exterior. Se trabajaba, desde el FA y la CNT, en los actos de música, hacíamos finanzas en brigadas mayormente de compañeras. La CNT en el exterior cada día se organizaba mejor. Tanto en Barcelona como en Madrid se reagrupan más compañeros. Teníamos reuniones semanales. Las tareas de finanzas eran muy importantes. Ocho familias de presos, apadrinadas por nosotros, CNT Barcelona, a quienes se mandaba dinero para ellos mensualmente por vía de telegrama colacionado. También se cumplió, en el local de amigos de Naciones Unidas de Barcelona, la huelga de hambre del 13 y 14 de junio de 1980 que se realizó en distintos países en la misma fecha. Hubo grupos formados por la CNT en el exterior para realizar 24 horas de ayuno. Se convocó a la prensa escrita y TV donde se explicó el motivo “Amnistía para Uruguay!”. Único punto. Se recibió a personalidades políticas catalanas y de la cultura. Esta comisión de CNT funcionó desde 1979 a 1985, la coordinábamos en Barcelona junto con Marrero, y Ascencio.

Las elecciones en España dejaron como resultado ayuntamientos democráticos con mayoría de comunistas o socialistas en Barcelona. Las mujeres

feministas dan un gran paso en las reivindicaciones que estaban llevando adelante, entre ellos el aborto seguro, porque en España estaban prohibidos todos los métodos anticonceptivos, y por supuesto el aborto. En ese momento las mujeres del FA y la CNT uruguaya fuimos invitadas a formar parte de una comisión de "Mujeres catalanas en solidaridad con las mujeres uruguayas en el exilio". Esta comisión duró cinco años, de 1980 a 1985 cuando, de acuerdo con ellas, se disolvió al poder volver a nuestro país en 1985. Funcionábamos en el local de amigos de Naciones Unidas, que gentilmente nos prestaba su local. En un principio las catalanas hicieron la convocatoria, acudieron muchas mujeres, se llenó el local, nosotras emocionadas no lo podíamos creer. Ellas explicaron, que querían saber quiénes estaban dispuestas a ayudar, a difundir la situación de las víctimas de terrorismo de estado en Uruguay especialmente contra las mujeres: en cárceles, desaparecidas y/o asesinadas. Pusimos voces, junto con las mujeres catalanas, a nuestra lucha. Acudió la prensa que publicó artículos de la situación que se vivía en la dictadura en nuestro país. Para esa convocatoria se usó un correo muy amplio de prensa, todos los medios: radios, televisión de parlamento, de los ayuntamientos de Barcelona, de arte, teatro y cantantes, mujeres importantes de distintas instituciones del tejido social progresista, y se formó la comisión donde estábamos también las uruguayas. Cuando pusimos a trabajar los engranajes de la comisión en marcha, nos llegaban invitaciones a dar charlas y reportajes de prensa. No dábamos abasto. Se amplió la participación de compañeras uruguayas para poder ir a esas invitaciones en que nos daban un lugarcito para explicar qué sucedía con los presos, muertos y desaparecidos en nuestro país.

Un tiempo después de las elecciones que ganó Felipe González, los ayuntamientos democráticos convocaron a las personas que habíamos realizado el curso para consultoras en planificación familiar. Fui citada al ayuntamiento de L'Hospitalet, ciudad tocando Barcelona. Seleccionaron un equipo: una ginecóloga, una psicóloga, una enfermera, dos consultoras y una administrativa. Tuve la suerte de integrar ese equipo como consultora durante

ocho años, donde teníamos una formación permanente a cargo del propio lugar de trabajo. Una consultora en *plani* es un agente de salud, que cuando una mujer llega al servicio informa de métodos anticonceptivos, abre la historia clínica y deriva a la profesional en que está interesada la paciente (ginecóloga, psicóloga, abogada), o se deriva a las charlas grupales que funcionan una vez por semana. Este servicio fue creado esencialmente por las mujeres de los barrios españoles. Las italianas feministas estaban en la misma, discutiendo los mismos temas de salud de las mujeres. Fue una etapa muy rica de los años '70 para las feministas de Europa y las mujeres de EE.UU. Las mujeres de Boston publicaron un libro *Nuestros cuerpos, nuestras vidas* (Colectivo del libro de salud de las mujeres de Boston, 1982). Las alemanas nos trajeron un libro *La pequeña diferencia y sus grandes consecuencias* de la autora Alice Schwarzer (1979), donde las mujeres hablan de sí mismas. El feminismo llegó para quedarse; y yo ahora soy feminista y socialista. Creo que lo fui siempre, pero sin saberlo. Cuando las compañeras fueron al sindicato textil a hablar de feminismo, mucho antes del golpe militar, ya me di cuenta de que feminismo y trabajo tenían algo que ver. El sindicato tenía una comisión de mujeres, desde que se formó la COT en el '66. Discutimos sobre temas como igual trabajo - igual salario, casas cunas en lugares de trabajo. Esa comisión de mujeres no era más que una parte del sindicato. Venían a hablar con nosotras feministas, algunas que después formaron asociaciones como Grupo de Estudio sobre la condición de la mujer en el Uruguay (GRECMU) o el Plenario de Mujeres del Uruguay (PLEMUU). Había muchos temas de mujeres reivindicativos, como por ejemplo el caso de la compañera que abortó en el baño de la fábrica y la despidieron, el abuso en los lugares de trabajo, dónde dejar a los hijos chiquitos, esos temas. Igual trabajo igual salario fue una reivindicación revolucionaria para ese momento. Ya ahí me sentí feminista y no sabía. Entonces, desde ahí lo soy.



Manifestación de mujeres por Av. 18 de Julio (Mediados de la década de los 80). Fotografía: Archivo personal

En diciembre de 1987 volví del exilio. Tenía 49 años, no era edad para jubilarme y mis compañeras del *plani* no querían que me viniera. Lo pensé y pedí excedencia por cinco años aconsejada por mis compañeras, porque no sabía que encontraría aquí en Uruguay. Sin trabajo otra vez. No pude traer a todos mis hijos. El mayor y el menor tenían trabajo, su vida en Barcelona. No podía arrancarlos otra vez. Eso fue desgarrador para mí. Con Ernesto (mi hijo mediano) y Aníbal (mi compañero) ocupamos mi casa en el Cerro, el barrio de mi infancia otra vez. Volví contenta a mi familia, a mi barrio, a mi pueblo, a mi país que tanto extrañé y por el que tanto luché desde el exilio. Estaba otra vez feliz... y pobre.

Volver al jardín: Desexilio(s)

El contexto de ese momento es de mucho 'barullo' sobre el retorno a Uruguay. Aníbal estaba listo para volver, pero ella no lo tenía claro porque

no tenía trabajo, y además se estaba recuperando de su salud. Él retorna primero, ella continúa trabajando hasta el '87 en planificación familiar. Retorna a Montevideo entonces, a una casa en el Cerro, una casa que estaba en ruinas y que con ayuda de familiares dejaron hermosa, casa en la que nos supo recibir en nuestras visitas durante el transcurso de esta historia de vida.

El desexilio fue una etapa agridulce y llena de contradicciones. Por un lado, la alegría de volver a Montevideo, su barrio, abrazar a su madre y su familia. Por otro lado, la tristeza de dejar a dos de sus hijos en Barcelona, a sus queridas amigas y al trabajo en el *plani*. Una vez asentada en Montevideo, se encuentra con una sensación que describe a la perfección.

Me sentía como desplazada. 'El que se fue a Sevilla perdió su silla'. La gente, si bien se alegraba de verte, no te contaba nada. La herida estaba abierta y no se preguntaba. Tampoco nadie nos preguntó cómo habíamos hecho para conseguir el dinero que mandábamos. Y una sentía culpa de haber estado en el exterior y tampoco hablaba.

La vuelta a Uruguay enfrentó algunas dificultades también en términos económicos.

Cuando vuelvo tengo que trabajar en tres lados para poder sacar un salario mínimo. Trabajaba unas horas por semana en el Foro Juvenil en el equipo de sexualidad. En EMAUS en el barrio Nuevo París con mujeres mayores, amas de casa, desocupadas y empleadas domésticas, otras horas por semana. Y en Mujer y Sociedad en planificación familiar dando charlas como asistente de la ginecóloga, otras horas por semana. Con los tres lugares no alcanzaba, y por otro lado Aníbal trabajaba en la quinta y en la construcción, en changas.

En medio de este difícil momento, alentada por su experiencia de trabajo con grupos de mujeres, comienza a estudiar Psicología Social en la Escuela de Hugo Monetti.

Lo mejor que me ha pasado es hacer Psicología Social con la escuela de Monetti,

que lo hice a los 50 años cuando volví al exilio. Ernesto cursaba conmigo Psicología Social en otro grupo. Y a ellos [sus hijos] les ha hecho muy bien que yo estudiara.



La aplanadora mujeres. Encuentro de mujeres en Uruguay (Mediados de los 80) Fotografía: Archivo personal

Cierra los ochenta con la muerte de su madre, e inicia los noventa con la separación y posterior divorcio de Aníbal, y el regreso a Barcelona, donde se encontrará con una segunda etapa en el ayuntamiento.

Mi madre se murió en el 89. Yo tenía 51 años y fue un año muy triste para mí. (...) en el 90 tengo 52 años. Hay una crisis de pareja con Aníbal (...). Pasé horrible. Estaba viviendo con Ernesto. Aníbal empezó a trabajar en la construcción y empezamos con unas crisis tremendas por el alcohol. No le gustaba que yo estudiara Psicología Social. Él tenía celos y yo desilusión. Me levantaba a las 5 o 6 de la mañana para estudiar, para escribir. Era una época de muchos apagones. (...) Cuando se levantaba él, yo ya estaba trabajando y me decía: '¿Para qué estudias? ¿Quieres ser Presidenta de la República?'. Un

ataque. El alcoholismo esa maldita enfermedad, que también vi en mi padre y en mi abuelo y que volvía con Aníbal para a minar nuestra relación. Es una forma de agresión que muchas mujeres vivimos, por eso hay que hablarlo. Todo era porque llegaba a la noche. Yo salía al mediodía para trabajar en todos esos lados (...) y llegaba a las 11 de la noche. (...) Muy bueno fue eso [estudiar Psicología Social]. Me sacó de lo que había en casa.

En el 1993 ya no se pueden sostener económicamente en Uruguay. Regresa a Barcelona, a una segunda etapa en el ayuntamiento, ya no para trabajar en planificación familiar, sino para trabajar sobre violencia doméstica².

La prioridad en ese momento era violencia doméstica. No era *plani*, porque *plani* se había integrado a la seguridad social. (...) cuando fui empezamos a trabajar en un lugar muy precario y había una violencia doméstica increíble. Menos mal que en los 5 años que estuve acá hice el curso con Hugo Monetti. Con más herramientas, con la dinámica de grupo, que no las conocíamos allá, hacíamos las consultoras las charlas, pero no con grupo. Formar grupos, equipos, cuesta muchos años para que puedan estar en consonancia una persona con la otra, porque cuando vas tenés un poco de recelo, de sentimiento de ¿podré o no podré? Y formar un grupo lleva muchos años. Y yo me acoplaba enseguida. Es una actitud positiva ante el cambio. Si no tenés una actitud positiva...

Nos cuenta sobre su familia en esos años, cerrando los noventa. En 1995 se enferma Felipe, pasa un período internado y luego en recuperación. En ese tiempo se reconcilia con Aníbal, con quien está en pareja hasta hoy. Nacen sus primeros dos nietos, luego nacería el tercero. En 2004 regresa a Montevideo. Cuatro años después conoce a dos compañeros de la Universidad de la República, Agustín y Matías. “La descubren” nos dirá ella. A partir de este encuentro se motiva para compilar sus textos y escribir su libro. Y diez años más tarde, en 2014, presenta el libro que la diera a conocer, y por el cual nosotras nos acercáramos a ella. En 2017, la invitamos a participar en algunas

2 A propósito de la denominación ‘violencia doméstica’, en uno de los encuentros nos dirá “Después empecé a trabajar en violencia doméstica [se ríe] ¡que antigua! Ahora no se le dice así, es violencia de género porque no es solo en la casa”.

instancias de un grupo de investigación, a partir del cual escribimos la cartilla antes mencionada. A partir de aquí es historia conocida. Coordinamos con ella para llevar a su casa la invitación a la presentación de la cartilla, y una copia de la misma. Le escribimos una dedicatoria. Estábamos un poco nerviosas y ansiosas, y sobre todo felices de que nos recibiera en su casa. No imaginamos que ese sería el primero de varios encuentros en que nos relataría su historia de vida.

Lo que cuentan las tortugas

La historia no es lo de antaño solamente, está construyéndose ahora, en cada momento que transcurre, en cada momento de las mujeres en las fábricas, en las calles, en el trabajo del campo, en el doméstico, maestras rurales, amas de casa... Todas las mujeres donde sea que estén... La historia va articulando en lo cotidiano los acontecimientos colectivos, sindicales, políticos y sociales de un país. No solo debemos recordar, compañeras: hay que escribir. Porque lo que no está escrito no existe, se lo lleva el viento, es la invisibilidad, es la no historia (Alcoba, María Julia, 2014, p. 169).

A María Julia la conocimos a través de las páginas de su libro. El epílogo del libro, la frase que elegimos para abrir este final, nos empuja a seguir escribiendo. Como una receta de bruja pasada de boca en boca, María Julia nos invita a escribir la historia, nuestra historia, esa que hoy nos encuentra.

Vibramos en la misma sintonía y varias veces nos vimos reflejadas en su sentir. Saltando generaciones, épocas y países, pudimos entendernos plenamente como mujeres y como feministas. Las anécdotas amargas de la militancia mixta y la desvalorización de las mujeres, los sinsabores de la vida de pareja, los amores y las separaciones. Pero también la alegría del encuentro con las amigas, del entre mujeres, la ternura de la crianza, el acompañamiento mutuo, los cuidados.

María Julia es de habla calma y reflexiones agudas. En un encuentro

nos dijo “Ahora me muevo como una tortuguita, ¿saben por qué? Porque soy lenta, pero rápida de pensamiento.” Reímos juntas y pudimos comprobar que este apodo, que heredó de su padre y su hijo le recrea, le calza a la perfección. Avanza lento pero seguro, porque sabe muy bien a donde va. Es paciente y constante, ella sabía que teníamos que escribir juntas y acá estamos. Y este es solo un inicio, pues quedan muchas páginas por escribir, porque sus historias, sus cuentos, sus anécdotas, tienen que ser contadas. Sus palabras, esas que abrazan, tienen que continuar resonando en otras, multiplicándose, como los brotes de las plantas que nos ha regalado, y que nosotras aquí comenzamos a compartir.

Estas palabras nos abrazaron mientras juntábamos brotes de plantitas en el jardín de su casa, mientras preparábamos un almuerzo en su cocina, sentadas a su lado o a través de la pantalla del ‘ordenador’, cuaderno en mano, deseosas de poder escuchar lo que ese día tenía para contarnos. Nos dimos cita cada vez, y esa cita de ese día marcado en la agenda, fue vivido como un acontecimiento. En varias ocasiones nos esperó de labios pintados, luciendo hermosas y coloridas chalinas, haciendo juego con sus boinas en invierno. Nosotras hacíamos nuestro mejor esfuerzo por arreglarnos para encontrarnos con ella, Cuando nos íbamos de su casa, o cortábamos la videollamada, quedábamos exaltadas, y no podíamos parar de hablar sobre tal o cual frase, sobre tal o cual partecita de su historia, sobre cómo seguir, sobre lo bello del vínculo que veníamos tejiendo y la confianza mutua que veníamos cultivando.

Le contamos lo que nuestro encuentro con ella ha generado en nosotras, y le preguntamos a ella al respecto.

El trabajo que están haciendo me parece bien porque yo siempre, cuando quiere hacer uno, sin preguntas, a veces no las podés decir. Porque o no te acordás o no las querés decir o se quedan adentro, como en el tintero. Y este trabajo que hicimos, que ustedes me ayudaron a recordar, que es lo más importante para mí, porque cada día me olvido de más cosas, cada día. Y eso es importante para poder trabajarlo en grupo, y trabajarlo con ustedes. Eso es lo más importante,

que ustedes sean quienes le pongan el entusiasmo que le pusieron, y para mí es un orgullo y un acompañamiento de mi vejez, que pueda decir lo que le sirva también a otras mujeres (...) Yo sé que no soy una gran oradora, no soy oradora de barricada. Sino que soy lenta para hablar, pero lo importante es que llegue más lejos con la palabra. Eso ustedes seguirán, los ecos de esas palabras, a sus compañeras, a todo lo que significa la palabra de las mujeres en el mundo social, que las ningunean mucho a las mujeres. Que las mujeres siempre están dentro de casa y fuera de casa, es lo que no se dice. Siempre, en cada momento social de la historia de la humanidad, están las mujeres. Las mujeres fueron las primeras que hablaron contra la guerra. Las primeras que hablan muchas veces, como las mujeres de la Plaza de Mayo. Una simple pregunta: ¿dónde están los hijos? En lo social en este momento hay muchas mujeres luchando por compromiso social. Y eso no sale en la prensa, no sale en la televisión, sale muy poco en la radio. Y son las mujeres que tienen esas voces. No me importa ser lenta, sino que me entiendan lo que digo. (...) A mí ustedes me han generado un aire fresco que ha llegado a mi casa, y que, si bien las conversaciones a veces eran íntimas o dolorosas, o a veces nos generó risas, o nos generó un silencio, esos silencios que hablan, tanto la llegada como la salida de ustedes de mi casa me generaba eso que tenemos las mujeres de mi familia, que cuando se iban mis tías, mi madre les decía: 'vamos a ver las plantitas'. Entonces iba mi madre a darle unos gajos de las plantas. Y eso es una multiplicación de hechos que generan el vínculo muy fuerte. Lo de las plantas es muy fuerte porque generas en el otro una continuidad de aquella visita. Ustedes eran 'la visita'. Una visita no, 'la visita esperada'. (...) A lo largo de la vida te encontrás con personas que te abrazan sin hacerlo, te abrazan con la palabra, te abrazan no con el cuerpo sino con la palabra. Hay que ponerle palabra a todo lo de las mujeres, para decir lo que aquellas callan. Por eso la palabra es multiplicadora. Los ecos de la palabra son los multiplicadores. Como las plantas. Es el vínculo que se establece (...) Yo no es que me repliegue porque quiera. Me repliego porque tengo problemas de salud, de piernas, de brazos, y eso me impide ir a las actividades. Eso cada día me dificulta más. Pero yo pienso: hay tanta juventud ahora con la misma temática de las mujeres, por suerte, que yo sería una hormiguita entre tantas. Y para sumarme me gustaría, pero no puedo y pienso que lo que puedo hacer es pensar en lo que está pasando. Está pasando

una revolución de verdad. Como decías tú en el cuento³. Está pasando, ahora mismo está pasando una revolución.

Los diálogos con María Julia fueron eso, diálogos. Nosotras la escuchamos y la leímos, y ella también supo preguntarnos, y supo también leernos. Le compartimos textos de nuestra autoría, nos devolvía sus comentarios. Y ahí fuimos prestándonos palabras para nombrar este momento de revolución que nos encuentra. Ella, cada tanto, nos sigue sorprendiendo con algunos de sus cuentos que nosotras guardamos con ganas de leérselos a otras. Pero esto, ya es otro cuento.

3 Como mencionamos previamente, compartirnos textos de nuestra autoría se nos volvió una práctica común; así como también dialogar desde las resonancias que nos generaban estas lecturas.

Referencias bibliográficas

Alcoba, María Julia; Carámbula, Matías; Cardeillac, Joaquín; Cúccaro, Julia; Cúccaro, Shirley; Fagundez, Rosa; Flores, María; Fontora, Nélida; Krapovickas, Julieta; Migliaro, Alicia; Robledo, Gabriela; Rodríguez Lezica, Lorena; Troche, Susan (2019) *Y las mujeres, ¿dónde están? Guía para abordar desigualdades de género en sindicatos rurales*. Universidad de la República. Disponible en: https://www.colibri.udelar.edu.uy/jspui/bitstream/20.500.12008/29985/1/Y%20las%20mujers%20donde%20estan_2019.pdf

Alcoba, María Julia (2014) *Las mujeres, ¿dónde estaban?*. Montevideo: Primero de mayo.

Comisión catalana de solidaridad con las mujeres uruguayas (1981) *Informe Encuentro Internacional de solidaridad con las mujeres uruguayas*. Barcelona

Fontora, Nélida (2018) *La llama no se apaga*. Montevideo: Primero de mayo.

Colectivo del libro de salud de las mujeres de Boston (1982) *Nuestros cuerpos, Nuestras Vidas*. Barcelona: Icaria.

Schwarzer, Alice (1979) *La pequeña diferencia y sus grandes consecuencias*. Barcelona: Lasal Edicions De Les Dones.



María Julia Alcoba, Alicia Migliaro y Lorena Rodríguez Lezica. Fotografía: Val Rodlez (2021)

Datos Biográficos

María Julia Alcoba Rossano nace en 1938 en Montevideo, en el Cerro, barrio donde vive hasta su casamiento, en 1960.

A los trece años, sin terminar la escuela primaria, ingresa a trabajar en Lanús Uruguayas.

Con catorce años se integra a la militancia sindical y a la Unión Obrera Textil.

Entre los años 1955 y 1956 es co-fundadora del Congreso Obrero Textil, que agrupa a todo el gremio a nivel nacional.

Representando a los textiles, con Héctor Rodríguez y Emilio De Concilio, integra el plenario de la Comisión Pro Central Única de Trabajadores.

En 1956 se integra a las Juventudes Socialistas y luego al Partido Socialista.

En 1957 integra la Comisión Gremial del Partido. Desde allí trabaja hacia los sindicatos agrícolas.

En 1963, en la Unión, nace su primer hijo. Siete años después el segundo, y al año siguiente el tercero.

Milita en el Centro Mateotti y en el gremio textil.

En diciembre de 1967, el gobierno encabezado por Pacheco Areco se inaugura clausurando diarios e ilegalizando organizaciones políticas, entre ellas el Partido Socialista.

En 1974 debe marchar con sus tres hijos al exilio argentino. En Haedo, termina la Escuela y cursa primero y segundo en el Liceo Nocturno.

En 1977 debe dejar Argentina y exilarse en España.

En Barcelona se integra al movimiento solidario con Uruguay, contra la dictadura. Trabaja como empleada doméstica, vendedora de libros... Se prepara en cursos de auxiliar de clínica, puericultora y consultora en planificación familiar.

En 1979 obtiene por concurso el puesto de Consultora en Planificación

Familiar, (agente de salud), en la Alcaldía de Hospitalet de Llobregat, donde trabaja con grupos de mujeres, hasta su retorno al país.

Se integra a grupos feministas contra la violencia de género.

De 1979 a 1985, integra la comisión de Barcelona de la CNT en el exilio, además de la Comisión de Mujeres Catalanas de solidaridad con mujeres uruguayas en el exilio y presas víctimas del terrorismo de estado.

Ya en Montevideo, es co-fundadora del Instituto Mujer y Sociedad, trabaja con grupos en Foro Juvenil y EMAUS y se recibe de Psicóloga Social en 1992.

Hoy vive en su barrio de siempre, el Cerro, en una vieja casa llena de animalitos, árboles y plantas.



Fotografía: Val Rodlez (2021)

Indice

El encuentro con María Julia	8
A modo de prólogo.....	11
La sumaca.....	14
Un cielo rojo anaranjado	24
La vieja radio de casa	28
Caramelos.....	33
Biyú	35
La Fábrica.....	39
El Sindicato	46
El patrón.....	48
Mis quince años.....	51
Conflicto textil	54
La mamá de Rosita.....	58
Negra, pobre y retobada	60
Un gremio de mujeres	62
El robo.....	64
El Boston.....	68
Después de la huelga.....	71
Jorgelina y Delia en Budapest	74
Una conferencia nacional.....	77
Las friyeras.....	80

Las compañeras de FUNSA.....	86
Las mujeres del Arrozal	93
Las chacras del Norte	103
La marcha.....	110
Las mujeres en la marcha.....	122
Ana María	126
El asalto	131
El regreso.....	134
El peine amarillo	136
Suipacha	139
Viviendo el miedo.....	144
Otra despedida más.....	147
El Pesquero.....	149
Regreso sobre mis pasos	153
Del azúcar a la sal	169
Epílogo.....	176
El jardín de las palabras: diálogos feministas para abrazar la historia	179
Datos Biográficos	212



Las mujeres ¿dónde estaban? Una pregunta nada sencilla de hacer en un mundo donde las figuras masculinas son las fotografiadas, las nombradas, las recordadas. Una pregunta que insiste, que interpela, que inspira. La reedición de este libro de María Julia, sus palabras, son claves que nos regala para seguir buscándonos en la historia.